

MISCELÁNEA

ó

COLECCIÓN DE ARTÍCULOS

POR

D. Julián Apráiz

Catedrático Instituto de San Isidro de Madrid

y ex-Director del Instituto de Álava

---

---

TOMO IV

---

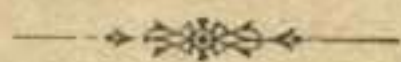
---

VITORIA  
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE DOMINGO SAR  
1908





# MISCELÁNEA









R. 42  
M. 26505  
R. 15217

ATA  
3618



**COLECCIÓN**  
**DE**  
**DISCURSOS Y ARTÍCULOS**

**POR**

**D. Julián Apraiz**

Catedrático del Instituto de San Isidro de Madrid

---

---

**TOMO IV**

---

---

VITORIA  
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE DOMINGO SAR  
1908







## ADVERTENCIA

---

Al coleccionar hace veinte años en dos volúmenes mis trabajos desperdigados en periódicos y Revistas, los llamé sencillamente *Discursos y Artículos*. Con el mismo título é idéntico propósito publiqué hace diez años un tercer tomo; pero como el hombre pasa la vida (ya lo decía también entonces) rectificando y ampliando sus conocimientos, ahí vá esta *Miscelánea* (donde no hay ningún discurso) para que sirva de verdadero ultílogo ó apéndice á mis pobres lucubraciones literarias.

---







# ASUNTOS CERVANTINOS







## ¿Donde fué cautivado Cervantes?

---

Sres. D. Ernesto Merimée, Decano de la facultad de Letras de la Universidad de Toulouse, y D. Jorge Cirot, Profesor de Estudios hispánicos en la Universidad de Bordeaux.

Muy Sres. míos é ilustres colegas: A ambos, ya de palabra, ya por escrito, les tengo hechas veladas promesas de dedicarles algunos renglones, por si se dignan transcribirlos en el benemérito *Bulletin Hispanique*, acerca de un descubrimiento mío, más curioso, si se quiere, que importante, referente á un episodio de la vida de Cervantes; y como el aludido suceso tuvo lugar en tierras, ó mejor dicho en aguas provenzales, la oportunidad de que este trabajito vea la luz en una revista del mediodía de Francia resulta perfectamente palpable. Ahora bien, aunque ya en mi *Cervantes Vascófilo* y en mis *Curiosidades cervantinas*, había aludido á ciertas investigaciones que tenía yo hechas acerca del lugar donde fué Cervantes cautivado (que tal es el episodio en cuestión), no había llegado á dar la forma y extensión debidas á mi descubrimiento hasta el día 9 de los corrientes, en que al pronunciar un discurso en conmemoración del aniversario 352 del natalicio de Cervantes, la fiesta anual que el Ateneo Vitoriano suele consagrar á tan insigne escritor, incluí en él los párrafos que van á continuación y que espera sean acogidos por V<sup>s</sup> con su habitual benevolencia, su siempre affmo. amigo y seguro servidor Q. B. S. M.

JULIÁN APRÁIZ.

Vitoria y Octubre 20, 1899.

\* \* \*



Acerca del prólogo de la admirable epopeya de Argel, sólo se sabía hasta ahora que partiendo Cervantes de Nápoles para España, fué cautivado, él y los que con él iban, en la galera *Sol*, el día 26 de septiembre de 1575, por tres galeras de Turcos. Así, poco más ó menos, se asegura en varias informaciones hechas á instancia de Rodrigo de Cervantes y de su hijo Miguel, desde 1576 á 1580; en la sentida epístola escrita por el último, en 1577, al Secretario Mateo Vázquez; en su partida de rescate, y en su Memorial á Felipe 2.º en 1590. Por este motivo, todas las biografías cervantinas han dejado esta materia sin aclarar, hasta el punto de que al consultar yo en este mismo año sobre el particular con el ilustre General de Marina, académico y cervantista, Exmo. señor D. Cesáreo Fernández Duro, que tantos datos ha llegado á reunir para la historia de nuestra Armada, ha tenido la dignación de manifestarme, que nada consta de este hecho de armas en los archivos de los ministerios de Marina y Ultramar, ni ha podido jamás obtener dato alguno sobre el mismo. Unicamente el señor D. Martín Ferreiro, en un mapa con que ilustró en 1880 un discurso de D. Manuel de Foronda sobre Cervantes viajero, se ha atrevido á aventurar gráficamente, con el desacierto consiguiente á dicha falta de datos, que el combate y apresamiento de la galera *Sol* pudo verificarse al oriente de la isla de Menorca.

Mas habiendo yo tenido la fortuna de tropezar á principios de 1895 con un libro, sumamente raro en su primera edición de 1661 (en la segunda, de 1766-70, está suprimido el apéndice en que figura mi precioso dato), escrito por el vitoriano D. Francisco Ruiz de Vergara, intitulado *Vida del illmo. Sr. D. Diego de Anaya Maldonado, etc.*, en él hallé la interesantísima indicación, que ningún escritor antiguo ni moderno nos ha dejado. Posteriormente, en los *Documentos cervantinos* del señor Pérez Pastor (Madrid, 1897) se cita el apresamiento del *Sol* con la circunstancia nueva de advertirnos que no iban juntos Miguel y Rodrigo, como siempre se había creído: y por último, recientemente me he fijado en un pasaje de la *Española Inglesa* que, en mi concepto, hace muy al caso y que hasta ahora á ningún cervantista le había llamado la atención.

He aquí copiados textualmente estos tres documen-



tos, que se encuentran respectivamente: el primero, en la página 74 del aludido apéndice del libro de Vergara, al hablar este escritor de los hijos de su bisabuelo paterno; el segundo, en las páginas 45 y 46 de los *Documentos cervantinos*, al declarar un escribano de Valencia llamado Marco, en la ampliación de la información hecha en Madrid, en 29 de Noviembre de 1576, por Rodrigo de Cervantes, sobre el cautiverio de sus hijos; y el tercero, al final de la *Española Inglesa*, relatando sus aventuras el inglés Ricaredo.

1.º «El cuarto hijo, D. Iuan Bautista Ruiz de Vergara Alava y Esquivel, Cavallero del Orden de San Juan, recibido en 25 de Diziembre de 1553 siendo Gran Maestre Juan Leveque de la Casierra (1). Fue Gobernador de la Provincia de Alacama en el Pirú, y Recibidor General de su Religión en Castilla: hallóse en servicio del señor Emperador Carlos V en la famosa batalla del Alvis contra el Duque de Saxonia, año de 1547 y en la batalla Naval de Lepanto, año 1571. Ay una cédula (2) [del señor Felipe Segundo, que refiere sus servicios, y los de sus pasados, y dize: *Han servido a esta Corona con sus personas y hazienda cumpliendo con las obligaciones de su sangre*: Murió peleando valerosamente junto á Marsella, en defensa de su galera. llamada el *Sol*, contra tres galeras de Turcos (3).»

2.º «A la quarta dixo que es verdad que viniendo este testigo de Italia en compañía de Rodrigo de Cerbantes en una fragata, fué este testigo cautivo por los corsarios de Argel donde cautivaron ansimismo al dicho Rodrigo de Cerbantes, é tambien dende á pocas horas cautivaron al dicho Miguel de Cerbantes que iba en la galera del *Sol* y los llevaron á Argel, etc.»

3.º «Vine á Génova, donde no hallé otro pasaje sino dos falucas que fletamos yo y otros dos principales españoles, la una para que fuese delante descubriendo, y la otra donde nosotros fuésemos: con esta seguridad

---

(1) Al margen dice: «Consta de Bula del Gran Maestre, despachada en Malta en 15 de Febrero de 1553.»

(2) Al margen dice: «Cédula Real del Rey Felipe Segundo, despachada en Gante á 25 de Agosto de 1559 dirigida al Conde de Niebla, Virrey del Perú.»

(3) Al margen dice: «Ay papeles, é instrumentos, que se guardan en el Archivo de la Casa.»



nos embarcamos, navegando tierra á tierra con intención de no engolfarnos; pero llegando á un paraje que llaman las Tres Marías, que es en la costa de Francia, yendo nuestra primera faluca descubriendo, á deshora salieron de una cala dos galeotas turquesas y tomándonos la una la mar y la otra la tierra, cuando íbamos á embestir en ella nos cortaron el camino y nos cautivaron.»

Acerca de este paraje de las Tres Marías, no cabe duda alguna que es el lugar que en las cartas del mediodía de Francia figura con el nombre de Saintes Maries, en el golfo de su nombre y costa del delta ó gran isla de la Camarga, tan célebre en el precioso poema provenzal *Mirèio*, en donde puede verse completa la leyenda de las tres Marías que ha dado nombre al pueblo. Ahora bien ¿qué valor histórico podemos dar á este pasaje puramente novelesco? Si tenemos en cuenta que la leyenda francesa, ó mejor provenzal, de las tres Marías no era ni es muy conocida por los extranjeros y que por tanto un pueblo de 500 á 1.000 habitantes no podía llamar la atención de Cervantes, á no ser por alguna circunstancia muy grave de su vida, bien puede suponerse que ya que tenemos el dato fijo de que en la costa cercana á Marsella se perdió el *Sol*, este punto fué el golfo y pueblo de las Santas Marías, tan dado por su posición á las infames emboscadas de los berberiscos.

Tenemos, pues, como resumen, acerca del importante detalle del combate y apresamiento de la galera *Sol*, que los hermanos Miguel y Rodrigo de Cervantes, para regresar á España después de sus largos servicios en Italia, montaron en Nápoles en dos distintas embarcaciones; en una fragata que iba delante embarcó Rodrigo, y no se sabe que hubiese combate para su apresamiento. En la galera *Sol*, mandada por el viejo marino ó Comandante Juan Ruiz de Vergara, iba Miguel con Carrillo de Quesada, que luego fué General de Artillería, y otros Capitanes y Caballeros. Todos debieron de pelear bravamente contra las tres galeras mandadas por el terrible Arnaute-Mami, pero muy especialmente lo sabemos del Capitán Vascongado, que perdió la vida, y de Cervantes, entre otros muchos testimonios, por el del Duque de Sesa. Esta acción naval se verificó el 26



de septiembre de 1575, en la costa de Francia, seguramente no lejos de Marsella y probablemente en el paraje de las Santas Marías, puertecito situado al mediodía del delta de la Camarga, ó sea la región S. O. del departamento de las Bocas del Ródano.

NOTA. Se publicó este artículo en el *Bulletin Hispanique* (Annales de la faculté des Letres de Burdeaux et des Universités du Midi), tome II, n.º 1. janvier—mars, 1900.

---





## Carta abierta

---

Sr. D. Arturo Masriera.—Lérida.—Vitoria 29 de Setiembre de 1902.

Mi distinguido amigo y colega: Con la natural satisfacción he paladeado la dulcedumbre de su exquisita prosa castellana, recientemente vaciada en ese venerable «Brusi», en cuatro artículos versantes acerca de *la región, las personas y los hechos desarrollados en la epopeya cervantina*; y ya que ha tenido usted la bondad de mencionar en ellos nuestra última entrevista verificada en Madrid hace diez y siete meses, cuando usted partía para Ciudad Real y yo para mi capital alavesa, obligame la cortesía á significarle mi más sincero agradecimiento, tanto por esa honrosa mención, como por la delicada fineza de hacer llegar á mis manos los correspondientes cuadernos del *Diario de Barcelona*.

Mas, una vez que tengo la pluma en la mano, he de echar mi cuarto á espadas sobre un episodio netamente manchego de la vida de Cervantes que, á pesar de ser de todo en todo apócrifo, halo usted prohijado, sin duda por aquellos refranes que rezan: «dime con quien andas decirte he quién eres», «adonde quiera que fueres haz lo que vieres» y «no con quien naces sino con quien paces».

Harto habrá usted adivinado, mi señor D. Arturo, dada su escogidísima y vasta erudición, que me estoy refiriendo á la gratuita especie de haber escrito ó comenzado á escribir nuestro eminentísimo prosista su *Ingenioso Hidalgo*, en la cárcel de Argamasilla de Alba. Esta leyenda ó tradición local (que corre parejas con otras igualmente desacreditadas del Toboso, Consuegra, Alcázar, etc.), ha sido años ha combatida por Fernández Guerra, Asensio, Máinez, Benjumea y otros,



con tal energía y fortuna, que, según usted mismo declara, hace ya mucho tiempo que ningún español va á coger astillas de la puerta de aquel ex famoso calabozo, *ó mejor diré caverna*; dejando tan inocente entretenimiento á cervantófilos extranjeros, no tan bien informados como nosotros, que sabemos ya, casi con certeza, que la cárcel á que el propio Cervantes se refiere es la de Sevilla, en la que estuvo preso allá por los años de mil quinientos noventa y siete.

Pero aun hay más: vamos siendo ya bastantes los que opinamos que en el célebre comienzo del *Quijote*, «En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme», no se alude á la villa de Argamasilla, á pesar de haberlo afirmado así Avellaneda en 1614 (sin que se tomase Cervantes el trabajo de desmentirlo *expresamente*), de haberlo aceptado como artículo de fe los biógrafos cervantinos Mayans, Pellicer, Rios, Navarrete, Quintana, Aribau y Morán y de haber seguido á éstos, entre mil y mil literatos y cervantistas, Clemen-cín, Caballero, Hartzenbusch, La Barrera, Gimenez Serrano, Gaona y Revilla. Nada menos que veinticinco razones y un apéndice alegaba, en 1871 y 72, contendiendo sobre este particular con el sabio Caballero y con el extravagante Antequera el no menos extravagante, pero en esta ocasión acertado librero manchego, vecino de Santander, D. Fabián Hernández; algo curioso y muy atendible habia expuesto asimismo sobre igual tema impugnativo, en lucha con Benjumea en 1867, el laborioso escritor cervantófilo y Alcalde de Esquivias, D. Víctor García, quien continuó sosteniendo sus ideas bastantes años después; y algo dije yo también sobre lo mismo en un discurso que leí en el Teatro de Vitoria el 23 de de abril de 1893, titulado: «¿Quién fué Don Quijote?»

De todos estos trabajos y de la atenta lectura de la Primera parte del *Quijote*, y muy principalmente de la Segunda, resulta que no quiso Cervantes colocar la patria de su *Ingenioso Hidalgo* en el lugar nuevo de Argamasilla; pudiéndose á más deducir, sin grande esfuerzo (y esto opinan también Benjumea y Máinez), que se equivocan la mayor parte de los lectores de este libro sin par al echar á mala parte los motivos por los que Cervantes no quería acordarse de tal lugar,



pues lo mismo pudo querer significar, y es lo más probable, «cuyo nombre no hace al caso», «cuyo nombre no está en el mapa», etc., etc., pudiendo ser también una mera genialidad, en él muy característica, pues, sin dejar ninguno de amargura y sin intención reticente, nos dice á veces: «un lugar de las montañas de Leon», «una de las mejores ciudades de Andalucía», «un lugar no muy pequeño ni muy grande de cuyo nombre no me acuerdo», etc., etc. Todo esto aparte su humorística sentencia final: «cuyo lugar no quiso poner Cide Hamete puntualmente, por dejar que todas las villas y lugares de la Mancha contendiesen entre sí por ahijársele y tenersele por suyo».

En resolución: tengo por viciosos cuantos silogismos pueden formarse de estas dos proposiciones, que encierran un verdadero círculo vicioso ó una petición de principio: «por haber estado preso Cervantes en Argamasilla es por lo que dijo, al comenzar el *Quijote*, que no quería acordarse de su nombre»: «el no querer acordarse Cervantes del nombre de Argamasilla, es la prueba de que en ella estuvo preso».

· · · · ·  
· · · · ·  
(Esta carta se publicó en el *Diario de Barcelona*, á 7 de Octubre de 1902.)





## El 23 de Abril de 1616 y el de 1903.

---

Hoy hace doscientos ochenta y siete años que, á los sesenta y ocho y medio de su edad, bajó Cervantes al sepulcro, víctima de una hidropesía, ó mejor de una cardiopatía, si, como dice el sabio catedrático doctor Gómez Ocaña, no queremos confundir el síntoma con la enfermedad (1). Y hoy hace cabalmente veinticinco que desplegué por vez primera y juré con entusiasmo la bandera, en cuyos pliegues se ostenta con caracteres indelebles el lema *Cervantes, Vascófilo*, pronunciando en el Teatro Principal de Vitoria un discurso, verdadero gérmen de cuanto en tiempos posteriores, algo por mi diligencia y más por mi buena suerte, he podido ir ampliando y probando sobre el particular con documentos irrefutables.

Tócame ahora contender, á pesar de todo, con el erudito y respetable doctor en Ciencias y archivero del de la Academia de la Historia, presbítero Don Cristóbal Pérez Pastor, que ha tenido á bien poner en duda recientemente, tanto la benevolencia del Autor del *Quijote* hácia los eúskaros, como la gran estima que profesó nuestro benemérito proveedor vitoriano Pedro de Isunza á su insigne comisario en Andalucía, en los siguientes términos (2):

---

(1) Vide el folleto *Historia Clínica de Cervantes*. Madrid. 1899.

(2) *Documentos cervantinos*, t. II, páginas 384-6 y 399-400. (Madrid. 1902).

Lo más notable que encuentro en este tomo es, á saber: Magdalena de Cervantes declara en su testamento haber nacido en Valladolid; luego allí se trasladó toda la familia, á poco de nacer en Alcalá (á 23 de Junio de 1550) el quinto hijo de Rodrigo de Cervantes y Leonor de Cortinas, Rodrigo; este murió de oficial de ejército, en la desgraciada batalla de las Dunas, á 2 de Julio



«Por el año de 1581 pretendía doña Magdalena de Cervantes, ante el Vicario de Madrid, que Juan Pérez de Alcega, grefier que había sido de la reina doña Ana de Austria, le cumpliera la palabra de casamiento que le había dado y que fuese condenado á que con ella se desposase y velase; y Alcega que no quería pleitos ni tampoco casarse, buscó medios para llegar á un convenio, que fué el siguiente: doña Magdalena se apartaba de dicha su pretensión y consentía que Alcega pudiera disponer de su persona con toda libertad, y éste se obligaba á pagarle trescientos ducados.»

«Los que suponen á Cervantes poco afecto á los vascos no dejarán de aprovechar para su causa los anteriores datos, creyendo haber encontrado el motivo justificado de esta antipatía en el raro desenlace de los amores de doña Magdalena, su hermana, con Juan Pérez de Alcega, y hasta posible es que alguno vea satirizado á este hijo de Azpeitia en *la estupenda batalla que el gallardo vizcaino* (don Sancho de Azpeitia) y *el valiente manchego tuvieron*». (Páginas 384 y 386, o c. en la nota.)

«Retirado Guevara por orden de Felipe II, sucedióle en la proveeduría general de las galeras Pedro de Isunza, el cual admitió á Cervantes como uno de sus comisarios, aprovechó sus servicios en diferentes comisiones y le rebajó el sueldo, reduciendo á diez los doce rs. que le pagaba don Antonio de Guevara. «(Ibid. págs. 399 y 400.)

«Los autores que han tratado de las cuestiones entre Pedro de Isunza y Salvador de Toro Guzmán, en que intervino Cervantes como comisario del proveedor, guiados por el deseo inmoderado de que Cervantes é Isunza, ó ambos á la vez, quedaran favorecidos, han aprovechado los documentos que se conformaban con sus prejuicios, y forjado contra Salvador de Toro una leyenda que se aparta bastante de la verdad histórica.»

---

de 1600, dejando á sus hermanos herederos de sus alcances en Flandes, que jamás cobraron completos; *la Relación de lo sucedido en Valladolid al nacimiento de Felipe IV*, no es de Cervantes sino del Cronista mayor de Indias Antonio de Herrera; y, por último se inserta íntegra la famosa causa de Valladolid, que sólo se había publicado en un periódico de Cádiz por el entusiasta cervantista don Ramón León Máinez, y ha reimpresso últimamente en *Cervantes y su época*. Jerez de la Frontera 1901-1903.



Para probar este aserto hace D. Cristóbal un largo relato de dares y tomares, que no copio por su pesadez y porque trato de ello en mi *Cervantes Vascófilo*, de donde resulta que este pleito es debido á la obstinación de Isunza, empeñado en no abonar á Toro la cantidad de trigo y cebada que le tomó, «insistiendo sucesivamente ante los Consejos de Hacienda y Guerra en que se admitiese como entrada por proveeduría lo que debía ser entrada por tercias reales, litigio que al fin debió de ganar Isunza, pero costándole ejecuciones y disgustos y poniendo á Cervantes en el caso de hacer equilibrios, explicables solamente en los subordinados bondadosos y excesivamente complacientes con el superior.» (Desde la pág. 405 á la 409, ambas inclusive.)

Para contestar cumplidamente al Sr. Pérez Pastor, una vez copiados y extractados fidelísimamente sus comentarios, comenzaré por rechazar (como uno de los dos ó tres autores aludidos) lo de la leyenda forjada contra Toro y en favor de Cervantes é Isunza, dado que todos los agravios que yo he inferido al recaudador ó arrendador de Teba, se reducen á demostrar que, por su terquedad, se ponía injustamente en tela de juicio la honradez de sus contrarios, al suponerse «que el dicho trigo se vendió para particulares aprovechamientos y no se convirtió en servicio de S. M.,» como dice el propio Cervantes, dirigiéndose al Rey en favor de Isunza á 1.º de Diciembre de 1592; expresándose en análogos términos el mismo proveedor, quien, después de probar la necesidad, urgencia y legalidad de tomar el pan de Teba para las galeras de España, añade: «es justo se le dé (*castigo*) al delator de semejante invención y testimonio, y así desde luego me querello de él y pido y suplico á V. M. que el dicho vuestro fiscal declare quién fué el delator.» (1)

Ahora bien, entre el testimonio de dos personas intachables como Cervantes é Isunza y el del desconocido Toro, contando á más con la autoridad de cosa juzgada, yo me atuve á los primeros; mas aunque me hubiese

---

(1) El pedimento á que este fragmento corresponde, fechado en Madrid á 21 de Noviembre de 1592, lo ha dado á luz por primera vez D. Ramón León Máinez en la pag. 285 de su monumental obra por entregas *Cervantes y su época*.



equivocado en algo, es muy disculpable cualquier pequeña inexactitud ó confusión que se cometa al hilvanar un relato nuevo, sin más datos que los fragmentos históricos que se sorprenden en las enmarañadas entrañas de los archivos. Sin ir más lejos, el mismo don Cristóbal, por una mala inteligencia, á la vista de ciertas notas incompletas de una hermandad de impresores, se atrevió á afirmar en 1897, en el primer tomo de sus interesantes *Documentos*, que existía una edición del *Quijote* de 1604 ó sea anterior y distinta de la verdadera *princeps* de principio de 1605, noticia que aunque inadmisibile para los cervantistas, no dejó de producir su polvareda entre los meros *dilettanti*. (1)

Entrando en el fondo de la discusión, y después de rechazar de plano, por jamás probada, la cacareada antipatía del autor del *Quijote* á los naturales de Alava, Guipúzcoa y Vizcaya y aun á los navarros que hablan el vascuence, sostengo una vez más que en los dos aspectos que puede ofrecer el estudio de lo *cómico de situación* de Azpeitia en su combate singular con el gracioso loco manchego, ó sea el desacuerdo del mismo con sus semejantes por su extraño lenguaje y no menos extraña tenacidad en dar fin á su empresa, no resulta ningún papel desairado ni para él ni para sus comprovincianos. No puede llegar á revestir en cuanto á lo primero ningún espíritu de crítica ó censura satírica el presentar sencillamente á un extranjero ó nacional cometiendo barbarismos, solecismos y quebrantando el ritmo peculiar, al expresarse en una lengua que no es la suya nativa, habiendo sido este festivo recurso en todas las literaturas un manantial inagotable en la esfera del arte cómico.

¿A quién, en efecto, á no tener un criterio estragado, puede ocurrírsele que, al aparecer en la escena española un inglés, un francés y un gallego ó un catalán chapurreando el castellano, las risotadas del público puedan alcanzar á todos sus compatriotas, ni á sus respectivos países? Pues bien, desde que Cervantes, siendo muchacho (y sin soñar en conocer á Alcega), tomó por modelo en este papel á Lope de Rueda, comenzó ya á hacer un

---

(1) En este tomo segundo rectificó ya el comentado esta especie y explicó su error.



estudio especialísimo de este tipo del *vizcaíno*, que desde un siglo antes y hasta nuestros días viene excitando la franca y regocijada hilaridad de todos los españoles (sin excluir á nadie), habiéndose dedicado no pocos ingenios de nuestro país á esa curiosísima mimesis ó imitación del *casero* vasco, que no ha podido vencer las grandes dificultades que ofrece el dominar á un tiempo ambos idiomas, el eúskaro y el castellano.

Si pasamos al segundo aspecto, ó sea la *situación cómica* de ambos campeones, el manchego y el *vizcaíno*, la actitud de éste en el combate paródico de los libros caballerescos, no da ni puede dar lugar á intención satírica ni contra él, ni mucho menos contra todos los vascongados, pues hasta la misma terquedad de Azpeitia que tanto nos hace reir, es hija de su propia valentía, que en vez de buscar apoyo é inmunidad en el número de los que le acompañaban, como hicieron los desalmados yangüeses, los pastores de las ovejas alanceadas, los galeotes, capitaneados por Ginés de Pasamonte, etc., etc., desenvaina su espada y la cruza noblemente con su adversario.

Una vez explicado estéticamente este gracioso episodio quijotesco y ateniéndome á lo tan prolijamente expuesto acerca del mismo en mi *Cervantes Vascófilo*, védame el respeto profundísimo con que debemos contemplar todos los españoles el honradísimo hogar de Rodrigo de Cervantes y Leonor de Cortinas, el admitir que haya ningún crítico de tan mal gusto y desdichado pensar que pueda hallar relación alguna entre el justipreciado desistimiento mútuo de matrimonio de la virtuosa Magdalena con el exoficial de la Secretaría de la cuarta esposa de Felipe II (1) y la supuesta inquina del insigne alcalaino hacia los vascos, representados por Sancho de Azpeitia (ó sea Alcega disfrazado) en los capítulos 8.º y 9.º del *Quijote*. Francamente, si esta obra inmortal aunque eminentemente realista, fuese un mero centón

---

(1) A título de mera curiosidad puede el discreto lector mariposear en el t. I. de los *Documentos cervantinos*, desde la página 224 y desde la 276, nueva comprobación de que las hermanas y sobrina de Cervantes no fueron afortunadas en sus amores, lo cual no reza con su hija Isabel, que casó dos veces, aunque se la había creído monja trinitaria.



autobiográfico, no sería la obra más humana y universal de los siglos.

\* \* \*

Pasemos, pues, á la segunda objeción, tan solapada como la primera, pero tan transparente, sutil y quebradiza como ella, relativa á la rebaja del sueldo disfrutado en Andalucía por Cervantes y al excesivo ó injustificado cariño y adhesión de éste hacia su principal, Pedro de Isunza.

¿Qué podríamos deducir, en efecto, aunque la noticia fuese cierta (1) de que Guevara pagase á Cervantes 12 reales diarios é Isunza 10, desde el momento en que el mismo Pérez Pastor declara unas páginas antes (398), que Guevara no era *puntual en pagar lo poco que con tantos sinsabores ganaba su comisario*, ya que en 26 de Agosto de 1590 todavía no le había satisfecho los salarios de nueve meses que de los años 1588 y 89 le adeudaba; y que tal vez de los 12 reales diarios tendrían que salir los gastos de viajes, comida, posada, etc., etc.?

A esta paladina confesión de nuestro impugnador, añadimos nosotros que consta la gran puntualidad con que Isunza satisfacía sus salarios al honrado comisario, pues en Mayo de 1592 hacía que le pagasen 3.200 reales y otros 600 en Septiembre del mismo año, habiéndosele abonado otros 600 á los pocos días del fallecimiento de aquél, ocurrido el 24 de Junio 1593. (2)

Nosotros no damos importancia alguna á esta insignificante cuestión de maravedises; sólo nos hemos

---

(1) Efectivamente, por más que hemos revuelto, leído y releído todos los datos que tenemos, tomados de la Biblioteca de Abalos y los del mismo D. Cristóbal, sólo hemos encontrado *lo de los 10 rs.* en un documento posterior á la muerte de Isunza, en el que parece que éste dió la comisión á Cerio, y Cerio llevó de ayudante á Cervantes por el precio que quiso. (Asensio *Nuevos documentos*; Sevilla, 1864, p. 30). En cambio, saco la cuenta de que las comisiones de Isunza desde el 16 de Diciembre del 91 al 5 de Agosto del 92, ó sean 233 días por los que le pagaron 3.800 reales, corresponden á más de 16 reales diarios. (Navarrete *Vida de Cervantes*, pág. 416). He aquí por qué ponemos en duda en el texto lo de los 10 reales supuestos por D. Cristóbal.

(2) *Nuevos documentos* de Asensio, documentos números 6 y 10 y mi *Cervantes Vascófilo*, principalmente págs. 144-150.



propuesto desvirtuar la insinuación de que Isunza bajó á Cervantes el salario que éste recibía de Guevara.

Lo que sí queremos que conste es, que el proveedor segoviano, á pesar de ser un personaje dignísimo, no mereció el cariño y consideración con que, por motivos ignorados, pero merecedores del mayor respeto, distinguió al proveedor alavés el gran escritor castellano.

En la esfera del arte, lo mismo Clemencín que Fernández Guerra y el Sr. Pérez Pastor, prescinden con una obcecación inconcebible de la primorosa novela *La Señora Cornelia*, dada á luz veinte años después de la muerte del proveedor vitoriano, en la que los personajes vascongados Isunza y Gamboa, al propio tiempo que, para honrar la memoria de aquel funcionario, sirven para demostrar en definitiva que, si alguna vez se ha permitido Cervantes en sus obras inmortales tal cual ligera chanza con sus queridos *vizcaínos*, la verdad es que los diputa como la representación más genuina del valor, caballeridad, galantería y nobleza de ánimo de la nación española, por ser una de las regiones *más puntuales y bien miradas* y donde *más loables costumbres* se albergan, según con más extensión y detalles lo tengo satisfactoriamente demostrado.

En la esfera de la realidad, tampoco he de reproducir las conjeturas y datos que tengo prolijamente expuestos acerca de los valerosos compañeros de armas y cautiverio vascongados que pudo tener Cervantes, limitándome tan sólo á recordar al heróico capitán ó comandante de la galera del *Sol*, D. Juan Bautista Ruiz de Vergara y Alava, que perdió la vida en defensa de su barco, cuando aquél perdió la libertad para consumir su vida durante cinco años en las mazmorras argelinas. Pero sí es adecuado y conducente, para terminar, el emplear un argumento *ad hominem*, pues el mismo impugnador de mis doctrinas reconoce que, al asumir Cervantes las responsabilidades de Isunza se portó como un subordinado bondadoso y complaciente, «terminando este pedimento con una defensa calurosa del proveedor» (pág. 408), las cuales palabras me convidan á estampar aquí esa misma calurosa defensa de Cervantes, que en efecto dice así:

«Otrosi: suplico á V. M. mande que el juez sobresea hasta que se sepa la verdad de este negocio, porque no



es justo que, por una simple petición del delator, sin otra información alguna, sea creído, y más contra tan fiel criado de S. M. como lo es el dicho proveedor Pedro de Isunza.»

Doy, pues, las más expresivas gracias al Sr. D. Cristóbal Pérez Pastor, ya que con las insinuaciones, reticencias y alusiones (siempre cultas y comedidas) de su último curioso volumen de *Documentos cervantinos*, me ha dado margen á conmemorar con esta réplica el aniversario CCLXXXVII de la muerte del *Manco sano*, del *Regocijo de las Musas* y del *famoso todo*, y el vigésimo quinto de mi primer esbozo acerca del tema, para mí tan simpático y sugestivo, de *Cervantes Vascófilo*.

De Vitoria, á 23 de Abril de 1903 años.

(*La Libertad*, de Vitoria, en esta misma fecha).



## El Tercer Centenario del QUIJOTE

---

Hace hoy trescientos cincuenta y seis años que bautizó el bachiller Serrano, en la parroquia de Santa María de la ciudad de Alcalá de Henares, á Miguel, cuarto hijo de Rodrigo de Cervantes y de su mujer Leonor de Cortinas; y para conmemorar tan dichoso aniversario, he de decir algunas palabras en pró del tema con que encabezo este artículo, ó sea *El tercer centenario del Quijote*.

Claro es que esta obra inmortal tiene dos partes, que se escribieron con un lapso de diez años, y que hoy no podemos prescindir de la Segunda, ya que, lejos de irle en zaga á la Primera, es superior á ella, y de todas suertes complementaria. Pero aparte de que no hay ningún inconveniente en unificar estas dos fechas (1605 y 1615), puesto que de lo que en primer término se trata es de honrar la memoria del Autor, más que de su obra, de inclinarse á festejar el año de 1615 en vez de 1605, era preferible decidirse por el de 1616 en que murió el insigne prosista. En efecto, más de veinte años há que el inolvidable Vidart agitaba la idea de celebrar este tercer Centenario, que corresponderá al 23 de Abril de 1916, si bien le dolía no poder alcanzar dicha fecha y aún temía que para entonces estuvieran dichas fiestas en desuso.

Yo también creo que la Nación española echará el resto en aquel día para rendir el debido culto, no sólo al primer literario español, sino al representante del honor, la hidalguía y el valor de los españoles de su tiempo.

Mas, sea de esto lo que quiera, hay que tener en cuenta que, si Cervantes fué reputado por su *Galatea* como uno de los buenos poetas de entonces; si el



*Persiles* le hubiera acreditado en toda ocasión de gran prosista; si sus *Entremeses* y las *Ejemplares* le pusieron á la cabeza de los saineteros y novelistas de nuestro siglo de oro; el *Quijote* le ha colocado en la región de los genios hasta la consumación de los siglos.

He aquí por qué la publicación de esta obra inmortal podría señalar, en mi concepto, la mejor época para celebrar el Centenario del mejor escritor castellano, ó, por lo menos, un ensayo para 1916 ó para 1947, cuarto Centenario de su nacimiento.



Cuanto á la idea de estas solemnidades seculares, ya en la antigüedad romana existía una que se celebraba en recuerdo de una terrible peste, que asoló gran parte de Italia perdonando á Roma y que, en una de las ocasiones, produjo el *Carmen sæculare* de Horacio. También la Iglesia Católica dedica ostentosos jubileos al comienzo de cada siglo, uno de los cuales dió ocasión á la *Divina Comedia*; y sabidas son las fiestas nacionales consagradas por Italia al Dante, por Inglaterra y Dinamarca á Shakespeare, por Alemania en honor de Schiller y Goethe, por Francia en el de Víctor Hugo, en Portugal por Camoens, entre nosotros por Calderón y Samaniego, y en el mundo civilizado por el inventor de la vacuna.

Haciendo bullir y rebullir en mi imaginación estas ideas de celebrar el tercer Centenario de la aparición del *Ingenioso Hidalgo*, figúrome ya apercebidas para el caso á las ciudades de Madrid, Alcalá, Sevilla, Cádiz, Jerez, Granada (y otras poblaciones andaluzas), Murcia, Valladolid, Barcelona, Valencia, Salamanca, Zamora, Toledo, Alcázar, Consuegra (y demás regiones manchegas), juntamente con las comarcas extremeñas, montañesas, vasco navarras, riojanas, galaico-asturianas... y ¿por qué no las portuguesas, compatriotas entonces de Cervantes?

Y no es á humo de pajas como he ido hilvanando la, al parecer, caprichosa enumeración precedente.

Por lo que hace á Sevilla, Galicia, Lucena, Alcázar, Consuegra, Toledo y Zamora, se han alegado, con mayor ó menor tenacidad, ciertos derechos á haber sido



la cuna de Cervantes, ó siquiera la de sus antepasados; Alcalá, Esquivias y Madrid, alegan con justos títulos que allí nació, casó y murió; Valladolid, Sevilla y otros pueblos andaluces, proclaman que allí moró por bastante tiempo; los asturianos levantan acta muy justificada de que sus paisanos Siñériz y sobre todo Ribero figuran aventajadamente entre los que han imitado el *Quijote*; Gamero ha probado en 1872 las varias estancias de Cervantes en Toledo; D. Tomás S. Garnacho trataba de probar en 1877 en la *Enseña bermeja* que nuestro Autor estuvo en Zamora; D. Andrés Baquero ha trabajado por averiguar quién fué un poeta murciano citado en la *Gitanilla*; Moreno Fernández ha puntualizado cuidadosamente las veces que aparece citada Sevilla en las obras cervantinas; Máinez, que acaba de levantar un monumento gigantesco en honor del Manco de Lepanto con *Cervantes y su Epoca*, discurre sobre sus cariñosas referencias á Cádiz y Jerez; el humilde dicente ha escrito largo y tendido acerca de la predilección de Cervantes por la Euskal-erría; aun ha llegado á mis oídos que algún escritor burgalés y algún otro riojano han creído ver indicios de que el ilustre viajero había visitado sus respectivos países por la cita que de Burgos hace en la *Ilustre fregona*, y por las amistades (efímeras, después de todo) de Cervantes con el Duque de Béjar, que también era Conde de Bañares (Rioja); y sabido es, por último, que Navarrete, en su afamada *Vida* disertó, algo fantásticamente, por cierto, sobre la permanencia de su biografiado en Portugal, lo que animó muchos años después á D. Carlos Barroso á reunir en un libro todas las alusiones de Cervantes á Portugal.

\* \* \*

El inmenso aprecio que del *Quijote* se hizo desde su aparición, tanto en España como en el extranjero, lo demuestran palpablemente sus 70 ediciones del siglo XVII, 137 del XVIII y 443 del XIX, siendo por consiguiente el nombre de Cervantes uno de los más conocidos y venerados en el mundo; mas en el siglo XIX tal vez se haya exagerado un poco el culto á su persona, como lo demuestran las siguientes curiosas noticias, que tomamos de un artículo inserto en la *Crónica de*



*los Cervantistas*, que su director y fundador D. Ramón León Máinez fechaba el 14 de Abril de 1874.

Según sus sagaces investigaciones, las primeras veces que se conmemoró este aniversario de la muerte de Cervantes fueron, á saber: en 1835 en casa del Dr. Hernández en Zaragoza; en 1841 en una sociedad particular de Málaga; en diversos años hasta el 54 en Madrid; con más solemnidad en 1869, pues tomaron parte algunos ilustres escritores en el Palacio de las Cortes, y otros literatos en Santander; mas en los años 70, 71, 72 y 73 no fueron sólo poblaciones españolas, sino capitales de muchas naciones extranjeras, las que recordaron solemnemente tan interesante efeméride.

Por último, aseguraba el articulista, que en el próximo 23 de Arbil de 1874 se celebrarían funciones cervantinas por los buenos españoles residentes en Londres, París, Lisboa, Bruselas y Nueva-York y por las poblaciones españolas Toledo, Madrid, Sevilla, Valencia, Lorca, Valladolid, Puerto Príncipe, Santiago de Cuba, Zaragoza, Tarragona, Gerona, Santa Cruz de Tenerife, Vitoria, Alcalá de Henares, Málaga, Córdoba, Murcia, Esquivias, Alba de Tormes, Burgo de Osma, Arévalo, Argamasilla de Alba, Catarroja, Soria y Cádiz.

En años posteriores, aunque disminuyendo considerablemente el entusiasmo, se han venido celebrando, sobre todo en el Ateneo Vitoriano y el de la Casa de Cervantes en Valladolid, unas veces el aniversario de la muerte de Cervantes y otras el de su bautismo; no pudiendo dejarse en olvido la brillante sesión literaria y musical con que la Sociedad de Escritores y Artistas solemnizó el 23 de Abril de 1875, en el Palacio del Senado, bajo la presidencia de S. M. el Rey Alfonso XII.

\* \* \*

En conclusión, lo que sí puede darse por completamente seguro es que, mientras en esta desdichada nación no nos ponemos de acuerdo acerca de cual de las opuestas panaceas echamos mano para nuestra dudosa regeneración; ofreceríamos un espectáculo altamente simpático y grandioso, reuniéndonos todos los amantes de las glorias patrias ante el altar de una de



las más legítimas y verdaderamente indiscutible, que poseemos, Miguel de Cervantes Saavedra.

Al efecto, podía el Ministro de Instrucción Pública, con la Academia Española, (1) nombrar una Junta ó Comisión organizadora del tercer Centenario del *Quijote*, que teniendo á la vista cuanto se hizo en el brillante Centenario de la muerte de Calderón, en Mayo de 1881, preparase solemnes fiestas en toda España en Abril de 1905 (por haber muerto Cervantes el 23 de dicho mes); y si el tiempo pareciese algo angustioso, contentarse con que se celebrase solamente en Madrid, dejando á los Centros docentes oficiales, á los Ateneos, Liceos y Sociedades Obreras, etc., de provincias, que, como fiesta nacional, hagan dicho día lo que su celo les sugiera.

Vitoria: 9 de Octubre de 1903. (2).

---

(1) Fuera preterición indisculpable en este artículo el omitir la noticia de que hace más de 50 años consagra esta ilustre Corporación funciones religiosas en las Trinitarias á Cervantes y demás cultivadores de las Letras patrias el 23 de Abril de cada año, habiendotenido la oración fúnebre varios eminentes Prelados.

(2) Como este artículo, publicado el mismo 9 de Octubre de 1903 en *La Libertad*, de Vitoria, no podía tener resonancia alguna, quedó muy justamente toda la gloria de la iniciativa para el Sr. D. Mariano de Cavia que algunos meses después promovió en *El Imparcial*, de Madrid, la celebración del Centenario; mas dicho señor tuvo la generosa galantería de dar noticia lisonjera de mi trabajo en cuanto supo su existencia.







# Las Isabeles en la Vida y Obras de Cervantes

---

A la Señorita Isabel Dato,  
en su fiesta onomástica.

Ya que tan concreta y minuciosamente se han ido aquilatando las aficiones de Cervantes á la medicina (Morejón y Pí), á la geografía (Caballero), á la jurisprudencia (Gamero), al arte militar (Sandoval), á la teología (Sbarbi), á la marina (Fernández Duro), á la filosofía (Arrieta, Castro y Moraza), á la administración militar (Hermúa), á la economía política (Piernas), á los viajes (Foronda), á la botánica (Colmeiro), á los vascos (Apráiz) y hasta al color verde (Pardo); séame permitido entresacar algunas citas que demuestren su predilección por las *Isabeles*, tanto en la vida real como en la artística, las cuales citas vendrán á servir de flores para formar un ramillete, siquiera sean cortadas por inhábil jardinero, del frondoso y perfumado pensil cervantesco.

Y es de advertir que, aunque nuestro Autor no es de los que se complacen en pintar á la humanidad como un presidio suelto, sino que, antes al contrario, su carácter bonachón, honradote y campechano, no pocas veces le inclina por la opuesta pendiente; sin embargo, como, después de todo, su género favorito no es el serio, grave y elevado, sino el cómico, satírico y humorístico, abundan en sus obras las hembras maleantes y del mundo picaresco, á quienes bautiza, ora con gráficos apodos, ora con apellidos, ora con nombres propios, sin perjuicio de que estos últimos le sirvan también para designar en otras obras á mujeres dignas y decen-



tes; mas el nombre de *Isabel*, resérvalo exclusivamente para señoras de la buena sociedad, de acrisolada honradez y colocadas en situaciones dignísimas.

\* \* \*

Díganlo sinó las Molineras, Tolosas, Maritornes, Leonelas, Cristinas, Brígidas, Claudias, Juanas, Rosamundas, Zenotias, Lorenzas, Carihartas, Escalantas, Gananciosas, Pepotas, Estefanías, Cañizares, Camachas, Argüelles, Hortigosas, Guiomares, Pizpitas, Mostrencas, Luisas, Hipólitas, etc., amén de las dueñas, á quienes tanta ojeriza mostró siempre nuestro Autor; sin que aparezca ni por semejas una *Isabel* en el gremio de tales sabandijas; pero ni siquiera entre aquellas damas, como las Cornelias, Leandras, Doroteas, Leocadias, Teodosias, Camilas, Mari-Cobeñas, Felicianas, Porcias, Julias, etc., que, aun siendo personas honradas, y bien quistas, presentan algún lunar ó tacha en su vida, hijos de alguna ligereza pasional, y mucho menos en ese prototipo de Traviatas redimidas, personificado en la joven Esperanza de la *Tía fingida* y aun bosquejado en la *Doña Ana* de Treviño del *Rufián dichoso*.

Para corroborar esta última observación y probar al mismo tiempo que no es una mera casualidad la veneración y casi sagrado respeto al nombre de *Isabel* en las obras cervantescas, sino que es producto de estudiada deliberación; citaré el curiosísimo caso de que, habiéndose denominado así en un principio á la linda, bondadosa y tierna consorte del protagonista del *Celoso extremo*, á la que una serie de circunstancias superiores á la inexperiencia de sus quince abriles, pone en el punible trance de la infidelidad, todo según el manuscrito de Porras (1605?), reproducido por Bosarte (1788) y por Rodriguez Marín, (1901); al dar á luz su obra nuestro novelista en 1613, á pesar de que mejoró bastante la situación moral de la angustiada y á tiempo arrepentida *Isabela*, cambió resueltamente este nombre por el de Leonora.

Pensaba haber dejado para el final de este juguete ó bagatela el hacer una solemne delaración, obligado por bien entendidos escrúpulos de honradez literaria, con objeto de evitarme un pecado de omisión; pero opto



por echarla fuera desde luego. Si, como he sostenido más de una vez, al estudiar la biblioteca cervantina, nuestro gran prosista no escapó á una ley biológico-estética que impone al artista la necesidad de ir dejando en sus obras huellas indelebles de sus pasos por la vida y rasgos más ó menos perceptibles de las personas de su cariño y antipatías, nada más natural que juntamente con las *Isabeles*, siquiera sea en grado inferior, nos encontremos en dicha biblioteca con los simpáticos nombres de Leonor, Catalina, Constanza, Ana... (1) en recuerdo y representación de la madre, esposa, sobrina y cierta misteriosa dama de quien tras breves amores tuvo Miguel un tierno vástago, que según ciertos indicios debió de ser legitimado por una *gracia al sacar*. Así es en efecto, es decir, lo del cariño con que puso dichos nombres en sus obras; pero no siendo esta materia para tratada ahora, entro desde luego en el fondo de la cuestión.

\* \* \*

Haciendo caso omiso, por la insignificancia de sus personas, en la agitada existencia de nuestro inmortal Escritor, de una *doña Isabel* de Ayala, que habitaba en la misma casa que aquél en 1605 en Valladolid, de *Isabel* Isalallana, sirvienta de otra señora de igual vecindad, y de *doña Isabel* Núñez de Fonseca, esposa de un grande amigo de Miguel por aquellos mismos días, el portugués Simón Méndez; la casualidad hace que los primeros frutos poéticos de nuestro ingenio (cuando frisaba en los veintiún años) estén consagrados á una ISABEL. Tal es la interesante tercera esposa de Felipe II, D.<sup>a</sup> ISABEL de Valois, á cuya temprana muerte y exequias fúnebres

---

(1) Sobre todo, el nombre de Constanza, que corresponde al de una hija de su hermana predilecta Andrea, á quienes cobijó en su hogar Cervantes muchos años, se aplica en «La gitanilla», «La ilustre fregona», «Los baños de Argel», y el «Persiles» á cuatro muchachas que, cual el armiño, conservan su limpieza inmaculada aun en medio de las circunstancias más difíciles y humillantes para venir todas al fin á recobrar una posición elevada.



dedicó el discípulo de Hoyos varias composiciones, en una de las cuales dice con alusión á la misma Reina:

Con un repentino vuelo,  
La mejor flor de la tierra  
Fué transplantada en el cielo.

No debe de ser ya un hecho casual, sino verdaderamente intencionado, el que hiciera bautizar Cervantes á su única hija (no tuvo ningún varón), á quien antes nos hemos referido, con el nombre de ISABEL.

Queriendo Navarrete averiguar por qué la llamó así, y partiendo del supuesto de que la madre de la niña fuese portuguesa, aventuró la idea de que pudo ser la causa el que en Portugal hay predilección por este nombre por contar con una *Santa Isabel* en el catálogo de sus reinas; mas, destruida posteriormente la fábula del lusitanismo de la aludida señora, tan solo queda en pie mi hipótesis de la afición de Cervantes á este nombre. Casada dos veces esta D.<sup>a</sup> ISABEL de Saavedra, tuvo una sola hija malograda al llegar á la pubertad, que se llamó también ISABEL Sanz del Aguila y Saavedra, según consta en escrituras recientemente descubiertas, extinguiéndose con ella la sucesión de Cervantes.

En la novela pastoral *La Galatea*, á quien su Autor califica modestamente de *primicias de su corto ingenio*, figura una pastorcita hermosa, zahareña y desamorada, pero despierta y buena, por quien el pastor Marsilio amorosas y mortales angustias padecía, y cuyo nombre BELISA no es otra cosa que un sencillísimo anagrama de ISABEL, procedimiento usualísimo en tales poesías y reconocido así por nuestro mismo poeta, no solo en la propia *Galatea*, sino en el penúltimo capítulo del *Quijote*.

No quiso Cervantes que en este libro inmortal figurase ninguna *Isabel*; pero una vez siquiera citó este nombre querido para elogiar por boca del canónigo, con más indulgencia que justicia, LA ISABELA de Lupercio de Argensola, tragedia en la cual esta heroína, tan noble y bella como sublime y esforzada, sufre el martirio por su fe católica en tierra de moros. (1) Otro tanto sucede

---

(1) Como mera curiosidad filológica hare notar que el famoso maestro *Elisabat*, clérigo, poliglota y cirujano en una pieza, que tanto figura en el *Amadis de Gaula*, y que fué causa involuntaria



en el teatro cervantino, por lo que hace á que ningún personaje femenino lleve el nombre que nos ocupa; mas en la comedia *El gallardo español*, dirigiéndose un emisario cristiano al defensor de Orán, que se hallaba muy apurado y hasta inclinado á repatriar á las mujeres y los niños, se expresa así:

DOÑA ISABEL de Avellaneda, en nombre  
De todas las mujeres de esta tierra,  
Dice que llegó ayer á su noticia  
Que, por temor del cerco que se espera,  
Quieres que quede la ciudad vacía  
De gente inútil, enviando á España  
Las mujeres, los viejos y los niños.

. . . . .

Que ellas se ofrecen de acudir al muro,

. . . . .

Que los niños darán de buena gana,

. . . . .

. . . . .

Mas ellas, que por útiles se tienen,  
No irán de ningún modo, por que piensan  
Por Dios, y por su ley y por su patria  
Morir sirviendo á Dios.....

En el confuso tropel de personajes y fárrago de sucesos de la obra póstuma cervantina el *Persiles* y fijándonos sólo en las mujeres irreprochables, brilla con hermosa luz, entre la sin par Sigismunda, las interesantes Ricla y Constanza, la mística Leonora, la heroína Transila, la varonil Sulpicia, la buena cristiana Rafala la morisca y las tres discretas damas francesas, la hermosa, vehemente y enamorada ISABELA Castrucho que,

---

de que Cardenio aporrease á Don Quijote y á Sancho, nos recuerda el verdadero nombre de *Isabel* tal como se escribe y pronuncia en todos los idiomas de que tengo noticia, copiado textualmente del original hebraico *Elisabeth*, que significa *la (mujer) que jura algo por Dios*, como las de la tragedia y la comedia del texto. En cuanto á la forma familiar *Isabela*, la tengo por un diminutivo abreviado de *Isabelita*.



gracias á sus ingeniosas trazas, logra casarse en Luca con su tierno amante Andrea Merulo.

\* \* \*

De propósito he dejado para lo último la prueba más decisiva de mi tesis, consistente en una pareja de ISABELES, que resaltan con gran relieve en la interesante novelita *La española inglesa*.

Es la primera un personaje de carne y hueso, apellidado en la historia la Reina ISABEL de Inglaterra, en la que casi compiten los grandes vicios y crueldades con sus inmensos merecimientos; mas con quien guarda Cervantes tales respetos y delicadezas, que contrastan con el apasionamiento é inconsideración, rayanos en grosería, con que la trataron Góngora y Lope (dejando quietos á los historiadores), que, después de todo no eran sino intérpretes del común sentir de los españoles de entonces.

La otra ISABEL á que aludimos, hija de la imaginación del novelista, es la honesta, preciosa y discreta protagonista, llamada *la española inglesa*, porque nacida en Cádiz fué llevada prisionera á Londres, siendo niña, donde educada por los católicos Clotaldo y Catalina, y protegida cariñosamente por la Reina, es objeto del ardiente amor del valiente capitán Ricaredo, también católico, con quien después de mil trágicas aventuras, viene por fin á casarse en Sevilla. No parece sino que en esta obrita quiso reflejar el novelista las ternuras de su hogar, en el que supo reunir en lazo apretado y cariñoso, y á copia de bondadosas habilidades, á su esposa Catalina y á su hija de ganancia ISABEL, como si fueran madre é hija.

En resolución, de la extensa galería de esbozos femeninos que en este cinematógrafo hemos presentado, resulta: que si el Príncipe de los ingenios españoles distinguió en sus obras inmortales á las Catalinas y Constanzas y por acaso á las Leonoras, Anas y Andreas, brillan muy por cima de todas ellas las ISABELES, no tanto por el número de veces que aparecen en escena, como por su calidad y excelsitud; habiendo de tenerse en cuenta además que si este genio sublime, pero hombre por lo general desdichado, tuvo en vida una madre,



dos amadas y una sobrina (amén de su padre y hermanos) á quienes querer, fueron dos las ISABELES á quienes idolatró, como carne de su carne, sangre de su sangre, *pedazos, en una palabra, de sus entrañas*, para copiar una frase suya, casi con el más grande de los cariños humanos, y digo *casi* porque lleva efectivamente un punto menos que el amor de los amores de la tierra, ó sea el amor maternal.

*Heraldo Alavés*, de Vitoria, á 4 y 5 de noviembre de 1903.

---







## Sobre varios asuntos cervánticos

---

Sr. D. Ramón León Máinez.

Madrid.

Ilustre maestro y amigo muy querido: Como *lo prometido es deuda, y quien da luego da dos veces*, (1) no pudiendo sustraerme á ninguno de estos dos apremios, voy á proporcionar á Vd. algún relleno para el segundo número de la *Crónica de los Cervantistas*, que vuelve á reverdecer antiguos laureles en los momentos más oportunos que pueden desearse, ó sea en pleno tercer centenario de la aparición del *Quijote*.

Mas, como mi compromiso con Vd. se refiere á materia determinada, es decir, á un estudio comparativo entre las obras del dramaturgo Hardy y las *Novelas ejemplares*, y esta materia no me ha sido dable ultimarla por no haber conseguido hasta el presente la adquisición de un opúsculo de Mr. Rigal, sobre el Lope de Rueda francés, (2) á pesar de mis deseos y diligencia, véome en la precisión de limitarme por ahora á enviarle una síntesis ó sumario del trabajo que (*Deo volente*) me comprometo á dedicarle, en cuanto haya acarreado todos los datos que necesito.....

\* \* \*

Pero al llegar á este punto, introducen en mi despacho el correo de hoy, y al ver en un gran sobre cierta co-

---

(1) Título de una comedia de Tirso, sumamente rara, inspirada y calcada en *La Señora Cornelia*.

(2) RIGAL MR. EUGENE. *Alexandre Hardy et le théâtre français à la fin du XVI.<sup>e</sup> et au commencement du XVII.<sup>e</sup> siècle*. Paris, Hachette, 1890, in 8.<sup>o</sup> (thèse doctoral). La escasez de esta tesis se explica, tanto por su origen como por la publicación de otra obra extensa del mismo Rigal, de que luego hablaré.



nocida letra, muy simpática, me apresuro á examinar su contenido, que es nada menos que el primer número de la *Crónica* y el último folleto del distinguido cervantista D. Baldomero Villegas, coronel de Artillería; (1) y ante la muda pregunta que la remisión de esta obrita supone y cierto cuasi-compromiso contraído con el propio epistológrafo (que hace algunos días ha tenido también la bondad de enviármelo), de decir algo de sus trabajos exegeticos y anagógicos, lo haré brevemente y al correr de la pluma, tanto para acomodarme á la urgencia del requerimiento de Vd., cuanto por hallarme en estos momentos ocupadísimo en asuntos de índole varia.

El Sr. Villegas pertenece á una escuela filosófico-literaria, muy digna de respeto, la de los sentidos esotéricos ó íntimos, que puesta en práctica en el antiguo Egipto y muy en armonía con todo el simbolismo oriental, fué también seguida en Grecia por Pitágoras, Platon, Aristóteles, etc., sin que faltase algún adepto, como Apuleyo, en la literatura latina.

Aplicada á la crítica de las obras de nuestro Cervantes, hanla representado lucidísimos ingenios, principalmente con aplicación al supuesto horror de aquél hacia el llamado Santo Oficio y á ciertas simpatías ocultas á favor del Protestantismo. Cuéntanse entre ellos los ingleses Gayton (siglo XVII) y Jarvis (XVIII), y en el siglo XIX el pintor berlinés Kaulbach y nuestros Puig Blanc, Benjumea y Pallol (*Polinous*); (2) figurando muy dignamente en la misma escuela, según queda dicho, aunque con nuevos y más amplios horizontes, el Sr. Villegas. (3)

En lo que me parece que no anda del todo acertado

(1) *La cuestión social en el Quijote*, Reto en tres cartas á don Marcelino Menéndez y Pelayo. Madrid; Imp. moderna, Julio de 1904; en 8.º, 16 páginas.

(2) Traté con alguna acritud á estos tres escritores en mi *Cervantes vascófilo*, no precisamente por su sistema hermenéutico, sino por la inconsideración é injusticia con que, so pretexto de interpretar á Cervantes, nos trataban á todos los vascongados.

(3) *Estudio tropológico sobre el Don Quijote* (la primera parte) Burgos, 1897, un volumen 8.º *La Revolución Española* (sobre la segunda parte) Madrid, 1903, otro vol. en 8.º Las tres cartas á Menéndez y Pelayo y su último artículo en el primer número de la *Crónica*.



este estudiosísimo apasionado de Cervantes es en las quejas que profiere sobre los puntos siguientes: 1.º Preterición casi absoluta que de sus obras hacen los cervantistas. 2.º Cuando los venerables Valera y Pardo (Thebussem), han hablado algo de ellas, hácenlo con bastante frivolidad. 3.º El Sr Menéndez y Pelayo, en su discurso académico, 29 de Mayo último, no sólo viene á dar un palmetazo al *recipiendario* (con perdón de la Academia) Asensio, por ocuparse en tales intérpretes, sino que aplica al Sr. Villegas dejos de desdén y menosprecio, considerándole á él y su escuela (con irritante compasión) como meramente *inofensivos*.

Y 4.º (esto en la *Crónica*), hasta un demócrata y republicano hace suyo lo dicho por Menéndez y Pelayo sobre el *Quijote* en punto á simbolismos.

Pues bien, lo que á estos escritores y á otros muchos les viene pasando, en mi concepto, desde que el Sr. Villegas comenzó su labor generosísima, es un gran dolor en el alma al tener que manifestarle que, á pesar de sus constantes tareas, no llega á convencer á casi ningún español; pero siempre se hace la debida justicia á lo elevado de sus miras, reconociéndose al mismo tiempo de buen grado que en el extranjero, y muy principalmente entre protestantes y librepensadores, está el campo mejor abonado para estos simbolismos.

Por lo que respecta á España, no es D. Eduardo Benot el único demócrata que rechaza semejantes segundas intenciones cervantinas. Revilla, krausista en su juventud, positivista en la edad madura y siempre librepensador, no creyó que Cervantes lo fuese. Por mi parte, dentro de lo poco que alcanzo, no veo nada de mortificante para el Sr. Villegas ni en las frases directas ni en las alusiones de Valera, Thebussem, Menéndez y Pelayo, Benot, etc., á los trabajos de aquél.

Yo entiendo como Vd., Sr. D. Ramón, en la página 444 de su monumental *Cervantes y su Epoca*, y como Asensio en su indicado discurso académico, que estos trabajos de indagación, esa ingeniosidad de concepto, (aunque á veces pequen de *demasiado ingeniosos*, como solía decir el inolvidable Vidart), son dignos del mayor aprecio y respeto, y si no logran convencer, seducen por el momento, siendo muy digna de aplauso esta nota generosa y desinteresada en esta época positivista; y



creo sobre todo, siguiendo al Sr. Menéndez, que «no han de ser los verdaderos apasionados de Cervantes los que miren con ceño tan extraño como inofensivo culto», retirando por mi parte lo de *extraño é inofensivo*, ya que sé desagrada al Sr. Villegas.

¿Y qué cosa más simpática, á la par que digna de admiración, no sería para los cervantistas la demostración intentada por el Sr. D. Baldomero, de que Cervantes (que efectivamente dejó muy buenas advertencias sobre política ó razón de Estado, como entonces se decía), hubiese sido capaz, una vez prevista nuestra decadencia actual, de idear sólidos remedios para el caso, en lo referente á necesarias reformas en la Familia, la Enseñanza, el Estado, la Magistratura, el Clero y el Ejército, aunque fuera en forma simbólica, fácilmente interpretable? ¿Y qué diremos de la cuestión social (en estricto sentido) resuelta también en el *Quijote*, según el Sr. Villegas....?

\*  
\* \* \*

Mas hallándose solamente iniciado este trabajo en las cartas de reto á nuestro primer literato español, dejo esta intrincada materia completamente intacta, y voy á permitirme hacer algunas ligeras observaciones de detalle respecto á dicho folleto, unas contenciosas y otras de conformidad, ya que es deseo nobilísimo de su autor el que se discutan sus ideas en cualquier sentido que sea.

Primeramente, no asegura Cervantes que el *señor autor* Avellaneda fuese ningún sacerdote ni familiar del Santo Oficio; estos calificativos y los demás que siguen, parecen dirigidos á Lope, y si Vd., Sr. D. Ramón, dijese esto, vaya en gracia; pero no puede decirlo Villegas, que considera á Aliaga como padre del *Quijote* tor-desillesco.

Tampoco juzgo acertado el calificar hoy al Sr. Menéndez como el Maestro clerical de nuestra Literatura, intolerante y dañoso al espíritu liberal de la época y á las legítimas interpretaciones del *Quijote*. Hace más de veinte años (y desde entonces acá la conciencia política, social y literaria del mismo ha evolucionado mu-



cho) me permití, siendo para él un pigmeo, hacer algunas observaciones á sus *Heterodoxos*, y entre ellas recuerdo haberle manifestado que de ningún modo pudieron ser expulsados de sus sillas los obispos Fulgencio y Liciniano por haber tomado parte á favor de Hermenegildo en la guerra contra su padre, aunque así lo hubiesen asegurado Mariana, Masdeu, Lafuente, etc., interpretando mal un pasaje de San Isidoro; (1) y don Marcelino, lejos de incomodarse, me escribió manifestándome, no solo que daba por buenas mis observaciones, sino que las tendría muy en cuenta para otra edición de su libro.

Por lo que hace al artículo de *El Imparcial* sobre que Alfonso Lamberto sea el autor del falso *Quijote*, tampoco ha hecho nunca hincapié en esas opiniones cuando han sido combatidas, como da á entender su impugnador. Ahora mismo, en estos mismos días, siendo dicho señor el más prestigioso de los hombres que dudan que la *Tía fingida* sea de la misma pluma que las doce *Ejemplares*, y habiendo yo roto una lanza en pro de la idea contraria, (2) tengo la seguridad de que, lejos de irritarse, hasta aplaudirá la buena intención de mi estudio.

Ahora voy á manifestar con la misma lealtad y franqueza algunas de las muchas cosas en que estoy completamente de acuerdo con el folleto de D. Baldomero. Opino como él que han sido una verdadera ignominia para España las tremendas guerras civiles que hemos sostenido en el siglo pasado, que nos han inutilizado para combatir con los extranjeros. Creo también que la historia de Sor Patrocinio, tan defendida por millones de españoles, con lo de sus camisas y sus llagas, tan reverenciadas aun por la misma Señoría que más debía haberlas despreciado, fué otra vergüenza nacional de la

---

(1) Vide mis *Disquisiciones sobre la España bizantina, relacionadas con San Isidoro de Sevilla*. Artículo inserto en la *Revista de España* el 10 de Agosto de 1884 y en el 2.º t. de esta *Colección*.

(2) *D. Isidoro Bosarte y el Centenario de la «Tía fingida»*, artículos insertos en *La España Moderna*, el 1.º de Julio y 1.º de Agosto del presente año.



que nos libró, como dice Villegas, la gran revolución del 68, la cual hizo con razón responsable de hecho á la que las leyes declaraban irresponsable. Por fortuna, en la época del falso milagro de las llagas, (y esto se reprodujo en el Parlamento en la época de *las camisas*), hubo hombres tan dignos como Olózaga, Argumosa, el Magistrado que entendió en la causa, y la Audiencia que la falló en definitiva, que representaron la del buen sentido y de la dignidad nacional, y la historia y la novela á su vez han fustigado debidamente semejantes patrañas. (1) Y estoy por último conforme en que, siendo el único Ideal sociológico el logro de la felicidad posible en esta vida, está inculcado en el *Quijote* con el amor á la Verdad y el Bien. Y tampoco puede negarse que, á haber vivido Cervantes en nuestra época, hubiese aceptado nuestras conclusiones, pues entonces mismo, aun siendo buen católico, aunque enemigo de clerigallas, era de ideas un tanto despreocupadas y bastante avanzadas en lo referente á libertad de conciencia, si bien algo inclinado al regalismo.

\*  
\* \*

Habiendo salido del paso, como Dios me ha dado á entender, en lo referente á mi opinión acerca de las

---

(1) Principalmente Villalba Hervás y Pérez Galdós.

El folleto de D. Juan Antonio Quiroga en defensa de su hermana Sor Patrocinio y en contra de D. Salustiano Olózaga (Madrid, 1861) puede resumirse en las siguientes conclusiones: ni su hermana ni la familia fueron jamás carlistas; jamás hizo milagros ni profecías; sus famosas llagas eran una enfermedad ó meras *fuentes* (y no de Aranjuez como diría Don Quijote). Aunque se podía replicar mucho al Sr. Quiroga en vista de la causa (que tuve la paciencia de leer, siendo muchacho), baste que se ponga completamente en frente de la leyenda forjada por multitud de fanáticos, á cuya cabeza figuraba la egregia Señora aludida (q. e. p. d.), que según toda la prensa estuvo examinando y adorando sobre el cadáver de la monja, (muerta hace 14 ó 16 años) las famosas llagas milagrosas. Ya dijo el P. Feijóo que los *falsos milagros* hacen más daño á la Religión que las mismas predicaciones impías.



obras del respetable Sr. D. Baldomero Villegas, voy á concluir, ciñéndome todo lo posible, por donde había comenzado.

A. Biografía del dramaturgo y actor de Rouen (aunque él se llama parisiense) Alexandre Hardy, contemporáneo y admirador de Cervantes. Publica sus comedias desde 1623 á 1628 en seis volúmenes. Dice Puibusque en su *Histoire des Litteratures comparés: Presque toutes les nouvelles de Cervantes ont passé par ses mains. Cornélie, La force du sang, La belle égyptienne, Lucrece ou l'adultère puni, Fudigonde ou le chaste amour, n'ont pas d'autre origine*, y añade en otro lugar que la primera es de 1609, la segunda del 12, la tercera del 13, y la cuarta y quinta del 15.

B. Efectivamente, en todas las Literaturas, diccionarios enciclopédicos, etc., que tratan de Hardy, desde mediados del siglo XVIII, se hace constar, que dicho autor escribió su tragi-comedia *Cornélie* en 1609 y *La force du sang* en 1611 ó 12. El mismo Hardy asegura, refiriéndose á la primera y á sus compañeras del tomo segundo, que son flores ya envejecidas desde la época de su juventud que las produjo, y añade: *desquelles toutes fois l'injure des ans n'a peu totalement effacer le teint et l'odeur*. Y como Hardy nació, según unos en 1560 y según otros el 70, no podía considerar como época de su juventud la fecha del 1613 ó 14 en que pudo ver impresas las *Novelas ejemplares*, sino referirse á algún manuscrito que hubiese disfrutado al finalizar el siglo XVI, según la autorizada opinión del Sr. Rius y Llosellas. (1)

C. Declara el propio Hardy que tanto *Cornélie* como *La belle égyptienne* y *La force du sang*, están calcadas en las respectivas novelas cervantinas. Estudio comparativo de las analogías y escasas diferencias de tales producciones.

D. Mr. Eugène Rigal y su obrita *Alexandre Hardy et le théâtre français*, París, 1889. Datos que podemos recoger para nuestro estudio de la obra del mismo Le

---

(1) N. B. Como se verá en el siguiente artículo, el Sr. Rius y cuántos le hemos seguido en esto estábamos completamente equivocados. (Nota de ahora).



*Théâtre français avant le période classique*, París, 1901, en la que casi abandona todo lo que particularmente atañe al antiguo autor dramático para embeberse sólo en la parte general, concerniente á la historia del teatro francés.

E. Ediciones de las obras de Alexandre Hardy.

A explicar todo esto me comprometo, Sr. D. Ramón, en obsequio á Vd., en cuanto adquiera el folleto de Mr. Rigal y vuelva á leer las obras de Hardy, que andan muy escasas. (1)

Suyo apasionado,

A.

Vitoria, 7 de Agosto de 1904.

---

(1) Después de muchísimas diligencias en balde, en todas las bibliotecas públicas de Madrid, hube de recurrir á la del Palacio Real hace algunos años. También sé que las posee el Sr. Menéndez y Pelayo en Santander.



## Alejandro Hardy y Miguel de Cervantes

---

Sr. D. Ramón León Máinez.

Madrid.

Mi más amado consocio en la cofradía cervantina: Como no hay plazo que no se cumpla..., he aquí llegado el momento de pagar á Vd. mi deuda, siquiera sea en moneda *cúprica*, más castizo, *cobreña*, ó en frase más vulgar, en *ochavos morunos*. En efecto, la obra de mi ilustre compañero en las famosas aulas montpellierescas Mr. Eugenio Rigal, acerca de *Alexandre Hardy et le théâtre français* (París, 1889, en 4.º, XXIV-715 págs.) (1) que con tanta impaciencia he buscado hace años y que, al fin me la ha proporcionado el mismo autor, (2) me ha parecido tan primorosa y acabada, que renuncio desde ahora en absoluto á toda labor parecida desde nuestro consabido punto de vista, *Cervantes-Hardy*; no me vaya á suceder aquel tremendo fracaso con que amenazara Horacio al audaz imitador de un drama feliz y espontáneo: *Speret idem, sudet multum, frustra que laboret*.

---

(1) Como Vd. ve, lejos de ser un folleto ú opúsculo este estudio, como yo había creído, forma todo un señor volumen de cerca de ochocientas páginas.

(2) La fineza del Sr. Rigal ha llegado al extremo de enviarme desde Montpellier, á calidad de préstamo, el único ejemplar que tenía disponible de su obra, por haberse agotado completamente la edición. Sé que el Autor prepara una segunda, aunque todavía tardará bastante en aparecer. Al dar aquí público testimonio de gratitud al Sr. Rigal, aprovecho la ocasión de hacerlo extensivo á los ilustres profesores Vinson (de París), Merimée de Tolouse) y Cirot (de Bordeaux), sin olvidar al joven repetidor de los Liceos de Bayona y Pau, Mr. Duleau, á todos los que he molestado con uno ú otro motivo, con ocasión de mis investigaciones sobre Hardy.



Desisto, pues de rebuscar nuevas minas (1) y voy á labrar modestamente en la misma cantera tan hábilmente trabajada: lo que quiere decir que voy á concretarme, como materia principal de esta epístola, á tomar los datos que me proporciona el insigne Catedrático de Montpellier en su libro tan justamente laureado por la Academia francesa, quedando mi plan actual reducido simplemente: 1.º A copiar los apuntes que tenía yo extractados en 1898 de las obras de Hardy, añadiendo tal cual moderno zurcido ó retazo; 2.º A plantear el problema de si Hardy utilizó manuscritos de Cervantes, ó tomó sus asuntos de las *Novelas* impresas, entresacando á este propósito algunas curiosidades del libro de Mr. Rigal; y 3.º A decir dos palabras en propia defensa.

## I.

El tomo 1.º de la colección de obras dramáticas de Alejandro Hardy, Paris, 1623, (2) contiene, en ocho poemas de cinco jornadas: *Les chastes et loyales amours de Theagene et Clariclée*, tomados del griego de Heliodoro. Por cierto que al ofrecernos Cervantes en el prólogo de las *Ejemplares* los *Trabajos de Persiles*, añade; *libro que se atreve á competir con Heliodoro*, (3) *si ya por atrevido no sale con las manos en la cabeza*.

---

(1) Recordará Vd. que mi programa, convenido con usted, abarcaba los puntos siguientes: biografía de Hardy; *Cornelie*, *La force du sang* y *La belle égyptienne*, calcadas en sendas novelas cervantinas, se representaron y aun publicaron en Francia, las dos primeras antes de darse á luz sus originales, y la tercera poco después; estudio comparativo de las producciones francesas con sus respectivos modelos; ediciones de las obras de Hardy, y estudio de los siguientes libros de Mr. Rigal: *Hôtel de Bourgogne et Marais* (Paris, 1887), *Hardy et le théâtre français* (Paris 1889), y *Le théâtre français avant le periode classique* (Paris, 1901). Pero hoy he variado completamente de plan, á tenor de las explicaciones que se dan en el texto.

(2) Esta edición, difícil de encontrar aun en Francia, es rarísima en España. No tengo noticia de otra biblioteca de Madrid que la posea sino la del Palacio Real. Hay una reproducción alemana, hecha en 1883-1884, que tampoco debe de ser muy asequible (Marburg, Stengel, 5 vol. 8.º).

(3) *Clidoro* se lee en la 1.ª edición, porque la *E* mayúscula (dado que Cervantes escribía este nombre sin *H*,) la confundió el cajista con una *C*.



El género á que pertenece esta novela greco-bizantina calificado de *enojoso* por los modernos, no lo era en los siglos XVI y XVII. Díganlo, si no, los españoles Calderón, Montalbán y otros, y los franceses Genetay, Gilbert, Duché Dorat y Racine, que utilizaron el mismo asunto.

Si Hardy no ha copiado paso á paso á su modelo, como algunos pretenden, no se ha separado sino lo menos posible del plan adoptado por Heliodoro. (1)

Lo contrario ocurre con nuestro Cervantes. Hé aquí á este propósito las palabras del Sr. Menéndez y Pelayo: *No creo que fuese principalmente Heliodoro, sino más bien Aquiles Tacio, leído en la imitación española de Alonso Nuñez de Reinoso, que lleva el título de «Historia de Clareo y Florisea;» el autor griego que Cervantes tuvo más presente para su novela.* (2)

Encierra el tomo II, París 1625, las dos tragedias, *Aquiles* y *Coriolano*, las dos tragicomedias, *Cornelia* y *Arsacoma ó la amistad de los escitas*; otra tragicomedia de la época de Herodes, *Marianna*, y la pastoral *Alceo ó la infidelidad*, todas en cinco actos.

El argumento de *Cornelie*, que Hardy pone á la cabeza de la misma, es como sigue:

«Alfonso de Este, Duque de Ferrara, bajo promesa  
»de matrimonio, goza á Cornelia, hermana de Juan (3)  
»Bentivolio, señor de Bolonia, y de los más cumplidos  
»caballeros de su tiempo; el embarazo de aquella, da  
»suficiente indicio á su hermano de la verdad, pero con  
»mal juicio acerca de la sana intencion del Duque. Lle-  
»gado el parto de Cornelia, encarga ésta á una sirvienta  
»se lleve al recién-nacido; la cual, pensando ponerlo á  
»la caída de la tarde entre las manos de un gentil hom-  
»bre del Duque, se dirige fortuitamente á un bravo  
»caballero español, sin sospechar su error; mas aunque  
»los vagidos del niño hacen ver al español la equivo-  
»cación ocurrida, no deja de llevarlo á su habitación y  
»con un cuidado paternal hácelo proveer de nodriza.

---

(1) Establece M. Rigal un largo paralelo, después de sostener esto mismo, entre la obra francesa y la griega (*V. Hardy, etcétera* páginas 436 y siguientes).

(2) *Discurso acerca de Cervantes y el Quijote*, Madrid, 1905, á la página 13.

(3) Errata por Lorenzo.



» Este caballero vivía y se aposentaba en Bolonia con  
 » un su hermano de amistad, que por suerte le buscaba  
 » entonces por la ciudad temiendo hubiese ocurrido á  
 » su amigo algún mal encuentro. El azar quiere que éste,  
 » volviendo sobre sus pasos por la misma consideración  
 » encuentre á Alfonso solo y al Bentivolio asistido de  
 » muchos hombres armados; protegiendo al Duque, ya  
 » caído, con tal resolución que, al murmullo del vecin-  
 » dario que comenzaba á conmoverse, el Bentivolio se  
 » retira con su gente, lo que hace también el español  
 » después de mil ofrecimientos del Duque, quien le deja  
 » su cordón de piedras preciosas recogido en la refriega,  
 » como arras de amistad y muestra de su valor. A la  
 » vuelta, Cornelia, fugitiva de la habitación de su herma-  
 » no, encuentra á ese caballero llamado D. Juan; se pone  
 » bajo su protección y acepta la habitación de los dos  
 » caballeros como salvaguardia ó inmunidad, donde ella  
 » reconoce á su hijo. Bentivolio, desesperado de la afrenta  
 » que él pretende se ha hecho á su hermana, implora la  
 » intervención de D. Juan para provocar á Alfonso á un  
 » duelo, lo que el español acepta gustoso, acompañado  
 » de su amigo. Avístase D. Juan con el Duque, para que  
 » le contente, así como al hermano, prometiendo casarse  
 » con Cornelia, que confiesa ser su legítima mujer. En-  
 » tretanto, Cornelia, acompañada de una vieja nodriza, se  
 » escapa de la casa de los caballeros españoles con su  
 » hijo y se retira á una ermita, donde el duque, (después  
 » de muchos incidentes demasiado largos de contar), la  
 » encuentra, y donde en presencia, tanto del hermano  
 » como de los caballeros, se cumple el misterio de su  
 » casamiento. Este rico asunto ha sido imitado de Cer-  
 » vantes, espíritu claro, juicioso y el más inventivo entre  
 » todos los de su nación.»

Los personajes de *Cornelie* son: D. Juan de Gamboa;  
 D. Antonio de Isunza; Simplicia, doncella, (en Cervantes  
 Sulpicia); Cornelia Bentivolio; Nodriza; Alfonso de Este  
 Duque de Ferrara; Lorenzo Bentivolio; Francisco, paje  
 de Bentivolio; Sirvienta ó ama de los españoles; Santis-  
 teban, paje de D. Juan; Paje de D. Antonio; Ermitaño;  
 Cortesana y Fabio. (1)

---

(1) Suele poner Fabre por errata.



Acto 1.º.—D. Juan y D. Antonio, que salen de casa.—Simplicia y D. Juan.—D. Juan, D. Antonio y Cornelia.—D. Juan y una nodriza.—Combate de Alfonso con la gente de Bentivolio y auxilio de D. Juan.

Acto 2.º.—Antonio y Juan.—Alfonso solo.—Cornelia en la alcoba cuenta su historia á Antonio y Juan, y éste relata su aventura.

Acto 3.º.—Bentivolio, solo, pensando en buscar al español.—Cornelia y sirvienta.—Juan y Antonio, el primero baja requerido por Bentivolio y sube á tranquilizar á Cornelia.—Bentivolio y Francisco que vuelven á llamar á Juan.—Sirvienta y Cornelia (aquí se omiten los temores de los peligros que pueda correr Cornelia por parte de los españoles, así como la escena en que Cornelia pretende dar de mamar al niño, pues solo manifiesta que aún no tiene pecho disponible).

Acto 4.º.—Bentivolio, Juan, Antonio y Alfonso (avenencia); Santisteban pensando en la meretriz.—El ermitaño, Cornelia y la sirvienta, Alfonso, Santisteban, la Cortesana, Cornelia, Juan, Bentivolio, Antonio, un paje.—Antonio y el ermitaño.

Acto 5.º.—Cornelia y el ermitaño.—Alfonso, Cornelia, ermitaño y Fabio.—Bentivolio, Juan, Antonio, Cornelia, el ermitaño, la sirvienta y el niño. En esta tragicomedia, aunque se siguen las huellas de la novela hasta en lo más minucioso (llega á decir Bentivolio en el 4.º acto que Livia de Mántua está prometida á Alfonso, y eso que sólo se cita una vez este nombre en *La señora Cornelia*) se observan casi escrupulosamente las unidades de tiempo y de lugar.

Tomo III. (París, 1626), dedicado á Monseñor Le Premier, contiene *El rapto de Proserpina por Plutón* (pastoral en 5 actos).—2.º *La fuerza de la sangre* (tragicomedia), cuyos personajes son: Pizarro y Estefanía (esposos), Leocadia, Alfonso (en vez de Rodolfo), Fernando y Rodrigo (camaradas sin nombre en la novela), D. Iñigo y Leonor (esposos), Francisco (criado), Ludovico (Luisico), cirujano, grupo de parientes. En todo sigue, con bastante fidelidad á Cervantes, pero llevado Hardy de su afán constante por la Mitología, coge Leocadia en el cuarto de su violador, en vez de un Cristo, un Hércules precioso (niño) con las culebras, ahogándolas en su cuna. No hay unidades, sino nueve meses y



siete años, como en la novela. 3.º *La gigantomáquia*, tomada de Claudiano; mas principalmente es de la invención de Hardy, poema dramático en 5 actos. 4.º *Felixmena*, tragicomedia en 5 actos (ó los amores de don Félix, toledano, y la heroína), tomado de *La Diana* de Jorge de Montemayor. 5.º *Dorisa*, tragicomedia en 5 actos, tomada de Rosset en *Les amants volages*. 6.º *Corina ó el silencio*, en 5 actos, (pastoral y mitológica).

Tomo IV.—1626.—Está impreso en Rouen en vez de París; se lamenta de las erratas de los tomos anteriores.

En el tomo V. (de París, 1628, y en el colofón, Agosto 1628) está *Timolclea*, tragedia; *Delmira*, tragicomedia; *La bella egipcia*, tragicomedia; *Lucrecia*, tragedia; *Alcmeon*, tragedia; *El amor victorioso ó vengado*, (pastoral).

Personajes de *La bella egipcia*, ó sea nuestra *Gitanilla*: D. Juan de Cárcamo, antes Andrés; Preciosa, después Constanza de Meneses; Madre putativa ó vieja egipcia; D. Sancho, después Clemente; Muchacho egipcio; El senescal, D. Fernando; D.<sup>a</sup> Guiomar su mujer; Capitán egipcio; primer egipcio; segundo egipcio; grupo de egipcios; La Carducha; El Alcalde; grupo de aldeanos; soldado; Geolier (madre de Carducha).

El VI pone París, 1626. No tomé nota de su contenido, por no haber ningún asunto español, como sucede en el cuarto.

## II.

Haciendo algunos años que se ha suscitado la no vulgar ni inconducente cuestión acerca de si el dramaturgo Hardy pudo conocer las antonomásticamente llamadas *Novelas ejemplares*, antes de que las publicara en 1613 el impresor Cuesta (1), he de reproducir primeramente lo que yo mismo tengo dicho sobre el particular y que ahora ha de quedar rectificado y aclarado en su verdadero punto, merced á las luces del maestro Rigal.

En mi *Estudio histórico-crítico sobre las Novelas ejemplares de Cervantes*, bondadosamente premiado

---

(1) V. Rius, *Bibliografía crítica*, tomo II, págs. 553 y 554 en pró. Icaza, *Las novelas ejemplares de Cervantes*, págs. 160 y 161, en contra (1899 y 1901).



por el Ateneo de Madrid, en 26 de Enero de 1901 (Vitoria, 1901, imp. de Sar), á la página 106, puede leerse este párrafo: «Ahora bien, en dos ocasiones  
 »hemos hablado del precursor de los grandes drama-  
 »turgos franceses, Mr. Alexandre Hardy, como entu-  
 »siasta imitador de Cervantes (*una al tratar de la Gita-  
 »nilla, y la otra hablando de La fuerza de la sangre*);  
 »pero en esta tercera vamos á resolver el problema  
 »de cuándo se escribió el primer borrador de *Cornelia*.  
 »Efectivamente, en el tomo II de la colección de obras  
 »dramáticas de Hardy, París, 1625 aparece, entre otras  
 »cinco piezas, la tragicomedia *Cornelia*, en cinco actos,  
 »completamente calcada en nuestra novela, según de-  
 »clara el mismo poeta francés, á vueltas de grandes  
 »elogios para nuestro autor. Pero héteme que en estos  
 »mismos preliminares estampa el hispanófilo estas lu-  
 »minosísimas palabras, refiriéndose á las seis comedias  
 »del tomo: «*es solamente un abigarrado ramillete de  
 »seis flores, envejecidas desde la época de mi juventud,  
 »que las produjo; pero la injuria de los años no ha po-  
 »dido extinguir completamente su colorido y perfume.*»  
 »Y como Hardy nació hacia 1560, es consiguiente que  
 »no se consideraría joven después de los treinta y cinco  
 »años, pudiendo por tanto calcularse, según este dato,  
 »que para que disfrutase del borrador, ó uno de los  
 »borradores cervantinos, que no sabemos como iría de  
 »Sevilla á París, hubo Cervantes de zurcir las aventu-  
 »ras de la hermosa boloñesa en 1591 á 93, época de la  
 »constante comunicación entre Pedro de Isunza y su  
 »benemérito comisario.»

Mas tales han sido las dudas que últimamente me han asaltado acerca de esta cuestión bibliográfica, que en mi *Homenaje vasco* del tercer aniversario secular del *Quijote*, impreso hace algunos meses, me he contentado con decir: «La tragicomedia francesa *Cornelie* está cal-  
 »cada en nuestra novelita por el Lope de Rueda francés,  
 »Alexandre Hardy, TAL VEZ ANTES de aparecer en  
 »letras de molde el original español.» Y no copio lo que dije en los números 2 y 3 de la *Crónica de los Cervan-  
 tistas* en escrito fechado á 7 de Agosto de 1904, porque fácilmente puede evacuarse ó compulsarse, y no ofrece nada de particular.

Vamos á espigar ya definitivamente en el hermoso



campo de Mr. Rigal, en su preciosa obra *Hardy et le théâtre français, etc.*, en la que están tan admirablemente tomadas todas las posiciones que ni las más exquisitas disquisiciones históricas, ni la crítica más fina y minuciosa, ni el aspecto general de Francia con relación al Teatro en los siglos XVI y XVII, ni las más escrupulosas aplicaciones filológicas con respecto á la gramática y aun al diccionario de Hardy, nada, en una palabra, puede echar de menos el lector más entendido y exigente.

\* \* \*

Comienza el Sr. Rigal manifestando (página 1.<sup>a</sup>) que á Mr. Hardy se le ha estudiado en Francia bastante mal y muy á la ligera. Sus contemporáneos hablaron muy poco de él. Fontenelle (*Vie de P. Corneille avec l'histoire du théâtre, etc.*) se ocupa algo más. Los hermanos Parfait (*Histoire du théâtre français etc.*, Paris, 1745 á 1749, 15 vol. in 12.<sup>o</sup>) han dicho horrores, algunos de los cuales se han perpetuado. El Duque de la Vallière (*Bibliothèque du théâtre français et cæteris*, Dresde, 1768, 3 vol. 4.<sup>o</sup>), sigue mucho á los Parfait, adoptando sus fechas erróneas (página 74, n. 2.<sup>a</sup>). Del caballero Mohuy dice (páginas 689 y 690) que el manuscrito de la Biblioteca nacional *Abregé de l'histoire du théâtre français, etc.*, 1780, 3 vol. 8.<sup>o</sup> está lleno de desatinos, sobre todo en lo referente á ediciones; como cuando asegura que *Cornelie* se representó en el *Hôtel de Bourgogne* en 1609. Censura también Mr. Rigal severamente en varios lugares á Adolfo de Puibusque (*Histoire comparée des littératures espagnoles et français* Paris 1843. 2 vol. in 8.<sup>o</sup>), quien, entre otros errores, asegura que, á más de las tres obras consabidas, ha tomado Hardy de Cervantes *Fredegonde ou le chaste amour* y *Lucrece ou l'adultère punni*. (V. págs. 483 á 88 y 498 y 99, en que se ocupa Mr. Rigal de estas dos producciones.)

El único que ha tratado con algún más acierto y extensión de Hardy, llegando á hacer el paralelo con Cervantes, es Mr. Félix Robiou en su obra *Essai sur l'histoire de la littérature et les mœurs pendant la première moitié du XVII.<sup>e</sup> siècle*, París, 1858, obra de la que sólo salió á luz el primer tomo en 8.<sup>o</sup> (p. 4); pero nuestro autor le rectifica en varias ocasiones.



Por último, aunque mejor que los anteriores, tampoco es muy de fiar Mr. E. Lombard en su *Etude sur Alexandre Hardy*, Leipzig, 1881 y 1882, (pág. 2).

Entrando ya en lo poco que se sabe de la biografía de Alexandre Hardy, nos asegura Mr. Rigal, que era parisiense y que nació de 1569 á 75 (p. 4); que era gentil latinista, aunque no helenista; hízose cómico y autor de comedias hacia 1593, sin que pueda asegurarse nada de sus peregrinaciones por provincias. Murió Hardy hacia 1631 ó 32 (págs. 37 y 38); y nos habla detenidamente de la época de la representación de algunas de sus muchísimas obras dramáticas. Inserta en la página 75 las disparatadas fechas que señalan los hermanos Parfait, combatiendo de paso el testimonio del mismo Hardy, respecto á las seis *flores* del tomo 2.º, envejecidas desde la época de su juventud, asegurando expresamente que *Cornelie* no puede ser de hacia 1600, según esta cuenta; y vuelve á combatir la frase de Hardy en el tomo 3.º (1626) de que *hacía más de doce años que los tenía concluidos*, pues *La force du sang* que aquí figura, no puede ser anterior á 1613, dado que Hardy no conocía el castellano lo bastante para leerlo en el original y hubo de valerse de la traducción francesa de las *Novelas ejemplares*, hecha por Francisco de Rosset en 1614 ó 15; (1) de suerte que tanto estas dos novelas cervantinas como *La Gitanilla*, (2) no pueden haber sido dramatizadas hasta después de la fecha citada (páginas 79, 80, 81 y 244). De las quinientas ó seiscientas obras dramáticas que se supone escribió este hombre

---

(1) Las seis primeras novelas de Cervantes traducidas por Rosset, y las otras seis por Sieur, d'Andiguier, se terminaron en 1614; pero no se publicaron hasta 1615, formando un volumen en 8.º en dos tomos. (Vid. Rius, *Bibliografía crítica*, tomo 1.º Madrid 1895, página 330).

(2) Es curiosa en efecto la observación del Sr. Rigal de que quien dió en francés el título de *La belle Egiptienne* á *La Gitanilla de Madrid*, seguido por todos, comenzando por Hardy, lo fué el primer traductor Mr. Rosset. Y aun nos presenta alguna otra huella visible de que la fuente de Hardy no es el castellano, sino la primera traducción francesa. Hardy no solía tomarse el trabajo de inventar asuntos .... Pero bien fuesen obras griegas ó latinas, italianas ó *españolas*, la lengua en que las leía era la francesa. Si alguna excepción podemos hacer, es únicamente en lo referente á obras latinas. (p. 246).



de mérito tan controvertido, sólo quedan cuarenta y una, aunque hay noticias de la representación de algunas otras.

Sentados todos estos antecedentes, he aquí el estudio casi literal que de *Cornelie*, hace el señor Rigal.

A fines de 1613 publicaba Cervantes sus *Novelas Ejemplares*, que, al propio tiempo que se iban reproduciendo en castellano, se traducían en todas las lenguas de Europa, apoderándose también los dramaturgos de sus asuntos ingeniosos, complicados, picantes y que tan fácilmente se adaptaban á la escena tragi-cómica. Lope de Vega, Montalbán, Coello, Moreto, Figueroa, Solís, Tirso, en España; Hardy, Rotron, Scudery, Guérin de Bouseal et Beys, Sallebray, Scarron, Quemault, en Francia, han igualmente bebido en esta fuente fecunda. Acaso el primero de todos, seguramente el primer francés, fué Hardy. Para él las *Novelas ejemplares* eran completamente dignas de ser notadas y admiradas, «y su autor, *el incomparable Cervantes*, era un espíritu recto, fino, juicioso é inventivo entre todos los de su nación.» Entre sus ocho tragi-comedias de asunto moderno, tres están tomadas del gran novelista español.

No vamos á detenernos en *Cornelia* porque ya lo hizo Mr. Robiou, y porque en ninguna otra obra ha seguido nuestro autor á su modelo con menos independencia; las modificaciones introducidas son tan raras como insignificantes. La pieza tiene el corte de casi todas las de Hardy; mas el paralelismo de las diversas partes de la acción está en ella menos estudiado; la sucesión de las escenas menos precisada. El movimiento allí es rápido y divertido, pero con alguna confusión; después de todas las idas y venidas de su primer acto, Hardy ha sentido la necesidad de esclarecer y resumir la acción al fin del segundo. Los caracteres son los mismos que los de la novela, pero menos buenos, más estropeados por alguno de los defectos, á los que habían habituado á Hardy su público y las tradiciones: *Cornelia* es menos pura y de una ternura menos delicada; Alfonso y Lorenzo, menos nobles, menos fieros, menos caballeros; los dos jóvenes españoles, accesibles á villanos pensamientos; la sirvienta misma abandonando por palabras vulgares, ó sin elegancia, ó pretenciosas, su lenguaje figurado y su divertido buen sentido; sólo



el ermitaño por el que ha reemplazado Hardy al cura de *Cornelia*, habla alguna vez con una firmeza y una grandeza que éste no demostraba.—¿Hemos de hablar de la licencia en los actos y en el lenguaje?—Hardy no ha tenido cuidado de suprimir el papel de cortesana que Cervantes había introducido en su obra, y no pocas palabras que ofenden en la fragi-comedia le son debidas exclusivamente. Citemos un detalle característico: la *Cornelia* de Cervantes espera dos años antes de entregarse al que ama: la de Hardy, no espera un día. Nada digamos del estilo: es abominable, todo embarazado de términos mitológicos; lleno de declamaciones y, á veces, de una impenetrable oscuridad.

Así *Cornelia* es una pieza muy mala, donde todo atestigua la negligencia y la rapidez con que se ha escrito. Y, sin embargo, llegó á tener bastante éxito, para que Hardy la insertase en la colección de sus obras de 1625, y debió de seguir teniéndolo en lo sucesivo, dado que aún figuraba en el repertorio hacia 1632. Tal era el poder sobre el público de una acción animada y de un enredo nutrido y novelesco. (Págs. 472, 73 y 74).

*Mise en scène.* (1) A uno de los extremos del teatro, una ermita, y al otro lado un cuarto que se abre y cierra, (floretes y corazas), donde se encuentra un lecho: encima una terraza, rodeada de una balaustrada, donde se acuesta la cortesana.—Hay otras dos casas: la una de los Bentivolio; la otra de Alfonso de Este. En el fondo una tela representa la ciudad de Bolonia. La acción dura algunos días.

*Diferencias entre la comedia y la novela.* Antes que la acción comience, D. Juan nos hace entender, aunque no

---

(1) He aquí como se expresa acerca de este particular el mismo Sr. Rigal en *Le Théâtre français*, páginas 247 y 248. «El principio de la *misse en scène* que Mahelot nos ha descrito, pertenece todavía á la Edad Media, es decir, que los diversos lugares en que ha de verificarse la acción no son presentados sucesivamente, como hoy se hace, sino yustapuestos y siempre á la vista de los espectadores. Así puede llenarse la escena con un palacio, una prisión y un campamento de bohemios, como en *La belle égyptienne* de Hardy»..... «Pero si el principio fundamental de esta *misse en scène* era entonces la yustaposición de los lugares, tampoco les era completamente desconocido el principio de su aparición sucesiva » (pág. 252).



muy claramente, que está enamorado de Cornelia; (1) pero no se trata de este amor en el curso de la acción, y sólo sirve para lanzar á los espectadores sobre una falsa pista. En el acto 4.º, el encuentro de Bentivolio y Alfonso de Este no se verifica en un camino de Bolo-  
nia, sino delante de la casa del Duque; pues era más fácil el representar así el lugar de la escena. El cura de aldea es reemplazado por un ermitaño junto á Bolonia; pues los ermitaños son frecuentes en la *misse en scène* del Hôtel de Bourgogne, y Hardy ha introducido esto para agradar al decorador.

*La force du sang*, que está también tomada de Cervantes, vale ciertamente más que *Cornelie*. La composición es más clara, las intenciones dramáticas numerosas y mejor señaladas; todo el movimiento, bastante rápido. Después del relato de un sueño, que constituye un verdadero Prólogo, comienza en el primer acto á anudarse la acción. Leocadia y sus padres se pasean una tarde no lejos de Toledo, á orillas del Tajo, mientras que el gentilhomme Alfonso busca con dos amigos, qué nuevo entretenimiento podrá proporcionarse. ¿No sería el mejor encontrar á una bella y púdica doncella y raptarla para satisfacer en ella su capricho? Tomada esta resolución, nuestros perversos sujetos, que ocultan su rostro, se fijan en Leocadia; los dos amigos se lanzan sobre el padre y la madre, á quienes contienen y amenazan. Alfonso amordaza á la muchacha y se la lleva. El segundo acto comienza en el cuarto en que Alfonso ha consumado su crimen. Leocadia, que ha estado desvanecida, vuelve en sí y gime dolorosamente, vendándola él los ojos, etc., etc. La escena siguiente nos muestra á Leocadia contando á sus desolados padres su cuita, sin poder dar el nombre del raptor, no conservando más que una estatua de Hércules.

D. Iñigo, padre de Alfonso, manda á viajar á su hijo. Hardy ha añadido al elogio de Italia otro de Francia.....

---

(1) Es muy digna de notarse la singular coincidencia de que en la comedia de Tirso *Quien da luego da dos veces*, ocurre lo mismo; es decir, que Luis (uno de los estudiantes españoles) aparece enamorado de Margarita (ó sea la Cornelia de Cervantes) durante algunos meses, ignorando que ésta tuviese ya amante. (J. A.)



En el tercer acto, modificado por Hardy, D. Iñigo, mientras su hijo está en Italia lleno de remordimientos, se prepara para un torneo, arroja al suelo y deja malparado á un niño de siete años. Cuarto acto: la madre va á cuidar de su hijo y ve el cuarto de su deshonor. Iñigo y Leoncia aceptan á Leocadia y llámase á Alfonso. Quinto acto: se reúnen los dos, siendo las últimas escenas curiosas y animadas como en Cervantes, pero se pide solemnemente la mano y se presentan muchos parientes. Pizarro (padre de Leocadia) está bastante alterado, pero Estefanía encuentra consuelo, que no hay en Cervantes al saberse el embarazo. El papel de Alfonso, algo más cargado al fin que en Cervantes, está mejorado por sus remordimientos. Aunque dice Hardy que se vale de las mismas palabras que Cervantes, no es del todo exacto. (Páginas 474 al 477).

*La Belle Egiptienne* no es tan buena; estilo oscuro, negligencias numerosas y groseras. Sigue bastante á Cervantes, pero suprimiendo cuantas escenas no sirven para la acción. En Senescal de Sevilla convierte al Corregidor de Murcia (las escenas son iguales: las del susto y desposorio y antes la de reconocimiento). Sale Sancho ó Clemente. Pierde muchísimo de Cervantes, tanto en el carácter de Andrés como en el de Preciosa. Notable novedad es que apenas D. Juan se ha decidido á entrar en esta gitanería, se abren las puertas de un palacio al fondo, y un anciano recuerda á su esposa el rapto de una hija, llevado probablemente á cabo por unos bohemios. Así el público entiende algo del desenlace.—Hasta aquí el Sr. Rigal.

\*  
\* \* \*

Tenemos pues, en conclusión y resumen, que el señor Rigal es el único que se ocupa de rebatir razonadamente la opinión de que las tres novelas de Cervantes, *La Gitanilla*, *La Fuerza de la Sangre* y *Cornelia*, fueron imitadas por Hardy antes de ser impresas; opinión autorizada: 1.º Por las palabras del mismo Hardy en sus segundo y tercer tomos, que, aunque no se refieren principalmente á *Cornelia* y *La Fuerza de la Sangre*, se refieren á *todas* las composiciones de cada tomo; diciendo de las primeras que las escribió en su juventud



(hacia 1600) y de las otras que hacía más de doce años las tenía escritas, (ó sea antes de 1613 ó 14). 2.º Por todos los escritores franceses, aun los que citan expresamente á Mr. Rigal, como *La grande encyclopedie*; París, 1900. 3.º Por los varios casos en que sabemos que los manuscritos de Cervantes anduvieron de mano en mano, tanto en Sevilla como en Madrid, etc. Y 4.º Por la gran autoridad bibliográfica del juicioso Rius.

Fuertes y poderosos son estos argumentos juntos y cada uno de por sí; pero son todavía más contundentes los de Mr. Rigal: razón por la cual desistimos por nuestra parte de admitir que Hardy hubiese tenido ocasión de reconocer ningún manuscrito cervantino.

### III

Concluído el asunto referente á Mr. Hardy y sus tragi-comedias *Cornelie*, *La force du sang* y *La belle egyptienne*, tomadas respectivamente de *La señora Cornelia*, *La fuerza de la sangre* y *La gitanilla de Madrid*, digamos algo acerca de si tuvo Cervantes algún antecedente para ellas y dos palabras en propia defensa.

Que algunos encuentren como una especie de esbozo de *la gitanilla madrileña* en la juglaresa Tersiana de *El Libro de Apolonio* (s. XIII); que *El curioso impertinente* se haya inspirado en un episodio del *Orlando furioso*; que *Las dos doncellas*, *La fuerza de la sangre* y *La señora Cornelia*, tengan por objeto, según el conspicuo Mr. Chasles, emular á los cuentistas italianos, apoderándose Cervantes de su *género y estilo* hasta el punto de que puedan calificarse dichas novelas de *cuentos de amor italianos*, y que nuestro autor fuese apasionado de Bocaccio, Bandello, Bayardo, Ariosto, etc., etc., no por eso hemos de despojar en modo alguno á estas novelas y á todas las *Ejemplares* de la nota que su autor quiso ponerles, no sólo de ser *originales*, sino ni siquiera de que hayan sido imitadas de nadie. Mas nada tiene esto que ver con mi antigua pretensión, que tan fosco pone al Sr. Icaza, de que el argumento de *La fuerza de la sangre* se parezca extraordinariamente al de *La Hecyra* de Terencio, sin que á esto empezca el que Cervantes *lo refundiera en el laboratorio de su prodigiosa inventiva, produciendo un hermoso cuadro, que*



*reuniese en alto grado moralidad y originalidad*, según mis textuales palabras. Y como el movimiento se demuestra andando, diga cualquiera, pensando serenamente, si no hay verdadera identidad, en que, tanto en la comedia como en la novela, desflore un joven atolondrado á una muchacha á oscuras, se marche al extranjero olvidando su maldad; den á luz las dos víctimas, á su tiempo, asistidas solamente de sus madres, y vengan al fin á casarse con ellas los causantes de sus desgracias, reconociéndolas por los objetos de que ellas se apoderaron en su día, á saber: la una un crucifijo, y la otra un anillo. Pero, á la olímpica sabiduría del señor Icaza le pasma el que «algunos ignorantes tomen el rábano por las hojas, y supongan á Cervantes imitador de Terencio.» (1) Aun cuando al escribir en 1873 mi paralelo, al que se refiere Icaza, no tuve en cuenta á nadie, después he visto que opinan como yo los *ignorantes* Mr. Lefranc, (2) uno de los más eminentes tratadistas de Literatura latina de Francia y el eminentísimo Catedrático de la Facultad de Letras de la Universidad de Madrid, mi ilustre amigo D. Antonio González Garbín (3); pero el que el Sr. Icaza no conozca á estos señores, no quita para que yo estime muy grata y honrosísima su compañía.

En cuanto á mi *ignorancia* por este paralelo, no debía opinar como el Sr. Icaza la Academia sevillana de Buenas Letras, cuando, juzgando en 1877 siete trabajos críticos sobre las *Novelas ejemplares*, y después de poner el mío á la cabeza, decía de él que *se distinguía por*

(1) Véase todo el pasaje en las páginas 257 y 258 de sus *Novelas Ejemplares* y á más la página 162.

(2) Página 43 de su *Littérature latine*, Paris 1838: *Cervantes a modifié dans une de ses Nouvelles, la fable de l' Hecyre*.

(3) En su muy apreciable *Literatura latina*, Granada 1892, al estudiar *La Hecyra* ó la suegra, se expresa así: *¿Inspiró esta fábula terenciana al Príncipe de nuestros ingenios su bella novela «La fuerza de la sangre?»* (pág. 161), y poco más adelante, después de indicar algo de lo que el teatro moderno debe á Terencio, concluye el señor Garbín. *por último debemos mencionar á Cervantes, quien para su lindísima novela ejemplar «La fuerza de la sangre» parece que debió inspirarse en «La Hecyra» de Terencio.*

(4) Vid. *Commemoración del aniversario CCLXI de la muerte de Cervantes*, Sevilla, 1877, pág IX y siguientes. Mi trabajo de



la erudición que su autor ostenta y la manera de tratar el asunto. Tampoco el Ateneo de Madrid me juzgó más ignorante que al repetido señor Icaza cuando en 1897 siguió el dictamen de los Sres. Menéndez y Pelayo, Salillas, Picón, Sanchez Moguel y Ferrari, y en 1900, el de los dos primeros juntamente con los Sres. Echegaray, Cotarelo y Menéndez Pidal, que nos consideraron de igual mèrito á ambos contrincantes.... (5)

Mas sea de todo esto lo que quiera, lo que merece alguna más detención es la comparación entre una comedia de Tirso de Molina y *La señora Cornelia*, que otro día reproduciré del III tomo de mi *Colección de discursos y artículos*, Vitoria, 1899.

Vitoria y marzo de 1905.

---

entonces era un sencillo esbozo, aunque mi paralelo entre *La Fuerza y Hecyra* estaba textualmente copiado del de 1873.

(5) De ambos dictámenes poseo copia literal. Sus originales pueden verse en el Archivo del Ateneo de Madrid. Por el primero se lamentaban los Sres. del Jurado de que ninguno de los trabajos alcanzase el premio, estimulando al Sr. Icaza (como después se supo) á que lo ampliase, y á mí á que lo restringiese. Y por el segundo, nos consideraron á los dos dignos del premio.



## Mi juicio sobre el QUIJOTE

---

Dos escollos hay que sortear á estas alturas, cuando se pretende hablar del *Quijote*: la extravagancia de que han hecho gala algunos espíritus sobradamente ingeniosos, ó la vulgaridad de venir á parafrasear aquella auténtica sentencia de que «los niños lo manosean, los mozos lo leen, los hombres lo entienden y los viejos lo celebran.»

Por lo que á mí toca, aunque mi malogrado condiscípulo Revilla me hizo inquilino, allá en 1878, del manicomio del Dr. Insalus, colocándome, por tanto, en el gremio de los que yo llamo extravagantes, por mi primer trabajo acerca del tema *Cervantes Vascófilo*; he preferido siempre leer y comentar á la pata la llana ese incomparable libro, y no engolfarme por los ocultos sentidos *quijotescos*. Y ya que he traído á colación el establecimiento de los cervantómanos, he de manifestar que, si bien los literatos españoles me han absuelto de semejante nota, conviniendo conmigo en que jamás estuvo airado Cervantes con la grey éuskara, como lo creyeron Pellicer, Clemencin y Fernández-Guerra, continúan los hispanófilos extranjeros sustentando ese error, por mí tan insistentemente combatido, según se colige de la siguiente apreciación del ilustre Morel-Fatio, al juzgar una de mis pobres cervanterías: «*Mr. Apráiz, un basque, qui a voué á Cervantes un culte d'autant plus meritoire que le grand manchot n'a pas menagé les Vizcainos.*»

Bien es verdad que por muy literal y estricto que sea el sentido que demos al *Quijote*, dada la índole de esta

---

(1) *Bulletin Hispanique*. T. I. núm. 4, Octubre-Decembre. 1899. Paris-Toulouse.



y de las demás obras cervantinas, no pueden sustraerse á la ley é influencia del medio ambiente y á la intervención subjetiva ó humorística del autor. Así es que, con frecuencia, palpita en ellas algún pedazo del alma del heroico soldado de Lepanto y de la galera *Sol*, del indomable cautivo de Argel, del tierno amante de Esquivias, del mísero encarcelado por fútiles ó falsos motivos en Ecija, Castro del Rio, Sevilla y Valladolid, del varón generoso, noble, agradecido y honrado desde niño, hasta los umbrales de la eternidad, así como fuera fácil reconstituir el indeciso y no siempre acertado espíritu crítico de Cervantes, inspirándonos en las opiniones estéticas de sus fábulas, emitidas por diversos personajes, acerca de la bella literatura.

Pero cuenta que, de exagerar un poco este linaje de investigación, suelen correrse no pequeños riesgos, tales como el suponer que la vida del Capitán cautivo sea la autobiografía de Cervantes; y, lo que es más grave, el atribuir al propio novelista las estrambóticas ideas de Don Quijote respecto á la vida, profesión y ejercicios del cuarto galeote de los libertados por el robusto brazo del ingenioso loco manchego.

En resolución, yo creo firmemente con Valera, Tubino, Revilla, Benot y otros ciento que es tarea completamente baldía la de entretenerse en buscar anagramas, leer entre líneas y descifrar claves en el *Quijote*, del que hay que rechazar todo género de simbolismos y sentidos esotéricos, así como toda clase de censuras personales más ó menos envenenadas, que transformarían al bondadoso Miguel, de mero flagelador de costumbres ridículas ó perniciosas, en un miserable y ponzoñoso satírico. Creo asimismo que, por más que haya vehementes indicios de que la juventud de Cervantes se cerniese en ciertas regiones un tanto apartadas de la realidad, el objeto principal y casi único del *Quijote* fué contribuir á la completa ruina de los libros de caballerías é indirectamente á la del idealismo en que se inspiraban.

Pero no puedo menos de convenir al propio tiempo en que, á pesar de ser este libro inmortal meramente de amenidad, ó eutrapélico como entonces se decia, y el mejor en tal concepto de los que disfruta la Humanidad, un gran sentido práctico y una profunda filosofía guió



constantemente la experta pluma de su autor; y, si á esto añadimos que el genio de Cervantes ha dado lugar á un *Quijote* eterno, distinto del histórico, no hay inconveniente en reconocer, desde este punto de vista, que en tan maravillosa concepción se retratan y reflejan, bajo formas cómicas, las eternas luchas y vaivenes del realismo é idealismo de nuestra mísera vida planetaria.

Vitoria, Julio, 1904.

NOTA. Estos tres últimos trabajos vieron la luz pública en la *Crónica de los Cervantistas*, de Madrid, á 9 de Octubre de 1904 el 1.º y 3.º y á 31 de Mayo de 1905 el 2.º







## De re bibliographica

---

El canónigo licenciado D. Juan de Issunza é Issunza, que, si mis cálculos no marran, vivía en una casa del Campillo, edificada sobre el mismo solar donde hoy se levanta (desde 1802), la que poseen y habitan D. Manuel de Echanove y sus hermanas, al fallecer en diciembre de 1630, dejó heredera universal á su hermana doña Ana Catalina, viuda del Santiaguista Heredia. En el inventario de los bienes relicitos de dicho canónigo, aprobado el 14 de marzo de 1631 por el doctor Vidania, alcalde ordinario de Vitoria, inmediatamente después de la reseña de numerosa colección de tablas y lienzos pictóricos, entre los que figuraban retratos del finado, de su padre, madre y abuelo paterno, viene á los fólíos 502, 3 y 4 del protocolo de Francisco de Issunza (año de 1631), la siguiente lista de libros: (1)

Un libro sobre los salmos de Jacobus de Valencia.

Dos Biblias.

Un tomo de la primera parte de la Suma Silvestrina.

Otro tomo de la segunda parte.

Una Suma de confesión de Fray Antonio, Arzobispo de Florencia.

Otro de Doctrina de Religiosos de San Humberto.

Otro de sermones del Adviento.

Otro confesonario del Tostado.

Otro intitulado Aviso de curas de la segunda impresión.

Otro tratado de sacerdotes.

Otro Suma de Doctrina en diálogos.

---

(1) No he querido entretenerme en corregir *todas* las faltas que resultan en vista de nuestra actual ortografía, aunque sí el mayor número.



Otro Espiritual del padre Avila sobre el verso *Audi, filia*.

Otro de Santa Teresa de Jesús.

Una Suma de Medina.

Otro meditaciones de San Agustín.

Otro de los milagros de San Juan Bautista.

Otro Constituciones sinodales de este Obispado.

Otro La segunda parte de las crónicas de San Francisco.

Otro intitulado Olvis? aurius.

Otro fascículus témpore.

Otro speculus eclesiæ.

Otro institución de sermones de Diego de Ribera.

Dos breviarios, uno bueno y otro viejo.

Un diurnal viejo.

Otro compilación de los despachos tocantes á la traslación de Santiago.

Un libro de cosas memorables de Italia en italiano.

Otro comentario de las guerras de Alemania.

Otro de consecraciones de Martín de Azpilicueta.

Otro vida y canonización de S. Diego de Alcalá.

Cuatro cuerpos de horas de Nuestra Señora.

Un arte de bien morir.

Otro Racionale de Guillermo de Durando.

Otro Benedictina de fray Nicolás Bravo.

Otro explicación de la bula de fray Manuel Rodríguez.

Otro constitución de las ocho partes de la oración.

Otro introducciones de Antonio de Nebrija.

Otro carta de Antonio de Obregón á D. Fadrique Enriquez.

Otro las cuarenta preguntas y respuestas de D. Fadrique Enriquez.

Otro de Sebastián Servio, tercera y cuarta parte.

Otro historia de Inglaterra y Escocia.

Otro arte de contratos de Bartolomé Albornóz.

Otro historia imperial de Pedro Mejía.

Otro tomo de Micaeli Vilanoba.

Un tomo sobre la propiedad de los manjares.

Otro de estampas.

Otro de lengua extranjera.

Un tomo de medicina de Gregorio Vincinio.

Otro propiedades de metales.



Tercer tomo de oraciones de Marco Tulio.

Otro Aurius Oppus.

Otro instituciones en lengua griega.

Otro omelías de Andrés Iusti, napolitano.

Otro librito italiano

Otro Nicolaos Gervelios.

Diez tomos de Bártulo.

Un tomo de Juan Matienzo.

Un tomo de Justiniano.

Otro de Panormitano.

Otro Angelus A Zeclus.

Tres tomos sobre el derecho civil.

Utro volúmen Lëges de Antonio Concio.

Otro preelecciones de Antonio Concio.

Otro Mensenerius super instituta.

Otro Balduinnus super instituta.

Otro decretum Graciani.

Otro libro sexto decretales Bonifaccii.

Otro decretales Gregorii.

Un Calepino.

Otro decretum doctoris Bernardi Díaz.

Otro Instituta civil de Justiniano.

Otro Expositionis utriusque Juris.

Otro Exposición del Sagrado Cánón.

Otro Jura pontificia de Cobarrubias.

Un librito italiano.

Otro al parecer en francés.

Dos libros de mano y algunos cartapacios de estudio.

Otros seis libros pequeños extranjeros.

Un calendario perpétuo del Breviario romano.

Un misal antiguo y un breviario antiguo.

Epístolas Micaelis Bayy.

Otro obras de Bocaccio Gatrita.

Otro la hija de Celestina.

Otro contemptus mundi.

Un cuaderno de los santos de España.

Un envoltorio de cuadernos impresos extranjeros.

Un libro de mano de pocas hojas, sin ningún título.

Con singular interés leí la precedente lista, cuando hace once años dí con ella, espolvoreando nuestro bien cuidado Archivo de protocolos, por mi afán de hallar allí algún rastro de las obras cervantinas, con tanto más motivo, cuanto que uno de los Issunzas vitorianos,



figura en la *novela ejemplar La Señora Cornelia* y el padre del canónigo era nada menos que el famoso Proveedor, con quien tan íntimas y cariñosas relaciones tuvo Cervantes.

Mas ya que no figuraba en la biblioteca del canónigo Isunza ninguna obra de Cervantes, he puesto gran atención en los años siguientes por hallar alguna huella en las provincias vascongadas que indicase las aficiones de nuestro país hacia el más grande de los escritores patrios, desde sus mismos días.

Y héteme aquí, que cuando menos lo pensaba, se me da noticia hace algunas semanas, de que existía en Bilbao un *Quijote* de 1605. Hice un viaje á la invicta villa, que por lo precipitado y por varias equivocaciones me salió infructuoso, y poco después tuvo la amabilidad de traerme á mi casa el dichoso ejemplar su propietario don Miguel de Arana, del comercio de Bilbao; mas véase el lamentable estado en que me lo trajo.

El pergamino que servía de forro al libro estaba casi totalmente descosido y agujereado; el lomo del cuerpo del libro se hallaba por su mucho manejo completamente deforme, formando en el centro un verdadero canal por la depresión de las hojas, que asomaban en cambio excesivamente por el otro extremo; todo el volúmen sucio y resobado por sus tres siglos de vida, probablemente sin retoque alguno, y lo que es mas de lamentar, faltábanle las hojas siguientes: las ocho primeras sin foliar, desde la página 13 á la 16 inclusive, desde la 707 á la 18 y desde la 733 hasta el fin.

Y por último había varias hojas rasgadas y por tanto incompletas.

En el tejuelo, con letra del siglo XVII pone: «Don Quixote de la mâcha»; en el recto del forro 2 rs., á la vuelta, después de varios nombres, un apellido y alguna frase ininteligible, con tinta muy pálida, pero se lee claramente: *año de mil setecientos y sesenta* y firmado con rubrica «Lopicino», y en la cara interior de la parte final del pergamino un fragmento de cuenta de la *muchacha* con el nombre de *Lorenzo de Mendoza*.

He comprobado hasta el último detalle que este ejemplar en 8.º menor, que debió tener, cuando estaba íntegro, 16 hojas preliminares sin foliar y 768 páginas, es la primera edición valenciana, hecha por Pedro Patricio



Mey; resultando palpablemente que fué la primera y no la segunda, porque en ésta se enmendaron las dos erratas siguientes de la primera: donde debiera ser página 192 pone 162 y por análoga errata se lee 234 en la que debiera ser página 243.

He curado como he podido tan horrorosas heridas, sin que el ejemplar pierda nada de su aspecto de vetustez, auxiliado por un habil encuadernador, de modo que hoy no falta á dicho tomo, tal como salió de manos del famoso impresor Mey, más que la aprobación hecha á 18 de Julio de 1605 por Fray Luis Pellicer, en nombre del Pavordre de la Seo doctor Casanova, en lugar de lo cual aparece la licencia real de 26 de Septiembre de 1604, porque las ocho hojas primeras las he sustituido con el facsímile fotográfico de la edición *príncipe*.

Don José M.<sup>a</sup> de Alava, natural de los Huetos en nuestra provincia (1816-1872), catedrático y rector de la Universidad de Sevilla, dispuso en su testamento, que después de los días de su esposa (también alavesa), se trasladase á Vitoria su rica biblioteca á disposición del Sr. Obispo. Como, afortunadamente, esta señora sobrevivió á su marido 28 años, los bibliopiratas nacionales y extranjeros, han hecho estragos en los libros de Alava, abusando de la bondad y confianza de su viuda, según he podido ver en los muchos que faltan, entre los que han llegado hace cuatro años á nuestro Seminario Conciliar y que son los siguientes:

Un *Quijote* de 1636, Madrid, en 4.<sup>o</sup>, casa de Martínez.

*Novelas ejemplares* de 1703 en Londres, 4.<sup>o</sup> Edición tan rara que no logró verla Rius.

*El Quijote* de la Real Academia Española, Madrid, 1780. Ibarra; 4 tomos en 4.<sup>o</sup>, de lujo, con la *Vida de Cervantes*, de Rios.

*El Quijote* del reverendo doctor Bowle. En Londres, 1781, 6 vol. 4.<sup>o</sup> may., estando los dos últimos dedicados á Anotaciones y á una biografía cervantina. También es rara.

Once tomos con láminas, en 8.<sup>o</sup>, Madrid, 1777-1783, etcétera, en casa de Sancha: el *Quijote*, y obras escogidas de Cervantes.

Ocho tomos en 12.<sup>o</sup> del *Quijote*, con notas de Pellicer, Madrid, 1798.

Otro del mismo Pellicer, editado por Piferrer, en 1851.



Ed. de la Academia de 1819. *Quijote*, con la vida de Navarrete, 5 vol. 8.<sup>o</sup>

Seis tomos *Quijote*, Arrieta, Paris, 1825.

*Persiles y Sigismunda*, Madrid, 1849?

*El Quijote*, 2 tomos gran folio, imp. Gorchs, Barcelona, 1859.

La de Argamasilla de 1863, también del *Quijote*, 4 tomos 16.<sup>o</sup>, dirigida por Hartzenbusch.

El espíritu de Cervantes con la *tía fingida* (ed. *princeps*) de Arrieta, 16.<sup>o</sup>, Madrid, 1814. Es ya muy rara.

La fototipografica del *Quijote*, Barcelona 1873, con las 1633 notas de Hartzenbusch.

Obras escogidas de Cervantes, traducidas al alemán por Keller y Duttenhofer; Stuttgart, 1839-1842. Doce tomos en 8.<sup>o</sup> que contienen *Quijote*, *Galatea*, *Persiles* y *Novelas ejemplares*, inclusa *La tía fingida*. Verlag der, J. B. Metzler'schen Buchhandlung.

*Ocho entremeses* de Cervantes, 3.<sup>a</sup> impresión, Cadiz, 1816 por don J. A. Sanchez. El editor de esta *rarísima* obrita en 8.<sup>o</sup> y autor de un extravagante, aunque erudito prólogo, lo es don José Cavaleri Pazos.

*Ocho cartas droapianas* de Pardo de Figueroa, más conocido por el doctor Thebussem. Cádiz y Madrid, 1868 y 69.

Varios estudios de investigación de Asensio, Tubino, etc., etc.

Y por último un primoroso manuscrito intitulado «Aberiguaciones hechas por mandado del señor Alcalde Xpobal de Villarroel, sobre las heridas que se dieron á don Gaspar Ezpeleta, Cavallero del Avito de Santiago», ms.. que hoy ha perdido la importancia que en el siglo pasado tuvo (no andaban por el mundo más que cuatro ó seis copias del original que posee la Academia Española), por haberlo impreso recientemente los señores Máinez y Pérez Pastor.

(Lo precedente es un extracto de tres articulitos publicados en los días 15, 16 y 17 de Noviembre de 1905 en el *Heraldo Alavés*).



## La firma de D. Quijote

---

Una leyenda (moderna), que ha corrido demasiado por el mundo, asegura que bajo la figura de D. Quijote se oculta un D. Rodrigo Pacheco y Sotomayor, vecino de Argamasilla, gran enemigo y apresador de Cervantes; añadiéndose que en el retablo de la parroquia de dicha villa se destacaba un retrato, *que se dice ser de dicho Pacheco*, con una inscripción que advierte á los curiosos que aquel caballero tenía *en el cerebro una gran frialdad que se le cuajó dentro*, lo cual, *en cierto modo*, recuerda la locura de D. Quijote. Dios perdone al bonísimo Hartzenbusch y al siempre desacertado Antequera la propagación y defensa de semejante dislate (1).

Existe igualmente en Esquivias otra tradición (más antigua), que supone que, cuando nuestro gran Cervantes vuelto del cautiverio de Argel y de otras expediciones militares y tras breves amoríos, se presentó en esta villa á pedir la mano de Catalina, fué muy mal recibido, á causa de su pobreza, por varios parientes de su novia, que le encerraron en una casa (que aún existe, y donde empezó á escribir el *Quijote*), distinguiéndose entre estos enemigos suyos un tío de su futura, llamado Alonso de Quijada.

Tampoco tuve por válida esta leyenda, durante muchos años; mas habiendo visitado á fin de Junio de 1891 á Esquivias, me enseñaron en aquella notaría la firma de ese sujeto, y desde entonces no vacilé en dar por probado que el nombre del héroe del más hermoso de los libros que se han escrito de asunto profano, antes de meterse á caballero andante, era exactamente el mis-

---

(1) También es una fábula todo lo de la supuesta prisión de Cervantes en Argamasilla, que tanta resonancia ha tenido.



mo que tuvo el pariente de D.<sup>a</sup> Catalina, á quien Cervantes le parecía poca cosa para sobrino suyo. Descendían, en efecto, los *Quijadas* de Esquivias del valeroso Gutierre de Quijada, señor de Villagarcía, como lo recuerda el mismo D. Quijote en estas arrogantes palabras del capítulo XLIX de la Primera parte: «Díganme también que no es verdad las aventuras y desafíos que tan bien acabaron en Borgoña los valientes españoles Pedro Barba y Gutierre Quijada, *de cuya alcurnia yo diciendo por linea recta de varón*, venciendo á los hijos del Conde de San Polo.» No sólo había hecho mención (antes que Cervantes) de estas hazañas, ocurridas en 1435, nuestro historiador Garibay (*Compendio historial*, libro 24), sino que nos habla de otros *Quijadas* de la misma rama, según con más extensión lo tengo tratado en mi *Cervantes vascófilo*, pág. 245.

Como las tradiciones orales son tan endebles en punto á su antigüedad y valor histórico, mientras no haya una fecha indiscutible en que se hayan hecho constar, presentaremos la historia de este descubrimiento acerca de la relación de los Quijadas con D. Quijote.

El erudito Presidente de la Academia Española Pbro. D. Ramón Cabrera opinaba ya, á fines del siglo XVIII, que D. Quijote pudo muy bien representar un original verdadero llamado Quijano y que, en tal caso, disimulado este tal con los nombres de Quejana, Quijada, Quesada, etc., durante la Primera parte, apareció con su verdadero nombre, *Alonso de Quijano*, en la Segunda, sin duda por haber muerto ya para entonces el aludido.

D. Tomás González, en carta dirigida á D. Martín Fernández de Navarrete en 1821, dos años después de la publicación de la grandiosa *Vida de Cervantes* del segundo, le hablaba de la relación que pudieran tener los Quijadas de Esquivias con el hidalgo manchego, y D. Martín, al pie de la misma carta, estampaba su conformidad, añadiendo alguna observación corroborativa.

El Sr. D. Victor García, Alcalde que fué de Esquivias, escribió largo y tendido sobre este asunto, ya sospechado por González y Navarrete, en 1867, en el tomo XI del *Museo universal*, y posteriormente en la *Crónica de los cervantistas* hacia 1873. Este Sr. García es quien en 1891 me acompañó con el mayor entusiasmo á visitar los lugares, que tan gratos recuerdos cervantinos encie-



rran en la patria de D.<sup>a</sup> Catalina Palacios y Salazar, en mi visita á Esquivias, de que dejo hecha mención.

En los valiosísimos *Documentos cervantinos* de don Cristóbal Pérez Pastor (t. 1.<sup>o</sup>, 1897) aparecen los *Quijadas*, parientes por afinidad de Cervantes, en varias ocasiones, á saber: en Junio de 1601 habla D.<sup>a</sup> Catalina la esposa de Cervantes, en una escritura, de Juan Quijada Salazar; en Junio de 1605, en documento análogo, de Gabriel Quijada Salazar; y en su testamento otorgado á 16 de Junio de 1610, menciona la misma señora, con ocasión de varios linderos de majuelos, á D.<sup>a</sup> Ana Quijada y á otro personaje, en nuestro concepto de gran cuenta, tio de la otorgante, el clérigo difunto Juan de Palacios (quizás el cura Pero Pérez). Todavía en su testamento último de 1626 dejó todos sus bienes dicha señora á los *Quijadas* de Esquivias. El último individuo de esta ilustre familia lo fué, á fines del siglo XVIII, un ayo del príncipe de Asturias, después Fernando VII.

Mas el Quijada que más nos interesa, á quien al principio hemos aludido y á quién principalmente se refiere D. Víctor García, es Alonso, por ser éste el verdadero D. Quijote de la Mancha. Como en otra ocasión traté muy por extenso de este particular (1), hoy resumiré las circunstancias siguientes: 1.<sup>a</sup> En toda la primera parte del *Quijote*, con el mayor estudio, y es muy natural para no dar tan infalibles señales, no se nos dice el nombre de pila de D. Quijote; pero sí el apellido *Quijada*, perfectamente justificado en el pasaje transcrito, aunque al principio y alguna otra vez, se quiere oscurecer, jugando con los vocablos *quejana*, *quesada*, etc. Pero publíquese diez años más tarde la Segunda parte, y

---

(1) *¿Quién fué Don Quijote?* (1893), que reproduce en el tomo 3.<sup>o</sup> de esta *Colección*. Entiéndase que lo mismo entonces que ahora nos referimos al *honrado hidalgo del Sr. Quijada*, como le llamaban en su ignorado lugar, según el labrador Pedro Alonso (*Quijote*, Parte I, c. V), antes de meterse á caballero andante: desde este momento pasa á ser hijo (ó *hijastro*, como él decía) del genio creador de Cervantes. Según la partida de defunción que he visto en Esquivias murió Alonso el 6 de Septiembre de 1604 dejando dos hijos, Alonso y Gabriel, que tuvieron también sucesión.



aunque se quiere seguir en la misma reserva, bastó que Avellaneda le pusiese á D. Quijote el arbitrario nombre de Martín, conservando el apellido de Quijada, para que Cervantes, como lo hizo con otras muchas cosas, desmintiera rotundamente al autor tordesillesco, dando al fin de la obra á D. Quijote su verdadero nombre de pila de *Alonso*, y cambiando el *Quijada* por *Quijano*, por no transigir en nada con Avellaneda. (1)

Mas de este hecho, es decir, de que D. Quijote se hubiese llamado Alonso de Quijada, ni aspiramos ni hemos aspirado nunca á sacar absolutamente ningún partido, ni á darle ningún alcance, porque no le tiene; haciendo por el contrario una vez más la solemne protesta de que, á nuestro modo de ver, de ningún modo han dado margen los resentimientos personales de Cervantes á su libro inmortal, pues, sin que hubiese existido en el mundo un Alonso de Quijada, se hubiese creado el sin par *D. Quijote* en los dos aspectos que le señala Revilla: el *histórico*, donairoso, cómico, debelador contra los caballeros andantes y sobre todo contra sus descomulgados libros, y el *eterno* (relativamente), profundamente filosófico y con aquel altísimo alcance, que distingue á las obras del Genio.

Ahora bien, acercándose la solemne fecha del tercer centenario de la publicación del *Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha*, ocurrióseme hace dos años, como cosa que encerraba cierta curiosidad, el obtener una isografía de aquella firma original, que con tanto placer ví en 1891 (así como la carta dota de D.<sup>a</sup> Catalina, firmada por Cervantes), y valiéndome de los finos oficios de mi querido amigo el Comandante de la Guardia Civil D. Tomás Criado, interesóse éste con su hermano político D. Miguel Fernández Casado, Notario de Illescas y

---

(1) Es, pues, lo contrario de lo que creyó Cabrera, y de lo que la mayoría de los cervantistas han sostenido, al suponer que el verdadero nombre de D. Quijote era Quijano. Lo cambió así, del mismo modo que, después de decirnos el mismo Cervantes que D. Quijote había estado en Zaragoza, se desdijo, porque dió detalles de ello el falso quijotista; contradiciendo á éste, en una palabra, en todo cuanto dijo en su obra.

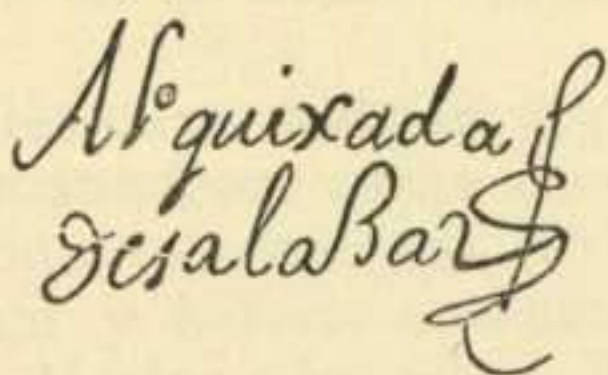


jefe del Archivo de protocolos de aquel Juzgado (1), el cual me proporcionó los dos facsímiles, de que habla en la siguiente cláusula de una carta suya:

«Illescas, 5 Julio de 1905.

»Querido Tomás: Con mucho gusto atiendo los deseos del Sr. Apraiz, que llegan á mi por tu conducto, y le remito dos calcos de la firma de Alonso Quijada, tomados, el primero de una escritura de poder otorgada en Esquivias á 25 de Marzo de 1586 por Antón Izquierdo á Gabriel Quijada, en el cual poder firma como testigo; y el segundo, de la plica del testamento cerrado de D.<sup>a</sup> Angela de Salazar, otorgado en 16 de Abril del mismo año, y del cual testamento fué también testigo Alonso Quijada.»

He aquí ahora el facsímile de una de estas dos firmas, que son casi idénticas, para estudio profundo de los grafólogos.



NOTA. Este trabajo constituye el Epílogo de mi *Homenaje vasco á Cervantes* en el tercer centenario del *Quijote*, Vitoria, 1905.

(1) Por virtud del R. D. de Demarcación notarial de 2 de Junio de 1889, quedó suprimida la escribanía de Esquivias, creándose otra en su lugar en Borox, traslado que se verificó á la muerte del notario D. Manuel Tubilla, ocurrida hacia 1897. Entonces pasó también el Registro-protocolo de escrituras públicas de Esquivias á la cabeza del partido, que es Illescas, cuyo notario Sr. Fernández, ha sobrepujado acaso en amabilidad para conmigo al difunto Sr. Tubilla.

También el Sr. Fernández falleció en 1906 (E. P. D.) —(Nota de ahora).







## Vir óptimus

---

*Vir bonus, dicendi peritus*; he aquí la frase romana iluminando de lleno la grandiosa figura del hijo más ilustre de Alcalá.

Nada diré de la segunda parte de este texto con referencia á Cervantes, por estar ya proclamada en las cinco partes del planeta. Cuanto al *vir bonus*, mucho mejor *óptimus*, jamás he abrigado duda en aplicárselo; muy bien lo incluyó Revilla entre *los santos de la humanidad*; aunque sin razón suficiente lo tuvo por algo manirroto, cuando jamás dispuso de un ducado para un deporte ó devaneo.

*Optimo* fué Cervantes en su vida de escolar y de hijo de familia; *óptimo* en sus trece años de soldado, resplandeciendo sobre todo tal cualidad en la batalla de Lepanto, en el desigual y heróico combate de la galera *Sol*, junto á las Tres Marías (*les Saints Maries*), y en los CINCO AÑOS de cautiverio, en los que no pensó en otra cosa, con riesgo de muerte á cada momento, que en ceñir la región argelina á la corona de España; *óptimo*, cuando recoge desde la cuna el fruto de la única aventura amorosa que se le conoce y, sin abandonarlo un momento, *lo reconoce*, tal vez *lo legitima* por una gracia al sacar y le da estado decoroso y competente á su tiempo; *óptimo*, en su matrimonio y en acoger en su hogar á sus hermanas desvalidas; *óptimo*, en su ancianidad y en su santa muerte, que nos trae á la memoria los últimos augustos momentos de Sócrates.

No es el autor del *Quijote*, no, aquel Cervantes á quien la ley condenó en 1569 á la mutilación ó la expatriación; nó aquel galanteador que nos pintaba Gayangos hace veinte años en su *Cervantes en Valladolid*; ni menos el alcahuete de la casa junto al Rastro, verda-



*dero rufián de mancebía*, que alguien ha dicho; ni el perseguidor de muchachas doloridas en el cementerio, atrio, exedra ó lo que fuese de Alcázar de San Juan (1); todo esto puede probarse matemáticamente. Tampoco ha de tomarse como argumento contra él, su excesiva humildad, manifiesta en muchas ocasiones, como cuando parece que justifica sus desgracias por alguna imprudencia por él cometida, ó cuando exclama con la mayor unción cristiana:

*Bien sé que mis maldades infinitas  
Y la poca atrición que en mí se encierra  
Me tiene entre estos falsos ismaelitas* (2).

Desaparezcan, pues, esas sombras con que sin ton ni son se ha pretendido oscurecer por algunos la figura generosa y nobilísima de Cervantes y brille como debe, á la luz meridiana, con el nimbo esplendoroso de *vir optimus*.

J. A.

Madrid, 29 Abril, 1905.

---

NOTA. Solicitado con urgencia por la *Junta del Centenario del «Quijote»* de Alcalá de Henares á que les enviase cualquier cosa, para ser leída entre otros muchos trabajos, en la solemne sesión que se verificó en la antigua Universidad complutense el día 11 de Mayo de 1905, mandé inmeditamente esta improvisación, que efectivamente fué leída en dicho día y publicada en el mismo mes en el *Boletín del III Centenario del «Quijote»*, núm. 6 y último.

---

(1) De Alcázar de San Juan han salido ambas especies: la primera es bien reciente y la recuerdan todos. La segunda no la tengo á la vista; pero se halla en una hoja suelta firmada «J. Alvarez Guerra» y que la tengo incluída en un tomo intitulado *Sol de Cervantes etc.*

(2) De la hermosa epístola á Mateo Vázquez.



Sobre un legado filipino en favor de Victoria

## ASUNTOS VARIOS









## Sobre un legado filipino en favor de Vitoria

---

Siendo muchas las personas que por uno ú otro motivo se me han acercado en estos últimos años, como primer historiador de la primitiva Cofradía de la Virgen Blanca, en demanda de noticias acerca del estado actual de cierto *legado filipino*, que en forma anual había de remitirse á Vitoria por disposición del fundador, el vitoriano don José Beltrán de Salazar, Sargento mayor de Manila y Regidor perpetuo de su Ayuntamiento, voy á satisfacer su curiosidad, comenzando por recordar ciertos antecedentes necesarios.

En el archivo de dicha Cofradía, que corre á cargo del secretario perpetuo de la misma mi distinguido amigo el Excmo. señor don Juan Cano, hay un cuaderno de veinte hojas útiles que contienen los documentos siguientes: 1.º dos escrituras, ante el Escribano Pedro Beltrán de Nanclares, á 17 de Junio de 1613, para la solemne fundación de la cofradía de la Virgen Blanca mediante condiciones establecidas entre los fundadores de la misma de una parte, y de la otra el señor Cura párroco y Mayordomo fabriquero de la parroquia de San Miguel. Una vez fundada la Cofradía, se formaron sus ordenanzas, las cuales, lo mismo que la institución, fueron aprobadas por el señor Provisor, gobernador eclesiástico, sede vacante, de Calahorra y la Calzada, por decreto estampado á continuación de las mencionadas escrituras en 16 de Marzo de 1614.

En 21 de Julio de 1613 se verificó la primera sesión, que consta en un libro de actas al folio primero, y el libro de cuentas se abrió el 20 de Julio de 1614; ambos libros forman también hoy parte del Archivo. 2.º Otra escritura, otorgada ante Gaspar de Elejalde á 9 de Agosto de 1616, es el contrato celebrado por la Cofradía para



hacer en honor de la Virgen una capilla cuyo coste se evaluaba en 5.000 reales pagados á plazos, debiendo satisfacerse el último el día de San Juan de 1617, al terminarse las obras. Estas obras, en efecto, se terminaron en el tiempo estipulado, por el hábil alarife Gonzalo de Setién, en la parte exterior de la Iglesia, donde hoy está empotrada, bien intempestivamente por cierto, una casucha que dá frente á la plaza del Machete, vulgarmente las Covachas. Y 3.º Un contrato privado entre dicho Setién y los cofrades Pedro González de Junguitu y Pedro Ruiz de Barrón, comprometiéndose el primero, mediante la cantidad de 500 reales, á construir unos soportales en el tiempo que mediaba entre la fecha de la escritura, á 1.º de Setiembre de 1618, y el próximo día de Todos los Santos.

Como no nos toca á nosotros hacer la historia de la hermosa escultura, que en suntuosísima hornacina se ostenta fuera del pórtico dominando los Arquillos, la plaza vieja (ó de la Blanca) y hasta la Florida, pasemos á nuestro principal asunto.

El Sr. D. José Beltrán de Salazar, al principio citado, estableció en 5 de Octubre de 1731 una fundación intitulada del Santo Cristo ó del Tesoro, afecta al Colegio de Santa Isabel en la Misericordia de Manila y ampliada en 15 de Noviembre de 1738 con una cláusula que dice: *Item. Aplico 420 pesos, que anualmente se han de entregar al Apoderado de la Mesa en el puerto de Acapulco, para que este los remita á la ciudad de Vitoria, con dirección al Abad y diputados de la Cofradía de Nuestra Señora de la Blanca, para los destinos que á estos he de comunicarles.* Copias de ambas escrituras obran también en el repetido Archivo.

Para que nuestros lectores se formen una idea de las vicisitudes por que el dicho legado ha pasado, voy á copiar algunos párrafos del folleto que con el título de *Historia de un legado filipino* publiqué en 1886, página 54 y siguientes, y que se halla completamente agotado:

«A nosotros no nos incumbe en esta sencilla y descarnada crónica, elevarnos á consideraciones impertinentes acerca de las causas y origen de la oscura, tenebrosa é inmoral administración de las Obras pías en los siglos XVII y XVIII. Sea cualquiera el criterio que por otra parte se tenga formado acerca de la marcha de los



negocios en nuestras posesiones ultramarinas, es desgraciadamente una verdad inconcusa é incontrovertible, que la moralidad brilla allá por su ausencia; principalmente sobre Filipinas se ha escrito mucho y con gran pasión en opuestos sentidos, quedando sin embargo bien probados los desaciertos y abusos allí cometidos. Ciertó es que á los individuos de la Real mesa de la Misericordia, según los estatutos de la casa, no les alcanzaba otra responsabilidad que la moral y de su conciencia; pero no es menos exacto que las voluntades de los fundadores de Obras pías quedaron inicuaamente falseadas y escarnecidas. Si recordamos que Beltrán de Salazar, aseguraba en 1739, merced á sus previsoras disposiciones, que *en breve tiempo* llegaría su fundación á su cúmulo; si tenemos en cuenta las propias declaraciones de la Real Mesa de 1759 y 1804, en su lugar trascritas, en cuyas fechas ascendía el capital del Tesoro á los doce mil pesos presupuestos, por más que con frívolas argucias y pretextos no se cumpliesen las instrucciones del fundador; y si paramos mientes en el estudiado y sistemático mutismo que oponían á las más altas influencias y recomendaciones los señores de la Real Mesa, aquel *pozo sin fondo*, como lo calificaba muy gráficamente un fraile doctísimo, juntamente con las escandalosas transferencias y caprichosas aplicaciones que de los fondos se hicieron, detentando intereses legítimos; no nos causará ninguna extrañeza el que, por decreto de 12 de Agosto de 1851, fueran expulsados los hermanos de la Mesa y reemplazados por otra junta, disposición que ya la gente sensata é imparcial echaba de menos hacía mucho tiempo, ni que por real cédula de 3 de Noviembre del 54 el Archivo de la Misericordia, Santo Domingo, San Francisco y Recoletos pasasen á la custodia de una junta administradora de Obras pías, compuesta de los señores Arzobispo, Regente de la Audiencia, Intendente y Fiscal de S. M. No sabemos si estas disposiciones fueron del todo eficaces y aún si tuvieron su debido cumplimiento; pero lo que sí advertimos es que desde esta época se activaron las cuentas y se hicieron las debidas distribuciones anuales, según hemos visto en el capítulo anterior, de las utilidades producidas por los capitales anexos á la Misericordia. A la vista tengo la distribución impresa de 1869, que



lleva ya el número 12 de orden, si bien desde el reparto undécimo de 1867 se fueron depositando en el Banco, por mandato del Gobierno, los fondos y productos de la Misericordia, y suspendiéndose las distribuciones pecuniarias, tal vez porque aquél no estuviese aún del todo satisfecho con la nueva administración.

En el arreglo ó corte de cuentas, llevado á cabo en 1855, se reconoció y declaró al Santo Cristo del Tesoro, un capital de 6.142 pesos. Pues bien, cuando se fundaron las Obras pías en los siglos XVII y XVIII, el giro de Nueva España á la gruesa ventura llamado de correspondencia producía de 40 á 50 por 100, que era el precio corriente á que se daba el dinero sobre los galeones que hacían el viaje á Acapulco; pero los legados no llegaban á su destino, como sucedía con el de la Virgen Blanca; en cambio hecho el corte de cuentas, á que nos venimos refiriendo, castigado el capital casi en una mitad, y rindiendo éste tan solo el 6 por 100 sobre fincas, como actualmente se hace, pero cercenadas también muchas aplicaciones abusivas, llegan todos los años á sus destinos desde 1857 las cantidades prorrateadas correspondientes.

Muy confusas son las no pocas noticias que tenemos de la fiscalización del Gobierno en la administración de las obras pías refundidas en la Misericordia, y no nos interesan tampoco los detalles de contabilidad; pero, como el daño venía de muy atrás, el remedio debió de ser difícilísimo y por eso vemos en 1869 al General don Carlos María Latorre disolviendo la Junta de la Misericordia y poniendo otra en su lugar, y el nombramiento en 13 de Abril de 1877 por el Gobierno de una Junta extraordinaria de liquidación y distribución general de los productos de las Obras pías. A la vista tenemos las operaciones comprensivas de los años de 1855 á 1876, ambos inclusive, que aparecieron en las Gacetas de Manila contando desde el 3 de Agosto de 1878, precedidas de un escrito, 30 Julio, de la Secretaría del gobierno general de Filipinas, por orden del Gobernador general, como Vice-real patrono y estableciéndose reglas para las sucesivas distribuciones.

En estas operaciones, aprobadas por decreto de 30 de Diciembre de 1878, aparece la Obra pía del Santo Cristo con un capital efectivo de 6.263'04 pesos, y se reconoce



un haber á la Cofradía de la Blanca próximamente de 2.500 pesos. Dicha Junta reprodujo esta distribución general, ampliándola hasta 1879 inclusive, en un vol. de 107 páginas 4.º, que publicó en Manila en 1880.»

En mi aludido folleto daba noticias detalladas de los descendientes de los dos hermanos de don José Beltrán de Salazar (ya que él no tuvo familia), don Mateo y doña María, y ponía la relación circunstanciada de los individuos de ambos sexos que en aquellos días disfrutaban por partes alícuotas de las remesas de la Obra pía del Tesoro (la tercera parte para la Cofradía y las otras dos para los legatarios de sangre). Voy también ahora, como objeto de curiosidad, á señalar la situación de los mismos con respecto á la primera rama, pues la segunda, que habita en diferentes pueblos de Alava, Condado de Treviño, etc., me es casi totalmente desconocida. Los descendientes actuales de don Mateo Beltrán de Salazar con representación colegataria son, á saber: doña Balbina de Sarasúa, viuda de Altuna; los hermanos doña Dolores, don Bruno, doña Felisa y don Emilio Atauri y su sobrina doña María Regina; los hermanos don Félix, doña Francisca y don Antonio Zuloaga; los hermanos don Luis, don Quintín, doña Francisca y doña María Aguirre; los hermanos don Ramón, don Julián y don Odón Apraiz y su sobrino don Julián Cavia; todos residentes en Vitoria; don Manuel Sáenz, teniente coronel retirado (Granada); cinco niños huérfanos, hijos del Juez don Francisco Sigler (Murcia); doña Rosario Sigler esposa del Auditor de brigada don Octaviano Romeo (Madrid); cuatro niños, hijos del difunto Registrador de la propiedad don Luis Iraolagoitia y los señores don Pedro, don Quintín y doña Cecilia Iraolagoitia, todos residentes en Eibar; don Andrés Iraolagoitia (Elgoibar); doña Acacia Iraolagoitia (Madrid); doña Julia Sarasúa (Guadalajara); don Manuel Sarasúa (Badajoz); don Julio Fernández de Sarasúa, su hija doña Julia (en representación de su madre doña Juana Sarasúa), y su hermana doña Concepción (Ubeda); doña Julia Uraga (Zaragoza); don Federico Mendizábal (Madrid); doña Matilde, doña Dolores y doña Ana Luque (Madrid); doña Rosa García de Sarasúa esposa del teniente coronel de Ingenieros don Pablo Parellada (Canarias); don Mariano García de Sarasúa, comandante de Caballería (Alcalá de Henares);



los hermanos don Ramón y don Alfredo Fernández de Retana, comerciante el primero en una de las repúblicas americanas y capitán de Infantería el segundo en Gerona y tal vez algún otro que no tenga presente.

Las cantidades que se han cobrado en Vitoria desde 1738 acá, apenas llegan á ciento quince mil reales, cuando lo que correspondia, á razón de cuatrocientos veinte pesos anuales, solo en siglo y medio, para hacer números redondos, asciende á la suma de ciento quince mil.... pesos fuertes.

Mas ya que tan precaria suerte ha cabido á la Cofradía de la Blanca y á los legatarios de sangre, no sólo por la mala administración de las Obras pías en Filipinas y por los entorpecimientos y pretensiones del Fisco, sino también por la inmoralidad de algunos de los mismos apoderados del juro, pues hasta el último parece que trató de fugarse con fondos de varias administraciones; urge que la Cofradía nombre un administrador de reconocida honradez, con encargo, no sólo de liquidar cuentas pasadas, sino de continuar percibiendo las cantidades anuales correspondientes, una vez que, contra lo que muchos han creído, tanto la casa de Misericordia de Manila como todas las demás instituciones piadosas que deben su origen á fundaciones particulares, se han salvado de la catástrofe general de nuestras posesiones coloniales, según lo sabíamos nosotros hace tiempo por noticias particulares, y tal como queda definitiva y oficialmente corroborado por el siguiente párrafo de un discurso pronunciado por el excelentísimo señor Presidente del Consejo de Ministros D. Antonio Maura, el 26 de Enero último, en el Congreso de los Diputados, acerca de la llamada *Cuestión Nozaleda*:

«Había en Manila, había en Filipinas un número inmenso de fundaciones piadosas, de Institutos benéficos dotados para fines de permanencia y de bondad incontestable, al menos para nosotros. Y no hablo de las Ordenes religiosas, no hablo de las Ordenes monásticas y no hablo de los bienes que les pertenecieran, sino de las Obras pías, de los Institutos de enseñanza, de las fundaciones benéficas que tienen dotaciones y fines permanentes, que representan allí un caudal inmenso, y sobre todo un tesoro moral, en que todavía ha de perpetuarse en el transcurso de los siglos el aliento del



alma española, porque á su sombra y bajo su bandera, y por su inspiración nacieron. (*Muy bien, muy bien*). Todo aquello no tenía allí más que un patrono, más que un centinela, más que un defensor frente al Gobierno Americano, y ese era el Arzobispo de Manila, que, con la amargura de haber visto ponerse el sol de su patria, con la amargura de estar bajo el pabellón extranjero, allí permaneció peleando y discutiendo y salvando, como salvó, esos inmensos intereses morales y materiales; porque si aquello hubiese pertenecido al Gobierno de España, á la Corona de España ó al Estado español, no por culpa suya, sino por desdicha de todos, se habría transferido á la soberanía extranjera».

(Publicado en el *Heraldo Alavés*, en los días 4 y 6 de Julio de 1904).







# Astronomía popular

---

## El planeta Júpiter

Hace próximamente un mes que los menos versados en Astronomía habrán observado, en estas noches excepcionalmente despejadas, la brillante luz de un astro espléndido que brillando todas las tardes, á la hora del crepúsculo, hacia el Oriente, continúa su curso majestuoso durante toda la noche, llegando á su altura meridiana hacia las doce, hasta ponerse por Occidente al amanecer. Como es consiguiente, cada día hace más pronto su aparición, hasta que llegue á desaparecer de nuestra vista.

Según los astrónomos, la oportunidad para su estudio no puede ser mayor, tanto porque su posición es excepcionalmente favorable en los actuales momentos, que solo se repite de doce en doce años, como porque su radiación es cincuenta por ciento mayor que si la *oposición* actual se verificase en primavera.

Las naciones y los hombres pasan como las figuras de un cinematógrafo y solo el cielo de la astronomía permanece inmutable, en comparación con nuestros pasajeros destinos. Así es que este astro brillantísimo, solo comparable en esplendor con la Luna y en ocasiones con Venus, lo contemplaron, lo mismo que hoy lo contemplamos nosotros, los hombres de las épocas prehistóricas (aunque inconscientemente), los egipcios de los tiempos de los Faraones, los caldeos del tiempo de Babilonia, los griegos del tiempo de Homero; los contemporáneos de N. S. Jesucristo, de Constantino y del Cid Campeador.

Pero esta grandeza y esta magnificencia del rey de los planetas, cuyo diámetro es once veces mayor que el



de la tierra, su volumen más de mil doscientas veces más grande y su pesantez trescientas diez veces superior, ofrecen un aspecto incomparable, si en lugar de mirar á Júpiter á simple vista nos valemos de un buen telescopio. Así es como lo están estudiando en estos momentos los astrónomos de todas partes, y de este modo irá la ciencia penetrando el misterio de la constitución física de ese y otros mundos remotísimos, tan distintos del nuestro. En efecto, por lo que hace á Júpiter sabemos perfectamente que hoy por hoy es inhabitable, á pesar de los bellos satélites que le rodean. Los que se llaman intérpretes de la filosofía de la Naturaleza lo consideran como el mundo del porvenir; pues de aquí á algunos miles ó millones de años, cuando nuestra Tierra no será otra cosa que un inmenso cementerio, estará ya Júpiter en perfectas condiciones de habitabilidad. *Dios sobre todo.*

### El planeta Venus

*Ya el Héspero delicioso,—entre nubes agradables,—cual precursor de la noche,—por el occidente sale.*

Y efectivamente, en el delicioso otoño que venimos disfrutando en Vitoria, apenas ha habido día, sobre todo en el último creciente y plenilunio (lo mismo que vuelve á suceder estos días), en que á la hora de atardecer no se haya podido gozar del espectáculo de las aquí proverbiales preciosísimas puestas de Sol, con el Héspero (ó lucero vespertino), siguiéndole los pasos parpadeando, por Occidente, y el majestuoso Júpiter por Oriente, acompañando impasible á la Luna, hasta su ocaso.

¿Y qué astro es ese *Héspero*, á quien se refiere Meléndez y que con igual nombre se cita en la *Iliada*? ¡Cuántos cálculos y observaciones no tendrían que hacer los estudiosos para caer en la cuenta, allá en tiempo de Pitágoras (s. VI antes de J. C.), de que este lucero vespertino era el propio lucero matutino ó Lucifer, esto es el mismo planeta Venus, visto unas veces al Oriente y otras al Poniente!

Para nosotros, fuera de algún período jovino excepcional como el presente, Venus es el astro más brillante del cielo, y así como Júpiter difiere tanto de la Tierra, *la graciosa estrella de amor* se nos parece muchísimo.



Su diámetro y su volúmen son casi iguales, aunque algo inferiores al de la Tierra, y si bien su *peso* no ha podido apreciarse todavía con exactitud, debe de ser también algo menor que el de nuestro planeta, y para que el parecido sea completo se le supone con perfectas condiciones de habitabilidad. Aquellos habitantes sufren los mismos vientos y lluvias que nosotros, iguales frios y nieves y parecidos calores y tempestades. Por lo demás, es de suponer, según los librepensadores, que se encuentren más atrasados, por haber venido á la vida después que nosotros. Mas, para un filósofo cristiano, no es esto argumento de fuerza, á no ser que allí también haya habido un Adán y una Eva pecadores, pues en otro caso podrían ser completamente felices, pues es sabido que *Dios no ha hecho la muerte*, ni siquiera las enfermedades del cuerpo ni del alma, sino que creó al hombre en estado de perfección. Solo, pues, caben conjeturas sobre esta ya antigua hipótesis de *la pluralidad de mundos habitados*.

(*La Libertad*, á 16 y 21 de noviembre de 1904).







## Dos cartas abiertas

---

A Mister Edward Spencer Dodgson, correspondiente de la Academia de la Historia, etc., etc.—En Durango.

Vitoria 18 de Noviembre de 1904.

Mi distinguido amigo: Con razón, al leer los días pasados su corta, pero sabrosa carta, en el *Heraldo Alavés*, en que aprovechó usted la ocasión para mencionar ventajosamente mi último folleto *Bosarte y La tía fingida*, delicada atención que agradezco en lo que vale, con razón digo, barrunté yo en seguida buen cazadero para mis aficiones literarias, en el curioso tomo á que usted se refería, que contiene los 66 primeros números del *Correo de los Ciegos de Madrid*, título cambiado á mediados de 1787 por el de *Correo de Madrid*.

Así es que al acceder usted á prestarme el viejo volumen, me ha proporcionado tal vez ocasión de añadir un segundo tomo á una obrita mía, como luego diré. Pero toquemos primeramente y como cuestión previa un punto íntimamente relacionado con la filología eúskara, á la que tan fervorosa devoción usted profesa y que forma parte de su epístola.

Usted y nuestro respetable amigo el presbítero señor Bernaola han visto con cierta extrañeza, tomándola en serio, una firma que aparece en la página 96 del tomo en cuestión, al pie de una carta de Madrid de 29 de diciembre de 1786 (es la fecha del número), que dice así: *Ignacio Indecebealdeiturriberrigurri*, y dando importancia á nombre tan largo (usted le encuentra 30 letras, aunque desde hace pocos años la Academia da el valor de una á la *rr*), se entretiene en sacar la etimología de las diversas voces que entran en su composición. Pues bien, á pesar de ser ustedes dos eminentes vascófilos y



yo desgraciadamente un ignorante en vascuence (aunque todos mis antepasados paternos lo han hablado), me permito recordarles que de este *polisintetismo* éuskaro habla largamente el Sr. Campión en su *Gramática*, que ustedes conocen mejor que yo, *polisintetismo* que me recuerda á mí (algo helenista) aquel estupendo y colosal vocablo inventado por Aristófanes, que consta nada menos que de *setenta y seis* sílabas, en cuya composición entran *veintinueve* palabras y que llena por sí solo el espacio de *seis* versos (*Las Junteras*, versos 1169 y siguientes), el cual vocablo solo ha podido traducirse al alemán, por Vosió, aunque con ásperos y sordos sonidos, añadiendo todavía *tres* sílabas más que el original, es decir, hasta el número de *setenta y nueve*.

Pero dejemos esto y pasemos á mi caza

Hojeando con avidez el bisemanal *Correo*, he hallado en él bástantes artículos seudonímicos, que me han dado en la nariz que son.... ¿de quién creará usted, mi querido Dodgson?.... De nuestro insigne fabulista Samaniego, que, cual nuevo Proteo, adoptaba diferentes firmas ó formas, para expresar sus ideas en la prensa periódica sin jamás poner la suya. Pero esto requiere alguna explicación.

Usted, que conoce mi *Samaniego crítico*, habrá leído cómo Samaniego llegó á ponerse en cierto modo á la cabeza de los *afrancesados*, al escribir en junio de 1785, un contundente opúsculo contra el *misogalo* Huerta, intitulado *Memorias críticas de Cosme Damián*, consagrado á poner en ridículo el recién nacido primer tomo (llegaron á 17) del *Theatro Hespañol* de aquél. Pocos meses después, con fecha de primero de enero de 1786, apareció una carta en el periódico el *Censor* con la misma firma de *Cosme Damián*, acerca del teatro de su tiempo, que podía intitularse muy exactamente *Almanaque teatral*, en la que, abundando nuestro paisano en sus ideas de siempre (*neoclásicas* ó *neogálicas*) aprovecha también la ocasión de suministrar algún alfilerazo al autor del *Theatro Hespañol*, calificándole de mal olfato y peor gusto. Pues bien, al describir yo este trabajo ó artículo en la página 23 de mi libro exclamo: *¡Cuántos como éste escribiría tal vez Samaniego, puesto que no firmaba nunca, dada la vara alta que tenía en casi todos los periódicos de Madrid!*



Efectivamente, entre otros varios trabajos que me huelen á Samaniego en el tomo que tengo á la vista, antójaseme que bajo el apellido *Indecedebealdeiturriberrigurri* (1) se oculta la cara burlesca de nuestro humorista alavés, por las siguientes razones:

1.<sup>a</sup> Como en las dos anteriores críticas, sigue aquí tomándola con la colección de piezas escogidas del *Theatro Hespañol*, burlándose además de sus excesivas *haches*.

2.<sup>a</sup> La materia es también aquí, como en los otros estudios, *sobre el teatro*, y su *criterio* y estilo los mismos igualmente.

3.<sup>a</sup> Entre los personajes de una supuesta compañía de cómicos figuran, como apuntadores, *Cosme Damián* y *D. Urbano Severo*, ya por el gusto de aludirse á sí mismo, ó ya con el fin de despistar á los lectores.

4.<sup>a</sup> Como *El Correo* mantenía las mismas ideas críticas que Samaniego, nada de particular tiene que fuese éste un colaborador constante, en los años que estuvo en Madrid (de 1782 á 86), ya que, después de pasar á Bilbao para fijarse definitivamente en Laguardia, insertó en 1788, en el propio *Correo de Madrid*, á 12 de Abril (tomo 3.<sup>o</sup>), una glosa satírica de una décima de Iriarte, sin fecha ni firma, según su costumbre.

Y 5.<sup>a</sup> Aunque Samaniego no hablaba el vascuence, lo conocía lo suficiente para la invención del peregrino seudónimo que empleó el autor de la carta; era amigo además de Astarloa y solía visitarle en Marquina.

Como me queda mucha tela cortada, no solo para otro artículo, sino tal vez, como indico al principio, para un segundo tomo de mi *Samaniego*, acabo aquí por hoy, mi señor don Eduardo, dando á usted las más expresivas gracias por haberme proporcionado la ocasión de estos hallazgos y de repetirme suyo affmo. s. s. y a.

q. s. m. b.

J. A.

P. S.

Concluida mi carta, me asalta el escrúpulo de si habré

---

(1) Muchos años hace que suena por ahí un nombre formado con la segunda mitad de éste y otra continuación: tal es el de «Iturriberrigurrigoicoerrotacoechea, que otros lo dicen así «Errotaberrigorigoicoerrotacoechea,» que significa *molino nuevo, colorado, de la casa, que está en la parte de arriba*.



expuesto mi sospecha demasiado expresivamente, pues bien podía ser autor del documento que me ha ocupado cualquier otro literato de las mismas ideas y aún discípulo de Samaniego. Además, el apellido vascongado no es suficiente fuente de criterio, dado que en el tomo sexto del mismo *Correo de Madrid*, á 2 de Enero de 1790, se nos presenta un flamante impugnador de los fabulistas modernos (sin mencionar á nuestro don Felix), y aunque para sus miras particulares podía haber escrito Samaniego este artículo, es lo cierto que en 17 de febrero del mismo año salió en el mismo periódico otro encubierto paladín llamándose *El aplicado*, en defensa del fabulista riojano-alavés y de sus imitadores.

Es curioso de todos modos, que el impugnador de los fabulistas españoles se firme *don Sancho de Azpeitia*, seudónimo que tiene mucho contacto con las constantes aficiones cervantinas de Samaniego.

\*\*\*

Mi ilustre colega y excelente amigo:

Pídenme usted y otros curiosos que amplíe, redondee ó esclarezca el concepto de mi última carta, acerca del rastro que creo percibir de nuestro Samaniego en el primer tomo del *Correo de los Ciegos*, y paso á hacerlo del modo más sucinto, y siempre con las reservas necesarias para un estudio más completo.

1.º En el número 1.º (10 de Octubre de 1786) hay un corto elogio anónimo del gran matemático D. Jorge Juan, con términos y finalidad análogos á los que emplea Samaniego en un párrafo que se lee al final del folleto (contra Iriarte) *Carta apologética al Sr. Massón*, que tuve la suerte de descubrir en 1894 y que escribió su autor en 1787.

2.º Sin más firma que un *Agur* aparece una cartita en el número 3.º, en la que hablándose de Literatura en general y en particular del Teatro, se presenta una alegoría, simbolizando las nuevas luces literarias, en la figura de *un coche* (las ciencias y artes), que lleva delante un hacha encendida representando al *Diario curioso, etc.*, de Nifo y en la tablilla otras dos hachas que significan *El apologista universal*, del P. Centeno, y el *Correo de los Ciegos*, (de Nifo también?).



3.º Un librito humorístico contra Huerta, que se anuncia al fin del número 4, con el título *Diálogo céltico transpirenáiico é hiperbóreo* y que al mencionarlo el señor Menéndez y Pelayo (*Ideas estéticas*, tomo III, volumen 2.º, notas de la página 78) y Cotarelo (*Iriarte y su época*, página 339) dicen ignoran el nombre del autor, ¿será por ventura de nuestro crítico D. Felix? (1)

4.º Cierta D. Lorenzo Chamorro, autor de una carta inserta en el número 6, modifica y amplía la consabida comparación del *coche de las ciencias*, poniendo por cocheros á Cosme Damián con sus *Memorias*, etc., y á F..... con sus *Reflexiones*, etc. Nosotros ya sabemos qué significan *Cosme Damián* y sus *Memorias*: en cuanto al F. y su obra, no me cabe duda que son el intrépido españolista y cervantófilo D. Juan Pablo Forner y sus *Reflexiones contra Huerta*, que con el pseudónimo de Tomé Cecial, acababa de publicar, en vindicación del autor del *Quijote*. De este articulito tomó pie nuestro *Indecedebealdeiturriberri* para su escrito, de que extensamente hablamos en el *Heraldo* del 18 del actual.

5.º ¿Quién es un señor Urbano Severo, que escribe y suena bastante en el *Correo* desde el número 6 en adelante? Se parece muchísimo al gran fabulista alavés. Este también se califica como el otro, de *severo y tolerante, humano y riguroso*, etc., al principio de su *Almanaque teatral* ó carta al Censor, (1.º Enero de 1786), que mencionaba en mi misiva anterior, y aunque no tratan de los mismos asuntos, coinciden en muchas ideas.

6.º En el número 31 (23 de enero de 1787) se anuncia una *Medicina fantástica del espíritu etc. etc.*, escrita en metro joco serio por el *doctor don Damián de Cosme*, se indica donde se vende y se extracta su contenido, que es interesantísimo para la estética de lo cómico, por ridiculizarse en el opúsculo el carácter del petímetre, del viejo cortejante, de la vieja remilgada etc. Ahora bien, la alteración del orden del seudónimo tantas veces

---

(1) Hace más verosímil nuestra hipótesis la circunstancia de que habiendo estado durísimo Huerta contra Samaniego, y teniendo éste malas pulgas no se sabía hasta ahora que hubiese replicado al virulento poeta extremeño.



empleado por Samaniego y su nuevo título académico ¿serán obra de algún otro bromista, ó por el contrario, y es lo más probable, será tan solo una modificación adoptada por nuestro saladísimo crítico?

Trataré de adquirir ó leer ese folleto, cuando vaya á Madrid.

7.º A consecuencia de una carta anónima contra el drama *El triunfo de la conciencia*, en la cual se toca también algo sobre los *apologistas* (de España), contesta furibundamente otro embozado forneriano, que dice se descubrirá cuando lo haga el detractor de su escuela. ¿Quiénes son esos contendientes, que escriben respectivamente en los números 27, 33, 34, 35 y 36? Lo estudiaré también más despacio.

8.º Finalmente, insértase en los números 36, 37 y 38 (mes de febrero) un estudio tan burlesco, como todos los de Samaniego, en contra de los *apologistas*, á cuya cabeza pone: *Aviso importante al público de escritores del año de 1786. Su autor el R. P. Fr. Damián Cosme, del Desengaño*; insistiendo al fin en señalar el mismo nombre, apellido y dignidad y añadiendo que pertenece á otra provincia y que habita en la calle de la Advertencia. Por cierto, que el padre Cosme aprovecha una oportunidad incidental, para dar, como al descuido, un zarpazo irónico á Iriarte, á pesar de ser éste algo colaborador del mismo *Correo*, por supuesto con carácter anónimo, así como su presentador el marqués de Ureña, que se firmaba *El amigo de los ciegos*.

Y hasta otra se despide su siempre affmo.

J. A.

De Vitoria á 28 de noviembre, 1904.

(Del *Heraldo Alavés*.)

---



## Algo de apellidos españoles (1)

---

### I.—Hay que pluralizar los apellidos

Ya dijo D. Juan Valera, hace cerca de medio siglo, que la secta de los románticos nos vino de Francia, *como vienen todas las modas*, y yo añado, lo mismo las buenas que las malas.

Efectivamente, los franceses, atendiendo al especioso argumento de que los apellidos, por su misma índole, no convienen sino á una sola persona, han tenido casi siempre la tendencia de no pluralizarlos y así dicen: «poseo tres Telémaco y dos Atalia; la poesía de los Homero; el arte los Rafael.» He dicho *casi siempre* porque no es difícil hallar en la literatura francesa nombres propios en plural. Ejemplo: Corneille ha dicho: «Les Scipions (Los Escipiones) vainqueurs et les Catons (los Catones) mourants.»

¿Pero qué nos importa á nosotros lo que hagan los franceses? Los latinos siempre pluralizaron estos nombres; los griegos tenían el número dual para tratar de dos hermanos ó de dos personas ó cosas íntimamente unidas (esos no hubieran dicho ni los Quintero (¡horror!) ni los Quinteros). En cuanto á los españoles siempre hemos pluralizado los apellidos, cuando la armonía lo consiente, pues la excepción confirma la regla.

He aquí las excepciones: 1.<sup>a</sup> No se pluralizan los apellidos que ya son plurales de suyo, como Campos, Palacios; á los cuales se agregan los que, sin ser plurales,

---

(1) Aunque no textualmente copiado, este espécimen está entresacado de tres artículos, que tengo publicados en la prensa vitoriana en el orden siguiente: *Heraldo Alavés*, á 13 de febrero de 1906 y 7 de marzo de 1907; y *La Libertad*, á 25 de julio de 1908.



acaban en s ó x, siendo polisílabos y no agudos (en lo que siguen á todos los sustantivos que reúnen esta circunstancia). Así se dirá los *Carlos*, *Aloses*, *Galdoses* (1) y *Palafoxes*. 2.<sup>a</sup> Los patronímicos terminados en z, que reúnan también la anterior circunstancia de no ser agudos: ejemplo: los Pérez y los Alvarez; (pero debe decirse los Ruizes); y tampoco veo inconveniente en que se aplique esta misma excepción cuando el patronímico es compuesto, ó si se une por costumbre otro aditamento; como los Díaz de Mendoza, los Menéndez y Pelayo, los Pérez Galdós, los Fernández Guerra, los Alvarez Quintero, etc.. etc.

Tenemos, pues, que esa manía ó corruptela modernista de hacer inalterables los apellidos en el plural, bien sea refiriéndose á diferentes personas ó ya sea usando del tropo sinécdoque, es un solecismo, como el de *la gallina flaco*, y un grosero galicismo, como cuando se dice *yo soy tan alto que tú*.

Y no siendo esta ocasión oportuna para desenvolver más esta doctrina, nos contentaremos con copiar estos trozos, tomados del cap. XIII de la 1.<sup>a</sup> parte del *Quijote* y de una obra de Lope, en que se ve la manera castiza, elegante y armoniosa con que estos príncipes del habla castellana pluralizaban los apellidos:

«El linaje, prosapia y alcurnia queríamos saber, replicó Vivaldo. A lo cual respondió D. Quijote: No es de los antiguos Curcios, Gayos y Cipiones romanos; ni de los modernos Colonas y Ursinos; ni de los Moncadas y Requesenes de Cataluña; ni menos de los Rebellas y Villanovas de Valencia; Palafoxes, Nuzas, Rocabertos, Corellas, Lunas, Alagones, Urreas, Foces y Gurreas de Aragón; Cerdas, Manriques, Mendozas y Guzmanes de Castilla; Alencastros, Pallas y Meneses de Portugal; pero es de los del Toboso de la Mancha.»

Ya Mendozas y Guzmanes,  
Leivas, Toledos, Bazanes,  
Enriquez, Rojas, Girones,  
Pachecos, Lasos, Quiñones,  
Pimenteles y Lujanes  
Truecan las armas por galas  
Por música el atambor.

---

(1) Cuando es Gáldos no se pluraliza, sino cuando es Galdós.



## II.—Sobre los apellidos alaveses

Y ya, que como suele decirse, me encuentro con la mano en la masa, allá van cuatro palabras sobre los apellidos alaveses, y digo solo alaveses, porque la doctrina que voy á exponer no puede aplicarse de lleno, ni á los vizcainos y guipuzcoanos, ni aun á los asturianos, que también suelen usar apellido compuesto (1).

Más de mil años hace que los alaveses, imitando á los castellanos, adoptaron los nombres patronímicos, esto es, los apellidos que se daban á los hijos, derivándolos del nombre de su padre. Unos y otros fueron cristalizando estos apellidos hasta llegar á la costumbre general de que esos patronímicos, en vez de irse formando por personas, iban heredándose de padres á hijos.

Mas, no mucho después, los alaveses adoptaron el sabio procedimiento de juntar al patronímico el apellido de procedencia, que casi siempre era de un pueblo ó lugar de nuestra provincia.

De modo que con sólo tener en cuenta que hay en Alava una ciudad, 85 villas y 439 aldeas, á las que se juntan para el caso las regiones hoy desmembradas y muchas de fuera de la provincia, (2) puede calcularse el riquísimo arsenal de que dispusieron nuestros antepasados, sin fatigarse mucho, para la formación de sus apellidos; y si á esto añadimos la combinación posible de los diversos patronímicos con cada una de las procedencias (Díaz, Sánchez, Pérez, Martínez, Fernández, González, etc., de Mendoza, por ejemplo), se echa de ver á primera vista su grandísima abundancia é inmensa variedad. Sabido es por otra parte que los nombres de los pueblos, lugares, montes, valles y sobre todo los solares vascongados expresan exacta y precisamente la situación toponímica de los mismos. De modo

---

(1) Sabido es que los que llevan actualmente los apellidos dobles de Amador de los Ríos, Núñez de Arce, y aun Becerro de Bengoa, etc., etc., no lo hacen porque haya sido un solo apellido, sino que, por regla general, son el paterno y materno de algún glorioso antepasado.

(2) Hay que descontar en cambio el valle de Aramayona, sin duda por que primitivamente no perteneció á Alava, y acaso alguna otra región fronteriza, que adoptan el apellido vizcaíno, que se caracteriza por ir precedido de la partícula *de*, signo de procedencia.



que los apellidos alaveses se componen del patronímico castellano y de otro apellido generalmente vascongado, doble denominación que ofrecía una inmensa ventaja para individualizar á las personas en una época en que aún no se habían adoptado los apellidos maternos. Cuando esto ocurre, al alborear los tiempos modernos, comienza á simplificarse el apellido paterno, sacrificándose el patronímico, como es muy natural. Pues bien (y aquí entra el objeto principal de estos renglones), siendo así que en los siglos XVI, XVII y XVIII todos nuestros antepasados alaveses cuidaron siempre en los escritos de alguna solemnidad de firmar con el doble apellido y en los demás casos firmaron con la segunda parte, ¿no es completamente anómalo que por unas ú otras causas hayan adoptado algunos individuos, la costumbre de suprimir la parte vasca de su apellido y quedarse con la castellana, tan originada á dudas y confusiones? ¿Qué significan en Alava los López, Fernández, Ramírez, y aún Ochoas (1) con que algunos se han quedado, suprimiendo por ejemplo el Guereñu, Retana, Lopidana, Uriarte, etc., que deben acompañarles? ¿Y qué significarían en la Historia política y literaria de España los apellidos López, González, Martínez, Pérez, Vélez, Sánchez, etc., etc., si no se les añadiese el Guevara, Ayala, Mendoza, Alava, Samaniego, etc., etc.

Si en el resto de España, desconociendo en absoluto la historia y la filosofía de nuestros apellidos alaveses, los abrevian malamente, llamando Ortiz á los Ortizes de Zárate, López á los López de Maturana, etc., etc., ningún alavés debe renunciar á la segunda parte de sus apellidos, como jamás renunciaron nuestros antepasados. (2) Y basta por hoy, pues la materia de apellidos es tan intrincada, que, como dice D. Roque Barcia, «el libro que nos explicara ingeniosamente el origen de nuestros apellidos, sería sin duda el más curioso de la tierra; otro *D. Quijote de la Mancha*.»

---

(1) Ochoa viene á ser un patronímico vascongado equivalente á López (hijo de Lope ó Lobo): también la terminación *ez* es éuskara.

(2) Siendo alaveses casi todos mis ascendientes maternos, son por lo mismo de esta doble contextura sus apellidos, á saber: Sáenz de Elburgo, Ochoa de Uriarte, Beltrán de Salazar etc., etc.



## Anécdotas alavesas (1)

---

### I.—El solar vizeaino de los Isunzas, y descendientes de Pedro de Isunza y Lequeitio

Desde que, espolvoreando archivos, exhumaron González y Navarrete hace un siglo la simpática personalidad del vitoriano Pedro de Isunza, Proveedor general de las galeras de España con residencia en el Puerto de Santa María y Jefe y amigo cariñosísimo de Cervantes (pues la virtud y el talento en ambos fueron en ellos lazos más apretados que los de la subordinación), pasando por otros documentos aportados por Asensio y por los que yo mismo y mi respetable amigo D. Cristóbal Pérez Pastor descubríamos hace once y diez años, en los protocolos de Vitoria y Madrid y en el Palacio de Liria, no ha habido motivo alguno para dudar de las honradísimas, leales y casi fraternales relaciones entre ambos caballeros cristianos.

Así lo han reconocido expresamente, entre otros muchos, el entusiasta é infatigable Máinez y el sabio y sagacísimo Navarro Ledesma, éste en su obra en publicación *El Ingenioso Hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra* y el primero en diversos trabajos

Mas lo que nadie sabía hasta que yo tuve la suerte de descubrirlo, ó mejor dicho de comprobarlo (pues ya hacía años que lo sospechaba), es que Isunza fuese vascongado, como extensamente lo tengo tratado en mi

---

(1) Están entresacadas de varios trabajitos insertos, respectivamente, en *El Nervión*, de Bilbao (número extraordinario por el Centenario del «Quijote» en 1905, y número del 26 de Julio de 1908); y *Heraldo Alavés* de 6 y 10 de Julio y 24 de Noviembre de 1905.



*Cervantes Vascófilo*, en mis *Isunzas de Vitoria* y en mi *Estudio sobre las «Novelas Ejemplares.»*

Ahora bien; amigo de ver por mis propios ojos cuanto con Cervantes se relaciona, como lo estoy haciendo en estos momentos en que, por segunda vez, estoy recorriendo las interesantísimas poblaciones de Alcalá y Esquivias, con el aditamento de Illescas (adonde injustamente se ha llevado en 1897, con todo el protocolo notarial, el tomo de 1586, que entre otras curiosidades contiene la carta dotal de doña Catalina, ya esposa de Cervantes), no me fué dable en su día visitar el solar de los Isunzas, como hubiera deseado; valiéndome en su lugar de las exactísimas noticias que me facilitó mi condiscípulo Francisco Corcóstegui, hoy difunto, médico de Bérriz. Esta circunstancia (es decir, el no haber visto antes el solar de los Isunzas) me convida hoy á subsanar una inexactitud histórica cometida entonces, por haber tenido ocasión de visitar detenidamente aquellos lugares, en compañía del respetable presbítero Sr. D. José M.<sup>a</sup> Bernaola y de mi honorable amigo mister Dodgson, el día 1.º de Noviembre de 1904; si bien tengo el grandísimo sentimiento de hablar ahora de memoria, pues los apuntes que aquel día tomé los tengo en Vitoria.

Decía yo en 1897, según los informes de Corcóstegui, que lo mismo el viejo solar Isunza-Jáuregui (hoy Apraizena, ¡qué casualidad!) que los otros dos caseríos próximos, Isunza Descarga é Isunza de en Medio (propiedad hoy del Sr. Abaitua, heredero de su esposa Solaguren) no conservaban «vestigios visibles anteriores al siglo XVII», y esto no es exacto, pues en nuestra detenida visita vimos palpablemente restos medio-evaes en la sólida cerca de mampostería que rodea el castillo de en Medio, que es indudablemente el primitivo, en sus saeteras ó aspilleras, en su profundo foso, etc., etc., y no me extiendo en detalles, porque, como he manifestado, hablo de memoria y esta es muy frágil, cuando se avanza ya penosamente por el triste camino de la sexta decena de los años.

Como en mis *Isunzas* resulta muy englobada la genealogía de *Pedro*, voy á concluir estos mal trazados renglones, presentando un croquis de la misma.

Hacia 1380, Martín de Isunza, hijo de este solar, que



dista apenas 2.500 metros de Durango por la carretera de Eibar, en jurisdicción de Bériz, se casa con María de Olave, habiendo de ella cuatro varones y dos hembras. Establecida toda la familia en Vitoria, hacia 1400, y vuelto el mayor de los hijos, Lope, á su viejo solar, es cabeza de los Isunzas de Vitoria, Juan, quien, siguiendo la costumbre alavesa, adoptó inmediatamente el apellido compuesto de Martínez de Isunza, como hijo de Martín.

Tuvo Juan cuatro hijos y todos dejaron descendencia en Vitoria. Uno de ellos, Martín, hubo dos hijos y una hija. Uno de estos, llamado también Martín, hubo un hijo y dos hijas. Este hijo de Martín, llamado igualmente Martín Martínez de Isunza y Martínez de Aberásturi, figura ya en la *Historia de Carlos V*, de Sandoval, (1521). Del matrimonio de este Martín de Isunza y Aberásturi (como solemos decir en Alava para abreviar patronímicos) con D.<sup>a</sup> Magdalena Martínez de Adurza, nace, entre otros hermanos, Juan, á quien apellida Garibay *Meceñas*, como protector de artistas y literatos, y cuyas huellas sigue, en sus relaciones con *Cervantes*, nuestro *Pedro de Isunza y Lequeitio*, que fallece en el Puerto de Santa María, agobiado por los disgustos y envidias, (pues había llegado á ser muy rico), el día 24 de Junio de 1593, próximamente á los 60 años de edad.

Hagamos ahora un breve resumen de sus descendientes directos de que tenemos noticia. Al regresar doña María, esposa y sobrina de *Pedro*, á la ciudad de Vitoria, le quedaban cuatro hijos, uno que fué Canónigo en nuestra Colegiata, otro que, ó bien desapareció de Vitoria ó murió en la infancia; otra, que murió sin sucesión y D.<sup>a</sup> María, que casó con D. Juan de Aguirre, Alava y Urbina, santiaguista. etc., etc. Toma, pues, el apellido Aguirre la descendencia de *Pedro* en esta forma, siguiendo únicamente la primera varonía: El caballero Felipe Ortuño de Aguirre é Isunza (hijo de los anteriores), engendra á D. Vicente de Aguirre y Zárate, primer marqués de Monte hermoso; éste á D. Francisco Antonio Aguirre y Salcedo; éste á D. Francisco Tomás de Aguirre y Ayanz; éste á D. Francisco J. de Aguirre Salcedo Ortés de Velasco y á su hermano D. José María (4.<sup>o</sup> y 5.<sup>o</sup> marqueses); éste á D. Ortuño María de Aguirre, Corral, Salcedo y Alava; éste á D.<sup>a</sup> María Ama-



lia Aguirre Zuazo y Acedo, condesa de Ezpeleta por su esposo y duquesa de Castroterreño desde 1865 hasta su muerte ocurrida en 1877. Aquí vuelve á cambiar el apellido de los descendientes más directos del generoso protector de *Cervantes* de este modo: El Sr. D. José María de Ezpeleta y Aguirre sucedió á sus padres en los títulos de conde de Ezpeleta y duque de Castroterreño desde 1878 á 1887, en que murió; siendo el noveno marqués de Monte hermoso D. Ramiro de Ezpeleta y Samaniego, de 1878 á 1891. Disfruta hoy los títulos de conde de Echauz, conde de Ezpeleta y duque de Castroterreño el Excmo. Sr. D. Ortuño de Ezpeleta y Samaniego, que ha sido uno de los últimos jefes del palacio de Castilla, en París, de la reina D.<sup>a</sup> Isabel II.

Descienden hoy de *Pedro de Isunza*, á más del duque de Castroterreño y sus hijas, su señora hermana la marquesa del Amparo y las siguientes personas, primos carnales de dichos dos hermanos; el señor Conde de Guendulain y sus hijos; el marqués del Amparo con los suyos; D. Javier de Mencos y Ezpeleta y sus hijos; doña Rosario de Mencos é hijos, casada con el Sr. Sanchez del Aguila; D.<sup>a</sup> Soledad de Mencos, casada con el señor marqués de Eguirior, é hijos, y por último el señor don José de Rojas y Ezpeleta, marqués de Alventos.

Madrid 10 de Abril de 1905.

II.—Epístola misiva al Ilmo. Sr. D. Hipólito Casas

Decano en la Universidad de Zaragoza, etc., etc.

Vitoria 6 de Julio de 1905.

En mi reciente viaje á Santo Domingo de la Calzada, mi dulce y fraternal amigo, me has mostrado copia, entre otros varios trabajos de tu muy aprovechada labor histórico-literaria, de un documento archivado en el riquísimo de la Catedral de tu nativa ciudad riojana, en el cual se habla de un Pedro de Isunza, vecino de la ciudad de Vitoria, quien, en 1544 y en alguna otra ocasión, recibió ciertas cantidades de ducados, de manos del Canónigo fabriquero, por obras fabricadas en el



precioso retablo plateresco del altar mayor del templo, que construyó el famoso escultor Forment. . . . .

NOTA DE AHORA. Suprimo gran parte de lo que sigue, pues habiendo supuesto, tanto el Sr. Casas como yo, que Isunza, era un escultor, compañero de Forment, continuaba mi escrito considerándole en este sentido y aun había puesto, como encabezado de la carta, *Un escultor vitoriano del siglo XVI*. Pero hojeando pocos días después la magnífica obra de D. José María Alonso *Estudios histórico-artísticos*, Valladolid, 1901, leí en ella una escritura fechada en Zaragoza á 3 de Setiembre de 1569, sobre cobro de atrasos adeudados por el Dean y Cabildo de la Catedral de Santo Domingo, donde se califica claramente á Isunza de *mercader vitoriano*, al señalar el concepto de sus cobranzas. Por este motivo el día 10 de Julio hice la consiguiente rectificación en el periódico *Heraldo Alavés*.

Y sigue la carta así, poco más ó menos:

¿Cuál, pues, de mis Isunzas desperdigados, sueltos ó extravagantes es éste acreedor de los señores Canónigos calceatenses?

En mis *Isunzas de Vitoria*, á las páginas 156 y 157, hablo nada menos que de dos, que se pueden confundir con aquél. El primero es hijo de Juan Martínez de Isunza é Isarza, que nació á fines del siglo XV y murió en 1554, dejando viuda á su esposa de muchos años doña Catalina Martínez de Elorrio. El otro, contemporáneo del anterior, estaba casado el 44 y el 46 con doña Gregoria Hernández de Mendoza. . . . .

OTRA NOTA. No sigo copiando la carta, porque su final se reducía á poner la lista de todos los *Pedros de Isunza* que aparecen en mis *Isunzas de Vitoria*, lo cual, á más de no tener relación con el de que se trataba, contenía cosas de que se habla en el artículo anterior.

### III. —Sangriento episodio de la guerra de Flandes

La opulenta ciudad de Amberes (Antwerp, como la llamaban los naturales) estaba en poder de los rebeldes. Un mes hacía que había entrado en ella su nuevo soberano, el duque de Alenzon, quien celebraba sus días el 18 de Marzo de 1582. El generalísimo de los rebeldes, príncipe de Orange, se preparaba para acudir al convite,



cuando un mozo de 22 años, vestido en hábito francés, pidió audiencia para un recado urgente: presentado al de Orange le dió un memorial y sacando rápidamente un arcabuz que llevaba dentro, lo disparó á quemarropa, entrando la bala al Príncipe por una mejilla y saliendo por debajo de la oreja opuesta. Mientras la víctima caía sin sentido, trató todavía el mozo de apuñalarle; mas acudieron muchos alabarderos y le mataron con veinte heridas. Sacaron el cadáver á la calle y una vez conocido entraron en casa de su amo, el cual había ya desaparecido. Preso el cajero de la casa y luego un fraile dominico, fueron ambos descuartizados y colocados sus miembros en los caminos, juntamente con los del homicida, y así permanecieron hasta que volvió á ser tomada Amberes por los españoles.

Pues bien, el urdidor del complot era un vitoriano llamado Gaspar de Añastro (primo del célebre Pedro de Isunza); el ejecutor, un bilbaíno denominado Juan de Jáuregui, maltratados ambos por los historiadores; mas si algunas atenuantes admiten estos para el segundo, que sabiendo iba á morir se confesó y comulgó aquella mañana con el desgraciado dominico y que no esperaba, por tanto, paga alguna en esta vida y sí solo en la eterna, por morir matando al enemigo de la patria y al jefe de de los herejes, (1) tratan con más dureza á Añastro por haber huído á tiempo y por suponer que le movía al complot el lucro de resarcirse de sus quiebras mercantiles con los 25.000 escudos de oro prometidos en el bando real por la cabeza del de Orange.

Ahora bien, extensamente me he ocupado de este personaje, en mis *Isunzas de Vitoria*; pero como prescindí entonces de este episodio, quiero decir ahora dos palabras para que no resulte tan entenebrecida su figura.

Libreme Dios de defender la conducta de Añastro ni la de Jáuregui; pero casi todos los historiadores reconocen que también los enemigos habían puesto á precio las cabezas de D. Juan de Austria, de Requesens y de Alejandro Farnesio.

Y por lo que hace en particular á Añastro se sabe que era fanático en política y en religión como su criado

---

(1) Las mismas condiciones reunía un borgoñón, que dos años después acabó con el Príncipe.



y que en él era una verdadera obsesión el matar á Orange, no habiendo sucedido á su gusto los expedientes que antes había maquinado para el caso. De todos modos y fuera de esta mancha, Añastro fué un hombre distinguido y de vasta ilustración, y aunque nunca anduvo sobrado de recursos, ocupó en su vida puestos de gran importancia. Desde 1588 era tesorero general de la Infanta doña Catalina y duquesa de Saboya (hija de Felipe II); y desde antes de 1593 desempeñó el cargo de Proveedor general de las galeras de España en el Puerto de Santa María, hasta su muerte, ocurrida en 1599. En el Puerto le nacieron cuatro hijos, de los que solo dejó descendencia una hija, casada con D. Diego de Escobar. El único hijo varón de Añastro, Felipe, murió en 1630, en Milán, siendo capitán de los tercios de Sicilia.

#### IV. — Una obrita descarriada de la Biblioteca de Alava

Hace bastantes años que un ilustre cervantista, cuyo nombre no hace al caso, me prestó un librito sumamente raro y para mí de grandísima curiosidad, intitulado: *Observaciones sobre algunos puntos de la obra de don Quijote*, por T. E. Londres 1807.

Advirtiéndome yo que en su portada ostentaba un sello con las iniciales del ilustre alavés *José María de Alava y Ortiz de Urbina*, me tomé la libertad de llamar la atención de su propietario acerca del particular, el cual me contestó: «efectivamente, este ejemplar perteneció á nuestro amigo, pero como tenía dos, me hizo este regalo.»

Aunque no del todo inverosímil, no dejó de extrañarme la explicación, dada la rareza de la obrita, pues su mismo autor confiesa que hizo una tirada cortísima, tan solo para sus parientes y amigos. Pasaron los años y cuando hace cuatro ó cinco llegó á Vitoria el importante legado de libros de Alava, acudí ávidamente á hojear los cervantinos; mas el ejemplar compañero del que yo había visto no pareció por ningún lado. Ahora, que Dios perdone mi mal juicio, si acaso es desacertado.

Digamos dos palabras acerca del librito y de su autor. Aunque éste reconoce la justicia con que *el consentimiento general* aprecia el mérito del *Quijote*, échase con bastante desgracia á ponerle no pocos reparos, contes-



tados por Clemencín, con bastante acierto, aunque con sobrada acritud, máxime cuando fué el primero en declarar que bajo las iniciales T. E. se ocultaba el fecundo escritor don Valentín de Foronda. Tratando más tarde Ticknor de Foronda y sus *Observaciones*, descubrió que éstas no se habían impreso en Londres, como reza la portada, sino en Filadelfia, donde el autor ejercía, á la sazón, un cargo diplomático en la legación española. Mucho tiempo después, tuve yo la suerte de averiguar que Foronda fué bautizado en la parroquia vitoriana de San Pedro Apóstol, en 1750, de seguir su rastro en nuestro Ayuntamiento, en nuestro incomparable Hospicio, en su profesorado en Vergara, en su estancia en Madrid, donde casó, y en sus expediciones por Europa y América.

Hoy he de añadir á los nutridos datos que acerca de don Valentín y de su familia tengo publicados en mi *Cervantes Vascófilo* y en el III t. de esta Miscelánea, que por una obra suya que he visto recientemente, impresa en 1820, en Pamplona, donde á la sazón residía (1), estuvo preso en Coruña en 1815, acusado *de crímenes de Estado*, ó sea de defender la Constitución de 1812; siendo llevado á Madrid entre bayonetas, después de doscientos veintiseis días de prisión y sesenta de incomunicación.

Hallóse también por este tiempo en la misma ciudad gallega, compartiendo con su amigo Foronda las alegrías y sinsabores (según las vicisitudes políticas) otro ilustre vitoriano, sentenciado á presidio por idénticos motivos, el señor don Pablo de Xérica.

---

(1) *Cartas sobre la Policía*, 2.<sup>a</sup> edición, por D. Valentín de Foronda, individuo de varias sociedades literarias de dentro y fuera del Reino, de la Real orden de Carlos III y de la Maestranza de Ronda é Intendente honorario de Ejército; 28 páginas en 12.<sup>o</sup>



## Un refrán curioso

---

Acerca del eminente paremiólogo y erudito cervantista, el venerable D. José María Sbarbi, diserté largamente en el III tomo de esta Miscelánea, pasando revista á casi una veintena de sus trabajos en diversos tamaños, en que más ó menos directamente se trataba de refranes.

Pero el extravío de una papeleta, que por rara casualidad ha vuelto á mis manos, cuando ya la tirada de este tomo IV va muy avanzada, me impidió utilizarla entonces, como ahora lo hago.

La papeleta dice así:

«Don Sebastián de Covarrubias y Orozco, Canónigo de la Catedral de Cuenca, Capellán de Felipe III y hombre de grandísima erudición, de quien tengo hablado en mis *Estudios helénicos* (1875) y en mi *Reseña de los trabajos filológicos sobre el castellano* (1890), pone en la palabra *Sancho*, de su *Thesoro de la lengua castellana*, lo siguiente, después de otras acepciones: «*Allá va Sancho con su rocino*: dicen que éste era un hombre gracioso, que tenía una aca, y donde quiera que entraba la metía consigo. Usamos de este proverbio cuando dos amigos andan siempre juntos.»

Pues bien, á pesar de ser tan cervantista, (aunque algo utópico) y tan paremiólogo, el Sr. Sbarbi ha sostenido erróneamente (no sé donde) que el refrán *allá va Sancho con su rocino* está tomado del *Quijote*, cuando es muchísimo más antiguo, pues, como acabamos de ver, lo cita Covarrubias, que trabajó su *Tesoro* mucho antes de aparecer la Primera parte del *Quijote*, y aun he oído que hay una edición de dicho *Tesoro* anterior á aquél; pero de todos modos en la edición de 1611, que



tengo bien consultada, se vé claramente que Covarrubias no había aún visto el gran libro. (1)

Yo opino, por lo mismo, que del mismo modo que Virgilio sacaba oro del estiércol de Ennio, sacábalo también Cervantes de cualquier parte; y así como á su creación del hidalgo manchego la bautizó con el nombre del hidalgo de Esquivias *Alonso Quijada*; de igual suerte tomó algo, para la creación de su escudero ecuestre, del hombre gracioso que dió lugar al proverbio *allá va Sancho con su rocino*.

Hasta aquí mi papeleta traspapelada; pero yo añadiré ahora que recientemente he visto la siguiente valiosa confirmación de mi conjetura sobre el refrán consabido, en el tomo II de la grandiosa obra de D. Julio Cejador *La Lengua de Cervantes* (Madrid, 1906). A la página 992, columna 2.<sup>a</sup>, después de copiar varias frases referentes á Sancho Panza (á más del trozo de Covarrubias) y principalmente aquello de *y dice Cide Hamete, que pocas véces vió á Sancho Panza sin ver al rucio, ni al rucio sin ver á Sancho; tal era la amistad y buena fé que entre los dos se guardaban*, añade: «El mismo refrán »en L. Fernández, en el *Viaje entret*, y en Santillana: *topado se ha Sancho con su rocino*. Lo cual da bien á »entender que éste y el otro proverbio de *al buen ca- »llar llaman Sancho*, dieron pie á Cervantes para fantasear la gran personalidad de Sancho Panza.»

Vitoria y agosto 14 de 1908.

---

(1) No fiándome mucho de la cita copiada en mi papeleta, que señala el folio 21 de la primera edición del *Tesoro* para este pasaje de Covarrubias, he consultado hoy mismo la única edición que conozco en Vitoria, que es la de 1673-74 hecha por el P. Noydens, á la que preceden *Los Origenes* de Aldrete, y he hallado el artículo de *Sancho* en el fol. 169, col.<sup>a</sup> 2.<sup>a</sup>



# De re orthologica

---

## Introducción

Por fin ya tenemos un tratado completo de *Ortología clásica castellana*, debido á los fructuosos desvelos del Presbítero D. Felipe Robles Dégano; hermoso volumen de cerca de 400 páginas (Madrid, 1905), en que los estudiosos pueden satisfacer todas sus dudas, orientándose en todos los caminos del laberinto de la recta pronunciación de nuestra lengua, como así lo ha reconocido nuestra primera Corporación literaria, y eso que el señor Robles se aparta con alguna frecuencia de las doctrinas de aquella.

He aquí algunos párrafos del *Informe de la Real Academia Española*, á que venimos refiriéndonos, que lleva la fecha de 15 de Diciembre de 1905, y que publicó la *Gaceta de Madrid*, á 28 de Abril de 1906:

El campo de la recta pronunciación de la Lengua castellana es uno de los que han sido menos cultivados por nuestros gramáticos.

Han abundado entre éstos los teóricos ó teorizantes; pero ha habido pocos que hayan tratado el asunto científicamente por principios fundados en la observación clásica, y, por consiguiente, por métodos del todo legítimos y seguros.

Nuestra propia Academia, que por espacio de siglo y medio fué en sucesivas ediciones perfeccionando su Gramática, no halló nada en esta materia hasta el año de 1870, en que publicó un ligero *Compendio de Prosodia* (así llamó al arte de pronunciación); advirtiéndole que se limitaba á consignar lo más elemental de ella y que con el tiempo iría mejorando su obra, como quiera que no renunciaba á nuevos estudios sobre esta materia, que calificaba de *difícil*.

Diez años después, el de 1880, aumentó y modificó lo preceptuado en el de 1870, pero muy poco, ya que no hizo más que copiar las doctrinas de D. Andrés Bello, harto exiguas y confusas en este punto.



En tal estado estaban las teorías oficiales, digámoslo así, acerca de la pronunciación de la Lengua castellana, cuando el señor Robles tomó por su cuenta el estudio de esta materia.

Aun despreciando las composiciones poéticas de los siglos XIII, XIV y XV, como inútiles para su intento, con las de los siglos XVI, XVII, XVIII y XIX se encontró con la enorme cantidad de unos tres millones de versos, según sus cálculos, que fueron la base de su prolija investigación. (1)

Esos tres millones de versos los midió el Sr. Robles uno por uno, leyéndolos y releýéndolos y contando y compensando sus sílabas, y de su medición atenta, minuciosa, hecha con la pluma en la mano, sacó la legislación práctica de la pronunciación de nuestra Lengua que nos da en su *Ortología clásica castellana*.

El trabajo fue ciertamente hercúleo, extraordinario, realmente estupendo.

En resolución; la *Ortología clásica* es el trabajo más completo, más fundamental y demostrativo que hasta ahora se ha hecho sobre la pronuciación de la Lengua eastellana. Quien quiera que desee saber algo sólido y seguro sobre este asunto, no puede prescindir de leer y de estudiar profundamente este libro.

Este favorabilísimo dictamen, juntamente con la breve carta particular, completamente encomiástica, del señor Menéndez y Pelayo, que encabeza la nueva *Ortología*, me vedan y hacen inútil el entrar en detalles de los méritos que la avaloran; teniendo por mi parte la inmensa satisfacción de que se hayan realizado mis constantes anhelos de más de veinte años sobre este punto.

En efecto, en el número correspondiente al 15 de Octubre de 1888 de la *Revista de España*, apareció un trabajo mío (reproducido en el II tomo de esta *Colección*), en el que, entre otras cosas, trataba con bastante detenimiento de la materia diptongal de los verbos terminados en *iar* y en *uar*, dando reglas para su pronunciación y acompañando un elenco de cerca de cuatrocientos de estos verbos. En la *Revista Contemporánea*, á 15 de Agosto de 1894, rectificando y aclarando algunos puntos del anterior, publiqué un nuevo artículo con alguna más amplitud, (que está copiado en el III tomo

---

(1) El Sr. Robles se ha valido de la Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneira.



de esta Miscelánea), acerca de la difícilísima cuestión de nuestros dichosos diptongos; y aquí debo hacerme cargo de una nobilísima confesión y varias observaciones del Sr. Robles, que me cogen á mí también de medio á medio.

«He tenido que corregirme en algunas cosas, (dice el autor en la página 8) y mudar de opiniones, pues ni yo mismo sabía lo que ahora te demuestro»; y en otro lugar (n. de la p. 2) declara que aunque las reglas de la Ortología son propiamente suyas, «las leyes ortosilábicas por mí descubiertas en los poetas, coinciden con las formuladas por Sicilia, y en parte también con las de Benot»; confesando á veces que cosas que él suponía originales las vió después formuladas por Bello. Reconoce, por último, lo mismo que expresamente tengo manifestado en mis dos artículos anteriores, á saber; «Cuando hay vocales contiguas ocurren tantas dificultades para determinar el número de sílabas, y son tantos los errores que se van introduciendo en nuestra Ortología, que ésta es la causa principal que me ha impelido á emprender este penoso estudio». (P. 34).

Por lo que á mí hace, en punto á rectificaciones, la principal y más grave que previamente debo hacer es la siguiente:

En nuestro primer trabajo de 1888, por seguir servilmente á la Academia Española, tanto en sus manifestaciones explícitas, como por otras consideraciones de doctrina implícita, y basándonos sobre todo en analogías latinas (*glória. história, justitia, etc.*) sosteníamos con demasiada resolución y excesiva crudeza que «cuando las vocales *ia* y *ua* no forman diptongo *en el infinitivo, este adiptongo* se conserva en todas las formas y flexiones de dichos verbos y viceversa», sin dar importancia á los justificados viajes del acento. Pero en el segundo artículo de 1894, influído por la *Prosodia y versificación* de Benot, que se acababa de publicar, no resultaba tan radical semejante afirmación, admitiendo la diptongación en las formas *variaré, variaría*, del verbo *variar*, y en gran parte de la conjugación de los verbos de muchas sílabas, como *extraviar, telegrafiar, vanagloriarse*. Hoy no tengo inconveniente en reconocer con Benot, extendiendo la observación anterior, que tanto en el uso común, como en el poético y aun el



oratorio conjúganse *algunos* verbos (no *todos*, como él pretende y otros han pretendido) siguiendo la regla de que cuando en los verbos adiptongados en *iar* y en *uar* no están acentuadas estas vocales, se suelen ligar en diptongo.

Así, pues, sin necesidad de especificar más las ocasiones en que estuve deficiente ó equivocado en mis dos artículos anteriores, declaro paladinamente que este tercero lo redacté hace cuatro años, por haber corrido por la prensa la extraña noticia de que muy pronto iba la Academia Española á hacer suyas todas ó las más de las opiniones gramaticales del Sr. Benot, y no lo publiqué por no haberse confirmado tales noticias.

El servirá, de todos modos, de resumen, corrección y ampliación de los dos primeros; mas, con el fin de utilizar los recientes estudios del Sr. Robles, señalaré con un asterisco cada párrafo que ahora añada, referente á su excelente *Ortología*, á la que reitero mis aplausos y admiración más sincera.

Peró mi conciencia no me permite terminar estas observaciones preliminares, sin subsanar una extraña preterición cometida por la Academia y por el Sr. Menéndez y Pelayo en sus dictámenes sobre el Sr. Robles, al no mencionar siquiera los colosales trabajos ortológicos del eminentísimo D. Eduardo Benot, cuya reciente pérdida todos lamentos. Siendo también de sentir que las muy pocas veces y muy de pasada en que el mismo Sr. Robles cita en su obra á dicho Sr. Benot, lo hace en un tono más ágrío que dulce, completamente inmerecido.

## Diptongación y adiptongación (\*) de las vocales en castellano

### I.

Escaso y sin fuste, como lo tengo expuesto antes de ahora, es cuanto acerca de los diptongos castellanos

---

(\*) El Sr. Robles no admite estas denominaciones, preferidas por Benot. En lugar de *adiptongo* ó *adiptongación*, emplea constantemente la palabra *azeuxis* (*sin unión*). Y luego habla de la *singular terminología* de Benot. (N. de la p. 3).



nos han dejado, al tratar *de re prosódica*, Lebrija, del Enzina, Rengifo, el Pinciano, Cascales, Luzán, Mayáns, Masdén, Maury, Hermosilla, etc.; asistiéndole por tanto sobrada razón al Canónigo Sicilia al jactarse en sus *Lecciones elementales de Ortología y Prosodia* (París, 1827) de enseñar por primera vez principios y reglas de pronunciación; bien que, al aventurarse en un terreno inexplorado, sus tanteos fueron muchos y los aciertos pocos.

Desde Sicilia acá apenas han dicho algo de provecho, por lo tocante á nuestros diptongos, más que los americanos Bello, Cuervo y la Barra y los españoles Salvá y Benot, manifestando éste su admiración de «que no poseamos todavía trabajo ninguno importante referente á diptongos ni á sinalefas» (1). En cuanto á la Real Academia Española no deja alguna vez de reconocer, tanto en su Diccionario como en su Gramática, el inmenso vacío que en este particular existe, ora al afirmar, por ejemplo, en esta última (pág. 375 de la edición de 1900) la conveniencia de «usar la diéresis en aquellas palabras que, de no puntuarse con ella, se pudieran pronunciar indebidamente» (como lo practica Benot hace cerca de cuarenta años, poniendo un subpunto en la vocal adiptongada); (\*) ora al sentar en otra ocasión la falsa especie, tratando del modo de distinguir los diptongos de los que no lo son (ibid, p. 331), de que «el uso adoctrina el oído acerca de éstas distinciones.» ¿Y cómo ha de ser juez el uso *común* en una materia en la que hasta en el terreno científico, ó sea en el uso *sistemático*, existen hace siglos dos bandos que difieren desde el mismo punto de partida, ó sea acerca de la calidad y número de los verdaderos diptongos castellanos?

---

(1) Pág. 158 del t. II de la *Prosodia castellana y versificación*, Madrid, 1893? El Sr. Benot no acostumbra decirnos en qué fecha ha terminado la impresión de sus obras.

(\*) El Sr. Robles establece (p. 35) lo siguiente: «De los dos puntos haré uso en este libro para designar las diéresis; y de una tilde, como la de la ñ, para señalar las azenxis de débil átona seguida de vocal tónica.» Bien se entiende que *átona* es la vocal ó sílaba sin acento prosódico, y *tónica* la acentuada, como en *crianza*; pero cuando el caso lo requiere emplea, en vez de la tilde, el acento, como en *reúne*.



Efectivamente; y vamos á comenzar por poner las cosas en el ser y estado en que hoy las encontramos. Nuestra Academia, siguiendo opiniones respetables y sancionándolas con su superior autoridad, sólo admite catorce combinaciones diptongadas, resultantes de la reunión de una vocal fuerte (*a, e ú o*) con una débil (*i ó u*) ó de las dos débiles entre sí, y rechaza en absoluto toda otra diptongación (o. c. págs. 329, 330 y 331); pero el Sr. Benot, siguiendo autoridades también respetables y sancionándolas con su inmenso saber, formula como ley fundamental de la Prosodia castellana que los grupos *inacentuados* de vocales, ya sean absorbentes, ya absorbibles (que es como él llama respectivamente á las fuertes y débiles), ya mezcladas, se pronuncian siempre en el tiempo de una sílaba. Dice así en las páginas 190 y 560 del tomo segundo de su *Prosodia*: «Dos vocales contiguas cualesquiera acentuadas se ligan en diptongo. Por consiguiente, los casos de diptongación inacentuada son veinticinco.» (1) También sostiene el Sr. Benot, por contraria regla á las doctrinas de la Academia, aunque explícitamente ésta no las establezca, que «en la mayoría de los casos el acento viaja, abandonando al radical.» (O. c. t. III, p. 252).

Nuestro distinguido amigo y compañero D. Francisco Navarro y Ledesma, en sus *Nociones de Gramática práctica de la lengua castellana* (Madrid, 1901) admite y propaga, sin restricción alguna, todas estas leyes y reglas expuestas por Benot acerca de nuestros diptongos. (2)

El Sr. Robles acepta, á su vez, esta misma doctrina en los siguientes términos:

(1) No solo en dicho tomo es ésta la tesis constante del señor Benot, sino que vuelve á repetirla en el Prólogo del *Diccionario de asonantes y consonantes* (Madrid, 1899? Un vol. de 1.085 páginas en 4.º) Ya los Sres. Avendaño y Carderera la habían formulado hace más de medio siglo, de este modo: «Cuando concurren dos vocales fuera del lugar del acento, formarán siempre diptongo.» (*Instrucción primaria*, 2.ª ed. de 1844, t. I. p. 249).

(2) Ambos han fallecido: el primero prematuramente, en 1905, el Sr. Benot, octogenario, en 1907. (E. P. DD.)



Regla fundamental de la Ortología silábica: Toda combinación de vocales átonas es siempre diptongo (página 272). Toda combinación de vocales átonas fuertes, y *á fortiori* si alguna es débil, forma siempre diptongo.—Corolario: *Número de diptongos*.—Por consiguiente, los diptongos ni son 17, como quería Salvá, ni 14, como enseña Bello; ni 2, como decía Cascales; ni 12, como escribió Nebrija. Los diptongos átonos son 25, á saber: aa, ae, ai, ao, au; ea, ee, ei, eo, eu; ia, ie, ii, io, iu; oa, oe, oi, oo, ou; ua, ue, ui, uo, uu. Los diptongos tónicos pueden ser 18. (Página 236). (1)

No niega el Sr. Benot la rebeldía de las personas cultas (¿cómo había de negarla?) á seguir en absoluto esa regla. Dice así en una nota de la p. 286 del t. I de su *Prosodia*: «Las voces *teoría* y *poesía* son NORMALMENTE trisílabas. Solo por licencia (vituperable á mi juicio, pero tolerada cuando se trata de estas dos palabras) las hacen de cuatro sílabas los versificadores.» Y en las págs. 198 y 231 del tomo II reconoce terminantemente las excepciones de *buhonero* y *tahalí*, contra su regla general (pues la *h* no la empece), que *en la práctica* son vocablos adiptongados.

\* Y lo mismo podemos decir de Robles, quien declara explícitamente que no siempre ha regido la inflexible ley, que con tanta intransigencia sostiene con el Sr. Benot. He aquí la historia que hace del asunto y que copiamos bajo su estricta responsabilidad:

Los antiguos poetas, no cometían muchas diéresis de átonas... Los poetas vecinos á Italia, y los aficionados á la literatura italiana, eran más correctos en el diptongo de átonas....., sobresaliendo por su corrección D. Juan Ruiz de Alarcón, en cuyo tomo no se hallan más que cinco, á saber: *cuatro* de átonas fuertes y *una* de *fiaréis*. Siguió, pues, el diptongo siendo ley general y constante hasta el período de hierro.....; mas afortunadamente la reacción iniciada por Meléndez y gloriosamente sostenida por Lista en sus obras poéticas, devolvió al diptongo su vigor y pureza clásica. Los preceptistas posteriores han vuelto á confundir la regla. (Pág. 213).

Por lo que respecta á las diversas escuelas que hay respecto al viaje de los acentos en las flexiones y en

(1) En contra de este sentir de Avendaño, Benot, Navarro, Robles, etc., debo citar la respetable opinión de D. Julio Cejador, en su obra *La lengua de Cervantes*, quien no solo establece los trece diptongos de la Academia (prescindiendo del *ou*), sino que encuentra á los poetas excesivamente aficionados á las diéresis, negándoles por tanto la excesiva autoridad que les reconocen Benot y Robles.



las palabras derivadas, he aquí el sentir del Sr. Robles, con el que estamos completamente de acuerdo:

Toda azeuxis radical permanece en las derivaciones, aunque la segunda vocal se cambie en otra, ó reciba el acento de la primera. En los verbos consideramos como forma radical la primera persona del presente de indicativo.—Tratándose de azeuxis..... es verdadero y generalísimo (*este principio*), sin excepción alguna.

.....

Tratándose de diptongo, no puede aplicarse el mismo principio á los nombres....; pero en los verbos es general y recíproco: por consiguiente, probado el diptongo radical, está probado el de las inflexiones y viceversa.

Así, pues, no puede tolerarse la inconsecuencia de pronunciar *rocío*, *rocias*, por ejemplo, y luego diptongar *rociamos*, *rociado*; ó la de diptongar *conciliamos*, *concilió*, y luego decir *concilio*, *concilias*. Tanto los diptongos, como las azeuxis, son correlativos en los verbos. (Págs. 248 y s.)

Sin entrar nosotros de lleno en el fondo de estas cuestiones, hemos de hacer sin embargo algunas observaciones, que vienen á patentizar que en esto ocurre como en casi todas las discusiones humanas, á saber: que por extremar los argumentos suelen irse alejando paulatinamente ambos bandos de los dictados de la razón. Así es que, aunque convengamos con Benot en que las gentes menos cultas de la sociedad, á las que se juntan casi todos los poetas antiguos y modernos, suelen diptongar dos vocales fuertes ó absorbentes inacentuadas, jamás nos hará creer el insigne prosodista ni ninguno de sus secuaces que al pronunciar las personas cultas y los oradores las palabras *Mahomet*, *coacción*, *lealtad*, *coetáneo*, *teoría*, *poesía*, etc., empleen solo una emisión de voz en las combinaciones *aho*, *oa*, *ea*, *eo* y *oe*. Es más, ni aún limitando la regla al encuentro de una fuerte y una débil inacentuadas podemos admitirla, pues creemos con la Academia (p. 334) que las dos vocales juntas *rëunir*, *rëuntar*, *criador*, *criatura*, etc., etc., no forman diptongo, aunque tanto escandalice á Benot que haya gentes que digan *rëunir* y *rëunión*, en vez de *reunir* y *reunión*, y aunque pruebe que casi todos los poetas españoles hayan empleado tres sílabas y no cuatro en la voz *criatura*, (*Prosodia*, t. II, págs. 244 y 245). Ni siquiera admitimos en absoluto el siguiente



aforismo de la misma Academia (p. 335): «es tal la condición de las vocales débiles, que juntándose ambas sin acento, necesariamente hacen diptongo», pues cinco páginas antes nos enseña la misma autoridad que debe decirse *früicion*, con tres sílabas, á lo que fácilmente añadiríamos nosotros algunos otros vocablos de análoga prosodia.

\* También el Sr. Robles, bajo el epígrafe general de *Palabras compuestas*, trata de los vocablos *reunir*, *reuntar*, *Criador* y *criatura*, sosteniendo contra la Academia y contra Bello que en todos hay diptongo: admite, sin embargo, *reúno*, etc., (págs. 214 y 215). En las páginas 228 y siguientes diserta largamente, con innumerables ejemplos, acerca de la *prueba general histórica del diptongo de Criador, criatura y átonas fuertes*, confesando, sin embargo que *en los períodos anterior y posterior al clásico supera el número de diéresis al de diptongos*, (página 234). \*

Además; las articulaciones *bria*, *cria*, *dria*, *fria*, *gria*, *pria* y *tria*, en medio ó fin de dicción, (y lo mismo podemos extender la observación siendo *o* la vocal pospositiva), pueden formar diptongo y de hecho lo forman sin gran dificultad, (*ébrio*, *ludibrio*, *sobrio*, *Calabria*, *Trinacria*, *Adriático*, *congrío*, *cabrio*, *industria*); pero en principio (y sobre todo si se trata de dos vocales fuertes) de dicción, por gran dosis de buena voluntad que empleemos, difícilmente pueden hacer una sílaba en *Briaro*, *Criador*, *driada*, *frialdad*, *friolero*, *grial* (el santo plato), *Priamo*, *concluiremos*, *creación*, *creosota*, *embrearse*, *pleamar*, *Groelandia*, *roedor*, *crueldad*. Ya es otra cosa, si la vocal pospositiva es *e*, precedida de débil, pues no cuesta tanto decir, *Brieva*, *friego*, *grieta*, *prieto*.

Mas de lo dicho no puede deducirse que neguemos (como al principio lo hemos reconocido) la *tendencia* á formar diptongo del encuentro de dos vocales inacentuadas, aun en el caso de que se trate de palabras compuestas ó derivadas, en cuyo origen no haya diptongo, como en *diaconado* y *confiancita*, que provienen de *diacono* y *confianza*, así como los futuros y condicionales de algunos verbos adiptongados cuyos infinitivos terminan en *iar* y *üar*, como *variará*, *telegrafiará*, *usufructuaremos*.



## II

Como el hacer un inventario de las palabras castellanas que encierran diptongo, y aun si se quiere el dictar reglas conducentes para el caso, sea materia propia de benedictinos, que estamos muy lejos de intentar, nos contentaremos con tratar de la diptongación y adiptongación de los verbos puros, ó sea de aquellos cuya terminación del infinitivo va precedida de vocal, no sin dejar sentado que nuestra lengua es característica y esencialmente diptongal, hasta el punto de afirmar Benot que «excede, y con mucho, de cien mil el número de casos diptongales correspondientes á las desinencias de nuestra conjugación castellana.» (*Prosodia*, t. II, página 156).

Puede sentarse, primeramente, como regla general, que en la flexión de los verbos cuyo infinitivo termine en *air*, *eir*, *ear*, *aer*, *oar*, *oer*, *oir*, y *uir*, como *embair*, *freir*, *reir*, *delinear*, *traer*, *loar*, *roer*, *desoir*, *imbuir*, etc., no se produce diptongo, siendo de notar que la Academia, al hacer regular el verbo *inmiscuir*, lo hace diptongal (*inmiscuo*, *inmiscuendo*, etc.), al contrario que Benot, que lo hace irregular, como todos los terminados en *üir*, deshaciendo por tanto el diptongo, como *inmiscüir*, *inmiscuya*, *inmiscuyo* é *inmiscuye*, (pág. 166, 926, 954 y 971 del *Diccionario*).

Hay una regla muy sencilla respecto á los verbos en *uar*, todos separan las vocales de su desinencia, menos los terminados en *cuar* y *guar* por la facilidad de articular las guturales con el diptongo, si bien algunos separan malamente las vocales en los verbos *evacuar* y *colicuar*, (1) admitiendo Benot *oblicuo* y *oblicúo* (o. c. página 826). \* Robles no admite excepción.

## III

Pasando por fin á los verbos terminados en *iar*, que son los que más dificultades ofrecen en el punto que estamos tratando, comenzaremos por levantar acta de

---

(1) Salvá dice colicúa (p. 383, 5.<sup>a</sup> ed. de su Gramática). La Academia ha rechazado esta forma.



que existen más de dos docenas de verbos de esta clase, en los que reina entre las gentes doctas una doble prosodia, intolerable en el estado de cristalización ó petrificación en que actualmente se halla la lengua castellana; siendo muy chocante que conviniendo el señor Benot en este principio (págs. 76, 285, 567, etc., del t. II de la *Prosodia*), contribuya tanto con su *Diccionario* á que subsista dicha anarquía ó llámese doble prosodia, como luego veremos.

Veamos ahora las diversas opiniones de nuestros gramáticos sobre este punto.

Al tratar Sicilia extensamente de lo concerniente á los diptongos, con gran ingenio en verdad, dado lo nuevo del asunto, aunque no siempre con acierto, establece la regla, para saber si existe ó no el diptongo en la conjugación de los verbos en *iar*, de que se vea si la *i* está acentuada ó no en las tres personas del singular y tercera del plural de los tiempos presentes (.o c. t. III, páginas 182 á 85 y t. IV, pág. 55). Lo que no nos pone es la lista de semejantes verbos, que reconocidamente disuelven el diptongo en las cuatro determinadas personas, quedando por consiguiente la cuestión en pie; si bien, sin aventurar mucho, podemos deducir de estas expresiones que para Sicilia, al tratarse de la conjugación de estos verbos, tanto si el acento prosódico carga sobre la débil *i* como si carga sobre la fuerte *a* y aun en el caso de que salte á otra sílaba, quedará siempre y en todas las formas disuelto el diptongo en los verbos en *iar*, cuyos presentes terminen en *ío*, *ías*, *ie*, *ies*, etc.

No recuerdo haber encontrado rastro de importancia sobre esta materia, cuando hace muchos años ví un tratado de *Poética*, que publicó en 1829 D. Agustín Aicart, con el anagrama de Tracia. (1)

El primero que, si mis noticias no marran, estableció reglas para la conjugación de los verbos en que nos venimos ocupando, distinguiendo por tanto su dip-

---

(1) Por cierto que Benot le llama Gracia más de una vez en el Prólogo de su *Diccionario*. La obra á que nos referimos en el texto se intitula así: *Elementos de poética y arte de la versificación castellana. Diccionario de la rima ó consonantes de la lengua castellana*, por A. Tracia, Barcelona, 1829.



tongación y adiptongación, aunque con varios errores, fué el eminente gramático ya citado D. Vicente Salvá, en su preciosa *Gramática castellana, según ahora se habla*. No teniendo á la vista la primera edición de París, 1831, copio todo lo que sigue de la más antigua que he podido haber á la mano, que es la 5.<sup>a</sup> (Valencia 1840), á las págs. 331, 382 y 383.

Todos los verbos en *iar* disuelven el diptongo en los tiempos que más abajo diré, á excepción de los siguientes.—Los en *biar*, v. g. *cambiar*, *enturbiar*.—Los en *ciar*, como *acariciar*, *anunciar*, *apreciar*, *arreciar*, *beneficiar*, *desperdiciar*, *diferenciar*, *espaciar*, *maleficiar*, *menospreciar*, *pronunciar*, *vaciar*, *viciar*. *Rociar*, y *vaciar* entran en la regla general, aunque muchos pronuncian *vácia* y *vácie*.—Los en *d iar*: *compendiar*, *custodiar*, *estudiar*, *odiar*.—Los en *giar*: *contagiar*, *presagiar*.—Los en *liar*, v. g. *auxiliar*, *conciliar*, aunque no falta quien pronuncie *auxílio*, *concillie*. *Paliar*, es excepción de los de esta clase, no menos que *aliarse*, *ampliar*, *liar* y *desliar*.—Los en *miar*, como *encomiar*. *Rumiar*, disuelve el diptongo.—Los en *n iar*, v. g.: *calumniar*. Los en *piar*, v. g.: *columpiar*, *limpiar*. El verbo *espiar* en todas sus acepciones (1) apoya el acento en la *i*.—De los en *riar*, solo *feriar*, pues los otros, como *cariarse*, *contrariar*, *gloriar*, *inventariar*, *variar*, separan la *i* de la vocal siguiente; y lo mismo los en *driar*, como *vidriar*, y los en *rriar*, v. g.: *arriar*, *chirriar*, *descarriar*.—De los en *s iar*, *estasiar*, disuelve el diptongo y *ansiar* y *lisiar* no.—Los en *t iar* como *angustiar*.—Los en *viar*, v. g.: *abreviar*, *agraviar*, *aliviar*.—Dichos verbos disuelven el diptongo en los presentes de indicativo y en los futuros de imperativo y subjuntivo: (2) así, *Vacio*, *vacías*, *vacía*, *vaciamos*, *vaciais*, *vacian*; *Vacia tú*, *vaciad* vosotros; *Vacie*, *vacies*, *vacie*, *vacíemos*, *vacíeis*, *vacien*. En los demás tiempos y personas estos mismos verbos contraen el diptongo como los otros en *iar*, pues *vació*, por ejemplo, es de dos sílabas, y *vacía*, *vaciaré* de tres, lo mismo que *ferió*, *feriaba*, *feriaría*. En el infinitivo y el participio pasivo de algunos parece que apoyamos nuestra pronunciación en la *i* como en *ampliar*, *arriar* y *extasiado*, más que en otros, cuales son *paliar*, *rociar*, *rumiado*.

No debió de satisfacer esta doctrina al furibundo polemista el doctor catalán D. Antonio Puigblanc, cuando en sus justamente celebrados y por desgracia hoy bastante raros *Opúsculos gramático-satíricos*, se exponen

---

(1) Como Salvá no empleaba nunca la *x* delante de consonante aquí se refiere á los dos tan distintos verbos *espiar* y *expiar*.

(2) Estos futuros de Salvá son los que en la Gramática de la Academia se llaman presentes de imperativo y subjuntivo.



estos dos pasajes en los siguientes términos: «el castellano ama los diptongos, triptongos y aun tetrap tongos, lo cual no ha advertido Salvá, ni nadie que yo sepa.» (1) Y más adelante, fustigando despiadadamente á Salvá, se expresa así: «Escribe en la página 401 *vacío*, *vacías*, *vaciamos*, etc. En toda la conjugación de este verbo disuelve el diptongo como podría en *varío*; y es que le engañó el nombre *vacío*, según engañó á sus paisanos y á los míos. El mismo concede que algunos dicen sin acento *vacío*, *vacías*, etc.; ni advirtió que en Castilla lo dicen todos, si no son los valencianos allí avecindados. Ya en la página anterior, en vez de *rumio*, breve, pronunció *rumío*, largo, á lo lemosino; quiere sean por lo general breves los dos verbos *auxiliar* y *conciliar*, con ser siempre largo el primero y siempre breve el segundo, pues se dice *auxilio* con acento y *concilio* sin él. Le engañó que en lemosín ambos verbos se pronuncian largos. Descaminado por esta su errada opinión, ó mejor, perdido el tino entre estos dos contrarios usos, en la página 447 critica al académico de la Española D. Tomás González Carvajal el *auxilie* del siguiente verso de su traducción de los Salmos: «*Con quién contaré, pues, que me auxilie?*»; creyendo que debió ser breve.....»

Dejando á un lado la especial cultura del doctor Puig (más de relieve en algo que no hemos copiado) y aun el galicismo de que el castellano *ame* esto ó lo otro, por más que él tal vez lo consideró como latinismo, Salvá incurrió, efectivamente, en dos errores fundamentales; pero ambos escaparon á su flagelador catalán. Es el primero el suponer que la *mayoría* de los verbos en *iar* disuelven el diptongo, siendo al revés, y el segundo (contra lo que entendió Puig de que *en toda la conjugación* de *vaciar* disolvía Salvá el diptongo) el diptongar con el vulgo la mayor parte de las formas de estos ver-

---

(1) Tomo I, opúsculo primero (Londres, 1832). No sé hasta qué punto tendrá razón Puig en su última afirmación; pero si no antes al muy poco tiempo se hace cargo Salvá (5.<sup>a</sup> de 1840) de esta quintuple sinalefa, tomada de Jáuregui: «Muerta la lengua á Eurídice respira», y poco más ó menos por aquel mismo tiempo D. Sinebaldo de Mas (*Sistema musical de la lengua castellana*, Barcelona, 1832) también consignaba la unión ó sinalefa de dos diptongos, al menos en la edición que tengo á la vista (*Obras literarias*, Madrid, 1852).



bos adiptongados. Pero de este último punto trataremos más despacio.

Muy poco es lo utitizable que, en las tres ó cuatro páginas que consagra á esta materia, nos suministra Bello en su *Ortología* (1), pues aventura algunas reglas que denuncian mejor buena intención que acierto. Sentado que los verbos compuestos siguen á sus simples hace notar que se dice *me glorío* y *me vanaglório*, que *reconcilio* y *auxilio*, y en esto sigue á Sicilia, suelen también encontrarse *reconcilio* y *auxilio*: no sigue sin embargo á este ortólogo en aquello de *yo escorio*, *yo historio*, en el indicativo, abreviando el subjuntivo en *yo escorie*, *yo historie*: el *extasio* lo prefiere á *extasio*, pero en lo que no duda, á pesar de lo caprichosa que es la lengua en esto de los verbos en *iar*, es en que *vaciar* conserva constantemente el diptongo.

En el *Diccionario de la rima*, que dió á luz en Madrid (1842) D. Juan Peñalver, hay una breve copia de verbos en *iar* en diferentes formas de su conjugación; mas al paso que para Salvá (y á esto parecen inclinarse Sicilia y Bello) todos los verbos en *riar* (menos *feriar*) disuelven el diptongo, Peñalver diptonga las letras *ia* en los verbos *espurriar*, *industriar*, *vidriar*, *desmemoriar*, *ejecutoriar*, *escoriar*, *historiar*, *chirriar*, *asalarar*, é *inventariar*.

El Sr. D. Juan Terradas, en sus modestos y bien intencionados *Estudios de Prosodia española*, Barcelona, 1865, pone por vía de apéndice un «Catálogo de los verbos polisílabos (*sic*) terminados en *iar* y *uar*,» en el que acentúa algunos verbos del modo siguiente: *afilia*, *congenia*, *congracia*, *divorcia*, *filia*, *folia*, *ingenia*, *inicia*, *oficia*, *palia*, *colicia*, y por el contrario *énria*, *chirria*, *inventaria*, etc.

En el tomo II y páginas 312-14 de la *Primera Gramática española razonada* por D. Manuel María Díaz-Rubio, Madrid, 1887, en una sección intitulada *Cuestiones ortográficas*, se pretende obviar dificultades y disipar dudas acerca de la proposición siguiente: «Se dice *confía*, é *inicia*; acentúa, *insinúa*, *atestigua* y *ave-*

---

(1) Páginas 168-173 de la edición de los *Opúsculos gramaticales*. De la Colección de escritores castellanos, Madrid, 1890.



*rigua*; ¿por qué no se ha de decir *inicia*, *atestigüe*, *averigüe*?» Además de estar el problema mal planteado, pues en una cuestión que quiere ser *ortográfica* se pretende averiguar por qué se *pronuncian* ciertos vocablos de un modo y no de otro, y á más de poner por modelos precisamente seis verbos que á nadie le ofrecen dudas ni aun en el uso común; se trata la materia con grandísima confusión al intentar distinguir las frases etimológicas y las del uso, notándose una absoluta pobreza de razones, pues se dan como valederas y concluyentes consideraciones prosódicas latinas, muy discutibles en castellano y de todo punto inaplicables á otros casos análogos, representando aquí una simple y casual coincidencia (*fallacia accidentis*). Así, pues, del embrollado artículo á que nos venimos refiriendo, solamente se deduce (y esto lo saben hasta los lugareños) que pronunciamos y acentuamos bien cuando decimos y escribimos: por un lado *confía*, *acentúa*, *insinúa*, y por otro *inicia*, *atestigua* y *averigua*.

Algo más miga y substancia, aunque no todo sea artículo de fe, tiene lo que vamos á copiar de la *Gramática de la lengua castellana* del P. Jaime Nonell (Barcelona, 1890), quien no ya en la Ortografía, como Salvá y Díaz-Rubio, sino en la Analogía, (página 39), y como observación ó escolio á los verbos regulares de la primera conjugación (lugar en nuestro concepto el más oportuno) se expresa en los siguientes términos:

«En algunos verbos de la primera conjugación, cuya última letra radical es *i*, no forman diptongo esta *i* y la primera vocal de la terminación, en las tres personas del singular y en la tercera del plural del presente de indicativo y de subjuntivo, y en el imperativo. Tales son: 1.º los verbos cuyas letras radicales forman una sola sílaba, como *ci-ar*, *cri-ar*, *fi-ar*, *gui-ar*, *li-ar*, *pi-ar*, *tri-ar*, y sus compuestos, como *des-criar*, *confi-ar*, *des-confi-ar*, *desafi-ar*, *porfi-ar*, *desli-ar*, *expi-ar*; 2.º los compuestos de los inusitados simples *fri-ar* y *vi-ar*, como *calofri-ar* (se) *enfri-ar*, *resfri-ar*, *avi-ar*, *desvi-ar*, *envi-ar*, *extravi-ar*, menos *obvi-ar*, 3.º los siguientes: *acuantiar*, *ali-ar*, *ampli-ar*, *arri-ar*, *atavi-ar*, *averi-ar*, *cari-ar*, *contrari-ar*, *correnti-ar*, *cuanti-ar*, *descarri-ar*, *desvari-ar*, *esgrafi-ar*, *espi-ar*, *estri-ar*, *glori-ar* (se), *hasti-ar*, *roci-ar*, *vari-ar*, *vigi-ar*, *zurri-ar*. Vienen en se-



guida tres observaciones á objeto de probar con ejemplos de poetas que se puede decir *ánsio*, *as*, y *ansío*, *as*, que algunos no diptongan el verbo *vaciar* (por supuesto en los casos dichos) y que otros prefieren *extásio* á *extasío*.

Como se ve, para el P. Nonell abunda todavía mucho más la diptongación que para Salvá, en el sentido de que no extiende como el segundo la disolución del diptongo á algunos infinitivos y participios y á todas las primeras y segundas personas de los presentes señalados. Pero no puedo persuadirme de que para el P. Nonell los verbos *fiar*, *piar*, *criar*, etc., sean monosilábicos, á pesar de desprenderse así de sus textuales bien que contradictorias expresiones.

Tengamos aquí por reproducido todo lo ya dicho anteriormente acerca del sistema ortológico del Sr. Benot, por lo que á los diptongos respecta, y vamos á concretarnos á lo que de su valiosísimo *Diccionario de consonantes y asonantes* se desprende, respecto de nuestro especial estudio de verbos terminados en *iar*.

Observamos francamente que con su consulta, á más de lo difícil que se hace su manejo para el esclarecimiento de esta materia, se aumentan considerablemente las dificultades para conjugar como es debido un gran número de verbos terminados en *iar*. Reconoce en efecto el Sr. Benot que una porción de verbos de esta clase que disuelven el diptongo en los presentes de los modos finitos lo disuelven igualmente en el infinitivo. Tales son, á más de todos los de raíz monosilábica, *adiar*, *afiar*, *afiliar*, *aliar* (se), (1) *variar*, *cariar* (se), (2) *chirriar*, *arriar*, *ataviar*, *desafiar*, *desconfiar*, *desvariar*, *desviar*, *enleñar*, *enviar*, *espíar*, *estriar*, *expíar*, *extraviar*, *filiar*, *paliar*, *porfiar*, *resfriar*, *rociar*, *variar*, *vidriar* y algún otro. Diptonga, en cambio, los infinitivos *agriar*, *amnistiar*, *ampliar*, *ansiar*, *autografiar*, *congloriarse*, *correntiar*, *cromografiar*, *esgrafiar*, *expatriar*, (3) *expoliar*, *feriar*, *foliar*, *fotografiar*, *hastiar*, *inventariar*, *litografiar*, *salariar*, *telegrafiar* y *vaciar*, disolviendo

---

(1) (2) (3) No se encuentran estos infinitivos en el *Diccionario*, pero sí las formas *expatrio*, *expatrie*, *expatria*, *alio*, *alie*, *alia*, *cario*, *carie*, *caria*.



su diptongo tan solo en los consabidos presentes (1). Con doble prosodia, ó sea diptongadas y adiptongadas, señala las siguientes formas verbales: *auxiliar, sitiar, afilio, auxilio, concilio, domicilio, glorio, palio, reconcilio, sitio, vanaglorio, afilio, auxilie, concilie, domicilie, expolie, extasie, ferie, glorie, palie, reconcilie, vacie, vanaglorie, afilia, auxilia, concilia, domicilia, expropia y reconcilia* (2).

Grande, grandísima es la autoridad que para nosotros representa en materias filológicas y prosódicas el señor Benot; pero encontramos un tanto caprichoso todo lo transcrito y la dificultad de aprenderlo es grande. Hay aquí, por otra parte, una circunstancia anómala, pues ocurriendo exactamente la misma variedad de pronunciación vulgar en los verbos en *uar*, como si se hubiera fatigado el Sr. Benot de su labor tan minuciosa y casuística aplicada á los en *iar*, establece un criterio prudente, exacto y sencillísimo para la conjugación de aquellos. Efectivamente, teniendo sin duda en cuenta que las débiles ó absorbibles *i* y *u* resbalan sobre las fuertes ó absorbentes *a* y *o* hasta el punto de confundirse casi con estas cuando aquellas no están acentuadas; todos los infinitivos en *uar*, (menos los en *cuar* y *guar*) los adiptonga dicho filólogo, quedando por consiguiente adiptongada casi toda la conjugación de estos verbos (3).

Pues bien, si con igual adiptongación se pronuncian en muchas regiones (siquiera sea viciosamente) los verbos *acentuar, atenuar, exceptuar, extenuar, desvirtuar, insinuar* y *usufructuar*, que *agriar, amnistiar, ampliar, ansiar, expoliar, feriar, hastiar*, etc., ¿por qué niega Benot á los primeros esa prosodia vulgar y la reconoce en los segundos? y ya que se la reconozca á éstos ¿por qué no la admite en sus congéneres *ataviar, desconfiar, extraviar, paliar, variar*, etc., etc. ¿Cur tam varie?

(1) Es decir en las formas que acostumbra poner Benot, que son las terminadas en *io, ia, ie*.

(2) En la *Prosodia* pone también, en diferentes pasajes, *ansia* y *ánsia*, pero en el *diccionario* tan solo *ansio, ansia, ansie*. Lo que no encuentro es el verbo *repatriar*, pero indudablemente debe seguir á *expatriar*. (En la página 168 del tomo II de la *Prosodia* pone *ánsie, englórie é indústrie*).

(3) Ya se sabe la excepción de *colicuar*.



No conviene, no, hacer tanto caso de la pronunciación vulgar, porque, si á eso vamos, también oímos constantemente en las plazuelas *bromear*, *espolvorear*, *regatear*, etc., etc., y ni para la Academia, ni para Benot, ni para nosotros serán diptongo estas terminaciones, sino simple debilitación vulgar de la *e* asemejándola á la *i*, como suele hacerse de la *o* en *u*.

Por otra parte, la Ortología vulgar es tan caprichosa que al paso que oímos muy frecuentemente, siguiendo la ley anterior, *yo alinio*, *tú delinias* (de los verbos *alinear* y *delinear*), etc., etc., no pocos *cambean*, *copean*, se les *carean* (los dientes), *desvarean*, (de los verbos *cambiar*, *copiar*, *cariarse*, *desvariar*,) etc., etc.

\* Veamos la opinión que entresacamos de la *Ortología* del Sr. Robles acerca de la conjugación de los verbos en *iar*, ya que para los en *uar* establece la inquestionable regla de que todos los en *cuar*, *juar* y *guar* guardan el diptongo y los demás no, (v. la teoría de los verbos en *uar*, p. 171). «La combinación *ua* ó *uo* detrás de consonante gutural pura, *c*, *g*, *j*, (no de gutural mista, como la *x*) es siempre diptongo.» (Pág. 297). «*Promiscuo*, y no *promiscúo*, como veo escrito en algún periódico», (p. 171). Dice así:

Verbos en *iar*. En la mayor parte de ellos, la *i* se combina en diptongo con la vocal del aumento: por tanto, la última sílaba radical es la precedente: v. gr.; *lid-io*, *sác-ias*, *prém-ie*. Así han de conjugarse también *agriarse*, *ansiar*, *cariarse*, *auxiliar*, *conciliar*, *espaciar*, *paliar*, *radiar*, *rumiar* y *vaciar*, como se probará detenidamente en el libro cuarto (cap. V, art. 4.º).—Excepciones. Pero hay algunos que tienen el acento en la *i* final. Estos son: 1.º Todos los disílabos; *criar*, (1) *fiar*, *liar*, *viar*, etc; con sus compuestos, y nótese que también pertenecen á esta clase *adiar* (de *dia*) *espiar* (de *speculari*—mirar) e) *striar* (de *stria*, *aviar*, etc. (Libro cuarto, cap. V, art. 3.º) 2.º Los polisílabos siguientes: *ampliar*, *avaliar*, *averiarse*, *contrariar*, (2) *cuantiar*, *acuantiar*, *chirriar*, *descarriar*, (3) *enlegiar*, *espurriar*, *extasiarse*, *gloriarse*, *grafiar*, *esgrafiar*, *fotografiar*, *litografiar*, *telegrafiar* y los semejantes; *hastiar*, *enhastiar*, *rociar*, *variar*, *desvariar*, *vidriar*, (4) *vigiar* y *zurriar*. (Páginas 171 y 172).

(1) Y p. 314

(2) Y 313 y 314.

(3) Vuelve á defender la azeuxis de *descarriar* en la p. 315.

(4) Vuelve á confirmar la adiptongación de *vidriar* en la p. 309, c.ª 1.ª, 335, c.ª 1.ª



*Discusión de algunos verbos dudosos.* A.—agriarse. No debe decirse *se agria* una cosa, sino *se ágría*, está *agriada* con diptongo. Un ejemplo hay dudoso en Gallego. *Ni la enojosa Pasión de deprimir tu pecho ágríe*. Mas creo que debe leerse sin sinalefa entre *pecho* y *ágríe*, antes que decir *agríe*. Aunque así no fuera, digo que no veo razón suficiente para conjugarle *agrió-as*, *agriamos*, etc.—B—ansiar. Confieso que el uso vulgar de hoy es decir *ansío-as*; pero yo no encuentro en los poetas fundamento para sostener tal acentuación. Es verdad que Forner y Tapia, le conjugan así: *Ansia por pasar á otro derecho*. (Forner). *Y de la lid ansia el pavoroso estruendo*. (Tapia).—También es verdad que hay otros ejemplos en que puede leerse *ansío* con sinéresis del *io*, ó *ánsio*.

Mas no es esto solo. Valiéndonos del principio de que los diptongos son correlativos en los verbos, como las azeuxis, digo que debe decirse *ánsio*.

C.—auxiliar.—Diéresis, *dos*, una de *auxiliar* (nombre), Góngora: otra de *auxiliante*. Castellanos. Y no hay más. En todos los poetas antiguos y modernos es común y corriente el diptongo. Por consiguiente, se conjugará *auxilio-as*, y no *auxilio-as*, de lo cual no hay un solo caso. Los que hay son todos de *auxilio*, *auxílie*.

D.—Cariarse. De caries.—Tampoco hay fundamento alguno para decir *se caria*, ni para *carriado*: por consiguiente, pronúnciese siempre con diptongo.—E.—conciliar. No falta quien diga *concilio-as*; pero tal prosodia no tiene en los poetas ni un solo caso en que apoyarse.

Pruebas indirectas son todos los casos de diptongo en *conci-liamos*, *concilió*, etc., de los que pudiera citar muchos. En cambio, no hallo más que una diéresis, Castellanos.

F.—espaciar.—También éste se conjuga *espácio-as*.

Según Salvá, se puede decir *pálio* y *palio* en el presente; pero yo no sé en qué se funda para decir eso.—H—radiar.—Del presente de este verbo no tengo apuntado ningún ejemplo; pero el uso vulgar hace diptongo en todas sus inflexiones.—I.—rumiar. No hay ejemplo de *rumio-as*.—J.—vaciar. En Castilla la Vieja decimos *vácio-as*, *vaciamos*, siempre con diptongo, y este uso es el clásico y general; como se verá por el catálogo.

Por esto, aunque Salvá dice que el uso de *vácio* ó *vacío* es vario, afirmo que el decir *vacío-as* ó *vacie*, *vació* etc., es incorrecto y gratuito y debe corregirse.

Nota.—Del verbo *afiliar*, que, según Sicilia, debe conjugarse *afilio-as*, no hallo ejemplo alguno. Es más: opino contra él que debe acentuarse en la primera *i*, *afilio-as*. Lo mismo digo acerca de los verbos *expatriar*, *repatriar*, que deben conjugarse *expátrio* y *repátrio*, y no con el acento en la *i*. (Págs. 339, 340, 341, 342 y 343).

Hay azeuxis en *rociāmos*, *roció* (derivados del presente *rocio*). Da á entender de nuevo que deben diptongarse *agriarse*, *ansiar* y *odiar*, juntamente con *lidiamos*, *lidiemos*, *lidió*. (p. 267).—Hay azeuxis en *ampliar* y *gloriarse*, á pesar que en el origen *amplio* y *gloria* hay diptongo.

Combatiendo á la Academia en ciertos principios, reconoce sin embargo con ella la adiptongación de *fiar*, *liar*, *piar*, *variar*



y *enviar*, igualmente que *averiarse*. (Págs. 298 y 299). Admite igualmente en las páginas 300, 301 y 302 *contrariar*, *criar*, *descarriar*, *espiar*, *espurriar*, *estriar*, *extasiar*, *fiar*, *afiar*, *coniar*, *desconfiar*, *desafiar*, *porfiar*, *enfriar*, *resfriar*, *gloriarse*, *vanagloriarse*, *grafiar*, y sus compuestos (1), *hiar*, *liar*, *aliarse*, *desliar*, *pïar*, *expïar*, *arriarse*, *enriar*, *riar*, *rociar*, *tïar*, *avaliar*, *variïar*, *avïar*, *ataviar*, *desviar*, *enviar*, *extraviar*, *obvïar*, *vïar*, *vidriïar*, *zurriïar*, *chïar*, *enlejïar* y *vigïar*.

## IV

Ahora bien; apartándonos desde luego de la anarquía del uso común y de la opinión de Nonell (de una parte), para quien la disolución del diptongo de algunos verbos en *iar* se limita á las tres personas del singular y tercera del plural de los presentes en los modos finitos, así como de las de Salvá y Benot (por otro lado), que con poca diferencia entre sí extienden esta separación de vocales no solo á la primera y segunda persona del plural de dichos presentes, sino hasta algunos presentes de infinitivo y sus participios pasivos, (\*) y afirmando resueltamente que la conjugación adiptongada de los verbos en *iar* y *uar*, denuncia siempre la adiptongación de sus infinitivos y participios, porque en otro caso los tales verbos serían irregulares y nadie los reputa como tales; vamos á presentar una doctrina completa, para la conjugación de dichos verbos que, si no es enteramente matemática, es por lo menos clarísima. (2)

Partiendo del principio de que la índole especial de la lengua castellana, separándose en este punto de la pronunciación latina, italiana, francesa y lemosina, tiende más á mantener que á disolver los diptongos, podemos afirmar resueltamente, contra la impremeditada aseveración de Salvá, la siguiente regla general:

En la gran mayoría de los verbos de la primera conjugación terminados en *iar*, la vocal *i*, al juntarse con la primera vocal de la terminación, forma constantemente diptongo, que se conserva sin disolverse, no solo en todas las formas y flexiones de dichos verbos,

(1) Están también en la página 172, y de allí los tenemos copiados.

(\*) Esto mismo es lo que sostiene Robles en su *Ortología*.

(2) Respecto á los verbos en *uar* nos atenemos á lo dicho.



sino en todas sus composiciones y derivaciones: tal se ve en los sustantivos *cambio*, *resabío*, *vicio*, *auxilio*, *concilio*, *remedio*, *ripio*, *espacio*, *injuria*, *columpio*, *feria*, *contagio*, *lujuria*, *copia*, *desgracia*, *atrofia*, *desagravio*, *presagio*, *oficio*, *odio*, *prestigio*, *codicia*, *desperdicio*, *rumia*, etc., procedentes de verbos diptongados. Precisamente la única excepción que conocemos, el nombre *vacío*, que no sigue al verbo *vaciar*, según la Academia (1) y casi todos los ortólogos, contribuye á que muchos adiptonguen dicho verbo, como se ha visto en el transcurso de este trabajo.

Para que en los verbos terminados en *iar* se disuelva el diptongo existe siempre alguna razón que, á más de imprimir una graciosa variedad ortológica en la conjugación, suele descansar generalmente en la eufonía, como lo comprueba el observarse esta misma circunstancia prosódica en casi todas sus derivaciones y composiciones: como se ve en los sustantivos *descarrío*, *desvario*, *avío*, *canturía*, *chirrí*, *lío*, *pío*, *calosfrío*, *rocío*, *avalío*, *correntía*, *cuantía*, *amnistía*, *desafío*, *envío*, *extravío*, *atavío*, *fotografía*, *espía*, *porfía*, *guía*, *avería*, *hastío*, etc., etc. Hay sin embargo algunos verbos de esta clase, en que la independencia de sus vocales finales no aparece denunciada ó comprobada por sus sustantivos y adjetivos coexistentes, quienes, por el contrario, diptongan la *i* con la fuerte que le sigue: tal ocurre en los adjetivos *amplio*, *contrario* y *vario*, y en los nombres *gloria*, *palio*, *patria*, *historia* y algunos otros, cuyos verbos respectivos deshacen el diptongo; pero aquí nos atrevemos á aventurar la siguiente hipótesis:

¿No podría consistir esta especie de antinomia entre estos vocablos y sus correspondientes verbos, en cierto carácter intensivo ó frecuentativo de estos últimos, que hace que en la conversación vulgar casi se confundan en esta circunstancia de adiptongar la terminación

---

(1) Véase *vaciador* y *vaciante* en la última edición del *Diccionario* (1899), p. 1.000, donde, como en ediciones anteriores, dice *vacia* y no *vacía*.

Téngase también presente la tendencia al diptongo, cuando el acento ha cambiado de lugar: *variación* y aún *expiación*, de *variar* y *expiar*.



con algunos terminados en *ear*? (1) Efectivamente, si en realidad procediesen *paliar* de *palio*, *gloriar*, de *gloria*, *ansiar*, de *ansio*, *inventariar*, de *inventario*, *expatriar* y *repatriar*, de *patria*, *cariarse*, de *caries*, *extasiarse*, de *éxtasis*, *vidriar*, de *vidrio*, *sumariar* de *sumario*, etc., (2) y en una palabra, si todos los sustantivos diptongados, en los casos de que hablamos, hubiesen precedido á los verbos que disuelven el diptongo, (3) la cuestión quedaba casi matemáticamente resuelta y nuestra observación tendría ya un valor casi absoluto, es decir que podríamos asimilar la índole de estos verbos á los incoativos y frequentativos *alborear* (comenzar á amanecer), *espolvorear* (ir quitando el polvo), *romancear*, *lozanear*, etc., etc.; siempre contando con la suprema ley del uso (*consuetudo bonorum*), que no dejaría de presentar algunas excepciones.

Vamos, pues, á dar algunas reglas sobre la adiptongación de los verbos en *iar*, relacionadas, en cierto modo, con la Gramática histórica de la lengua castellana:

1.<sup>a</sup> Por una ley general, que produce una pauta uniforme y constante en la conjugación castellana, predominan en ella las terminaciones graves, lo cual no po-

(1) La facilidad con que el vulgo confunde los verbos en *ear* con los en *iar* y viceversa es evidente. Basta recordar las infinitas veces que oímos *cambea*, *copea*, se *care*a, en vez de *cambia*, *copia*, se *caria*, el todavía más frecuente uso de *aspiar*, *pasiar*, *toriar*, por *aspear*, *pasear*, *torear* y aun la tendencia de muchos á diptongar en toda su conjugación *alinear*, *delinear* y *linear* (yo *alinio*, tu *delineas*, etc.) A esto indudablemente se debe el uso doble, aunque sea arcaico, de *palear*, *canturrear*, *agrear*, *braviar*, *asalar* y *crear*, por *paliar*, *canturriar*, *agriarse*, *bravear*, *asalar*, *criar*, etc.

(2) Sabido es que están divididos los más eminentes ortólogos españoles acerca del uso diptongado ó adiptongado de esta media docena de verbos, como me *vanaglório*, *ánsias*, se *expátria*, se *cária*, se *extásia*, se *vidría*, yo *sumario*, etc. En este caso se ve la tendencia á volver á la regla general de la diptongación.

(3) No es fácil en muchos casos distinguir la procedencia entre unas y otras palabras: Ya esta cuestión de si los nombres proceden de los verbos ó viceversa, preocupó á los gramáticos clásicos y aun á los sánscritos: lo indudable es, como siente la Academia, que de los verbos primitivos nacen nombres, adjetivos, etc.; pero que tampoco puede negarse que de nombres y adjetivos proceden también verbos.



dría verificarse en los verbos de infinitivo monosilábico, pues desde luego serían agudas las flexiones en que no hay incremento: es, por esto, digno de observación que los cuatro únicos verbos monosilábicos (*dar, ir, ser y ver*) son irregulares. Pues bien, tan solo por esta sencillísima ley, y aun sin perjuicio de que en algunos concurre otra razón, todos los verbos en *iar* de raíz monosilábica disuelven *ipso facto* este diptongo, y así quedan perfectamente regulares ó sea con predominio de terminaciones graves, tales son: *ciar, criar, chiar, fiar, guiar, liar, miar, piar y triar*. A los cuales siguen, como es natural, sus compuestos *cuchichiar, afiar, confiar, desconfiar, desafiar, porfiar, aliarse, desliar, desaliar, pipiar, recrear, descriarse, entrecrarse, expiar?*

2.<sup>a</sup> Los compuestos de los anticuados *friar* y *viar* ó de los sustantivos *frío* y *vía*, tales como *calofriar* (se), *enfriar, refriar, resfriar* (se), *aviar, desaviar, desviar, enviar, extraviar, ataviar, desataviar*, menos *obviar*. (1).

3.<sup>a</sup> Por una ley helénica, los verbos compuestos, cuya segunda parte procede de la pseudo-desinencia *grafía*, como *autografiar, biografiar, autobiografiar, cableografiar, calcografiar, fotografiar, litografiar, ologrificar, tipografiar, fototipo* ó *tipofotografiar, litofoto* ó *fotolitografiar, estenografiar, telegrafiar*, á los que se agrega *esgrafiar*, aunque su derivación inmediata es del sustantivo *grafio*.

4.<sup>a</sup> Existen otra porción de verbos en *iar*, en los que por etimología se deshace el diptongo; unas veces por haber desaparecido alguna consonante que hubo en el origen entre ambas vocales, como en *rociar*, (de *roscidus*) *vigiar* de *vigilare*, *espiar* de *spicere* ó *speculari*,

---

(1) En el Diccionario de la Academia se da á *ataviar* una etimología arábiga; mas para otros filólogos procede de las dicciones latinas *ad* y *aviar*. Los verbos que no proceden de *vía* y sin duda por eso encierran diptongo son *aliviar*, de *ad* y *levare* (*allevare*) ó forma de *levis*, e, ligero, y *agraviar*, de *gravis*, e, pesado; y así otros en *viar*.

Por último, el adjetivo *obvio* denuncia en cierto modo el diptongo de *obviar*, por más que algunos conjugan *obvio, obvias*, siguiendo nuestra 2.<sup>a</sup> regla, sin excepción.



*hastiar*, de *fastidiar*, etc. (1), y otros que hacen aparecer la primitiva forma latina de adiptongación como *amnistiar*, *adiar*, *ampliar*, *paliar*, *avaliar*, *braviar*, *estiar*, *correntiar*, *cuantiar*, *enlejiar*, *extasiarse*, etc.

5.<sup>a</sup> Sin que nos atrevamos á dar tanta importancia como Sicilia á la, no sabemos si especiosa ó ingeniosa, observación general de que la vibrante *r*, á causa de su poco vigor para hacer marchar con velocidad á la vocal que modifica, tiende á adiptongar las dos vocales subsiguientes (1), lo cierto es que muchos de los verbos en *riar*, disuelven este diptongo, como *gloriarse*, *cariarse*, *variar*, *desvariar*, *inventariar*, *contrariar*, *averiar*, *enriar*, etc.; ofreciendo los verbos de esta clase el mayor contingente entre los de doble prosodia.

## V

Para que sirvan de conclusión y resumen, tanto de este artículo de *asunto ortológico*, como de los dos anteriores intitulados, respectivamente, *Esbozos gramaticales* y *Una meaja, mñaja ó miaja de prosodia*, estableceremos los siguientes corolarios:

1.º Todos los verbos terminados en *uar*, menos los en *cuar*, *guar* y *juar*, que forman diptongo, son adiptongados. Unos y otros conservan en todas sus flexiones y derivaciones la forma ortológica del presente de indicativo, menos en los casos en que el acento viaja á otra sílaba (*acentuaré*, *acentuación*).

2.º En la mayor parte de los verbos terminados en *iar*, las vocales *ia* forman diptongo, que se conserva sin deshacerse en todas las formas y flexiones de dichos verbos y en todas sus composiciones y derivaciones. (Véanse los ejemplos de la página 137).

3.<sup>a</sup> La cuarta parte (aproximadamente) de los verbos en *iar*, disuelven este diptongo, ó son adiptonga-

---

(1) Como excepción de esta regla tenemos hoy á *rumiar* de *ruminare*, que antiguamente deshacía el diptongo y hoy no, por el *quem penes arbitrium est*.

(2) Principalmente en la p. 215 del tomo III de la 1.<sup>a</sup> edición.



dos en todas sus formas y derivaciones (1); pero sujetándose á la suprema ley, casi invariable en estos verbos, de que dos vocales inacentuadas forman diptongo (*variaré, variación*). Digo *casi* porque en los verbos bisílabos encuentro innecesaria la diptongación (*guñará, crïarás*).

4.º La facilidad con que resbalan las absorbibles *i* y *u* sobre las absorbentes acentuadas, (y principalmente sobre las inacentuadas) hace que pronunciadas rápidamente no se distinga bien si hay ó no diptongo. De esto se abusa mucho en la conversación ordinaria y aun entre los poetas, (*variarnos, perpetuarnos, variante, variaremos, perpetuando*); mas, como no debe confundirse el uso con el abuso, han errado completamente cuantos gramáticos han tratado de cohonestar (y aun de justificar) el segundo con el primero.

5.º A pesar de cuanto se lleva escrito sobre estas materias, como lo hemos demostrado en este espécimen, y á pesar de que todos reconocemos que debe aspirarse á una pauta uniforme, será imposible el ponernos de acuerdo (aun tratándose de gramáticos ó filólogos profesionales) acerca de la verdadera conjugación de todos los verbos en *iar*, (2), pues la variedad de pronunciación entre diversas regiones españolas es de todo punto inevitable. (3).

Vitoria y agosto de 1908.

---

(1) En las págs. 137 y s. se ve la comprobación de esta regla y la explicación de sus excepciones.

(2) Estos verbos, que unos literatos los diptongan y otros no, son, á saber: *ansiar, extasiar, congloriarse, cariarse, encabriar, ejecutoriar, paliar, espaciarse, agriarse, expatriar, historiar*, etc.

(3) En el país vasco se tiende á diptongar (*vizcáino, bilbáino, carruaje*, etc.) y en Levante á disolver los diptongos (*auxilia, concilia*, etc.).







## Un capítulo de San Leandro

---

Difícilmente se encontrará en la hagiografía española mayor número de fábulas y errores que los acumulados en las vidas de los cuatro hermanos San Leandro, Santa Florentina, San Fulgencio y San Isidoro, hijos de Severiano.

Comenzando por suponerles oriundos de sangre real, nacidos los cuatro en Cartagena y expulsados de ella (siguiendo la suerte de sus padres) por el furor arriano; continuando por el supuesto bizantinismo de Severiano y concluyendo por las muchas consejas que se refieren de San Isidoro, como el enjambre de abejas posadas en sus labios al nacer, sus aerostaciones frecuentes, de que su hermana fué muchas veces testigo, su fuga de los estudios por miedo á los azotes de Leandro, las enseñanzas que dedujo del brocal de un pozo, etc., etc., y el olvido absoluto en que se ha tenido la influencia decisiva que en la suerte de toda la familia tuvo la invasión de la España oriental por los griegos imperiales; todo este cúmulo de errores y deficiencias, repetimos, hacen necesaria una escrupulosa revisión en lo que atañe á tan interesante genealogía.

La primera nube que hay que desvanecer es el empeño que desde el siglo XVI hasta nuestros días han manifestado nuestros eruditos de negar á Severiano el cargo de duque, gobernador ó capitán de milicias de la provincia hispano-goda de Cartagena, antes de la ocupación bizantina, fundados únicamente en dos razonamientos muy deleznales, á saber:

1.º San Isidoro, hablando de su hermano mayor, dijo que era hijo de Severiano, de la provincia cartaginense, sin nombrar su cargo ni su raza. Contestación. San Isidoro era muy lacónico y muchas veces nos habla, p. ej.



de Leandro sin expresar que era hermano suyo. El historiador Morales explica aquella omisión porque, según él, la modestia impidió á Isidoro el hablar de la sangre y dignidad de su padre. En cambio, ya desde el siglo XIII, teniendo á la vista documentos hoy perdidos ó no del todo auténticos, tanto los Obispos D. Lucas de Túy y D. Rodrigo de Toledo, casi á un tiempo, como el Cerratense muy poco después, y otros muchos en lo sucesivo, anteponen el *duce* á la frase *carthaginensis provinciæ*.

2.º, relacionado con el anterior. Puesto que Severiano no ejerció cargo alguno en nombre del rey godo, tampoco fué de esta raza, lo cual se comprueba también por los nombres hispano-romano de los cuatro santos y del padre. Este argumento, aceptado de lleno por muchos, no tiene fuerza alguna, pues aparte la gran tolerancia de los godos con los hispano-romanos, asunto que no hace al caso, vale bien poco la cuestión de nombres entre los godos, que en no pocas ocasiones adoptaban los romanos y aún los griegos, á pesar de la diferencia de religión y mucho más desde que fueron correligionarios.

Comenzando por el generoso Ataulfo, que lleva al tálamo y al trono á su bella prisionera Placidia, hermana de Honorio, católica y romana, noblemente devuelta ya viuda por Walía al general romano Constantino, y continuando por el pacto de Teodoredo con los romanos para debelar á Atila; observamos que el más godo de los reyes godos, el primero que puede llamarse independiente de romanos, Eurico, en una palabra, valióse, según se dice, para su Código gótico, de las luces de su primer Ministro León, sabio jurisconsulto griego ó romano; teniendo también su hijo Alarico verdadera predilección por los hispano-romanos, á quienes distinguió de varios modos: ahí está, á mayor abundamiento, el célebre *Breviario*, compilado para esta grey y refrendado por el latino *Aniano*. Amalarico, aunque en hora menguada, casó con Clotilde, princesa católica y hermana de los reyes francos. Según Procopio (*De bello góthico*, libro I, cap. XII), Teudis casó también en España con una señora que no era de sangre de los godos, sino española, de la casa de un rico natural de estas tierras, la cual señora era muy acaudalada en oro



y en hacienda: su primer marido había gobernado con título de capitán de los godos, pero con realidad de dominio, y Teodorico (el tutor y abuelo de Amalarico) le había confirmado en gobierno perpétuo. Flórez añade que esta señora, como española, debió de ser católica, y que tal vez Teudis fué por eso tolerante con los católicos; pero no la cuenta entre las reinas de esta religión por no saber su nombre. (1) Notorio es asimismo el casamiento de Hermenegildo, aún arriano, con la católica Ingunda y sus trascendentales consecuencias. Por último, y dejando á un lado la cuestión religiosa y el sospechado catolicismo del funesto Atanagildo y de Leovigildo en sus últimos días, ya que esta gran barrera desapareció con el Concilio III de Toledo, el mismo San Isidoro atestigua que su coetáneo el sabio *Juan* de Biclara era godo de raza y natural de Santarén (*nativitate góthus, provinciæ Lusitaniæ, Scalabi natus*) (2), habiendo gozado de gran predicamento entre los godos *Paulo*, duque de la Narbonense, y sobre todo *Caludio*, duque de la Lusitania y de otras provincias y vencedor en tiempo de Recaredo del Rey franco Gontrán, en el triunfo mayor que, según San Isidoro, alcanzaron los godos; pudiéndose citar desde aquí muchos nombres romanos aplicados á hombres de raza goda, entre los que se cuentan los odiosos del Conde *Julián*, de *Olemundo*, *Rómulo* y *Ardabasto* (hijos de Witiza) y el venerable de *Pelayo*.

Una vez removido este obstáculo, ó desvanecida esta nebulosidad, que tanto ha cegado á los más conspicuos historiadores, podríamos presentar nuestra genealogía, penetrando con pié seguro en tan resbaladizo terreno; mas acerca de estas materias, y principalmente sobre San Isidoro, en otras ocasiones hemos largamente disertado (3); siendo por tanto innecesario este nuevo escarceo.

---

(1) *Memoria de las reinas católicas*. Tomo I, página 4.

(2) *De viris illustribus*, apud Flórez, tomo V de la *Esp. sagr.*

(3) Desde que en 1874 comenzamos á redactar nuestros *Estudios helénicos en España*. No publicamos entonces esta digresión por no caber en el plan general de la obra; pero lo hicimos en el



Pero hay un documento preciosísimo sobre el que hemos creído conveniente insistir ahora. Entre las varias obras que se atribuyen á San Leandro, existe una *Regula de institutione Virginum, et contemptu mundi*, dedicada á Florentina, en cuyo último capítulo se dan interesantísimas noticias sobre la familia de Severiano, que no han sido comprendidas, como lo confiesa en su *Bibliotheca vetus* el propio D. Nicolás Antonio, que es uno de los escritores que más han trabajado en esta materia. De la tal *Regula* saqué en su día los mismos datos que ahora; pero haciendo un mero extracto y hoy me propongo dar el texto completo. Dos traductores eminentes del siglo XVI ha tenido y recientemente he visto estas traducciones en la Biblioteca Nacional, habiendo tomado algunas notas; pero han quedado en Madrid y no dispongo de ellas en estos momentos, en que deseo terminar este tomo (1).

Prescindiendo, pues, de estas versiones, allá va la nuestra, todo lo literal posible, y en cuyas notas ó apostillas daremos cima á nuestro propósito de exponer lo más auténtico que se ha escrito, acerca de la genealogía de Severiano, ó sea de las cuatro lumbreras de la Iglesia en los tenebrosos siglos VI y VII.—No ponemos también el texto original de la *Regula* de tan insigne Príncipe de la Iglesia por juzgarlo de todo punto innecesario. (Véase en el tomo IX de la *España sagrada* del P. Flórez, *Apéndice V*).

---

número de la *Revista de España* de 10 de Agosto de 1884 y en el segundo volumen de esta Miscelánea.

El fragmento de los nombres hispano-romanos y algun otro posterior, están textualmente copiados de dicho trabajo.

(1) El primero de los traductores es el Obispo Sandoval y el segundo el P. Martín de la Roa; éste justifica su traducción por parecerle defectuosa la primera; más en ésta, aun que más ajustada á la exactitud y á la conveniencia del lenguaje, hemos notado también que el ilustre hagiógrafo no ha comprendido bien algunos pasajes, como lo referente á la madre de los santos, á los motivos del destierro, etc., etc.



## Capítulo último de la Regla etc.

«Dirigimos ya la nave de la oración al puerto, y recorrido el piélago de las voces ponemos el áncora en la costa del descanso; soy, sin embargo, arrastrado nuevamente en las olas de las palabras por el soplo de tu afecto 1. Ruégote, hermana Florentina, y te conjuro en nombre de la bendita Trinidad de la Divinidad única, que ya que saliste como Abraham de tu tierra y de tu familia, no vuelvas la vista atrás con la mujer de Loth; á fin de que ni sirvas de mal ejemplo á la buena doctrina de las otras; ni vean que tú incurres en aquello que ellas procuran evitar; pues aquella (*la mujer de Loth*) fué para las demás condimento de sabiduría, mas para sí, simulacro de necedad: puesto que su mala acción le perjudicó á sí misma; y sirvió de ejemplo contrario (*escarmiento*) para los demás. Que jamás te inquiete el pensamiento de volver al suelo natal; donde, si Dios hubiera querido que habitases, no te apartara de allí. Pero una vez que estimó que (*el destierro del país natal*) había de ser útil á tus propósitos, te apartó piadosamente, á la manera que á Abraham de entre los caldeos, y como á Loth de Sodoma 2. Finalmente, yo mismo confieso mi error en haber hablado muchas veces con nuestra madre, deseando conocer si ella tenía voluntad de volver á Cartagena. Mas ella, que había conocido que su salida de la patria era debida á la voluntad de Dios y por tanto por causa de salud, decía poniendo á Dios por testigo: que ni quería ver, ni vería jamás aquella patria. Y añadía derramando copiosas lágrimas: «ya que la peregrinación ha hecho que yo conozciese á Dios; peregrina moriré y tendré sepultura allí, donde he recibido el conocimiento de Dios.» Yo recuerdo muy bien, y pongo á Jesús por testigo, que estos han sido los sentimientos de nuestra madre, de tal suerte que aunque hubiese vivido largo tiempo no hubiera vuelto á ver aquella patria. Ruégote, hermana Florentina, que te guardes de lo que nuestra madre temió, y que el mal que ella experta esquivó, lo evites tú prudentemente 3.

Yo desdichado me lamento de haber enviado allí mis-



mo (á *Cartagena*) á nuestro hermano Fulgencio, cuyos peligros me tienen en horrible ansiedad é incesante temor. Sin embargo, estará más libre de peligro, si tú, más segura y ausente, ruegas por él. Tú has sido alejada (*de la patria*) de tal modo que aunque allí hayas nacido de nada puedes acordarte. Ningún recuerdo hay efectivamente, que te obligue á echar de menos tu patria y eres dichosa porque ignoras lo que es este dolor 4. Mas yo hablo por experiencia, pues perdí la residencia y la vista de mi hermosa patria, de tal suerte que ningún hombre libre ha quedado en ella; ni la misma tierra es fecunda con su abundancia acostumbrada, y esto no sucede sin previsión divina: más la tierra á la que le han sido sus ciudadanos arrebatados y cedidos al extranjero, inmediatamente que perdió la dignidad careció también de fecundidad. Vé, hermana Florentina, lo que te debe causar pavor y en lo que yo entristecido convengo; no sea que la serpiente te arrebate del Paraíso y te ponga en aquella tierra que produce espinas y abrojos, y donde, si quieres nuevamente extender la mano y tomar como sustento el árbol de la vida, no te sea permitido tocarlo. Te conjuro con el Profeta y te amonesto con nuestro Señor Jesucristo, diciendo: *Escucha, oh hija, y considera, y presta atento oído y olvida tu pueblo, y la casa de tu padre, puesto que el Rey deseó tu hermosura, y El mismo es el Señor tu Dios.* (Salmo 44, al fin). Nadie que tiene su mano en el arado, y mira detrás de sí, es apto para el reino de Dios. (Lucas, c. 9, v. últ.º) 5.

No quieras volar de aquel nido que la tórtola preparó y donde tiene colocados sus polluelos. Tú, que naciste de la madre Túrtura, eres hija de la sencillez. En una sola persona hallarás cumplido el papel de muchas. Considera á Túrtura como madre; atiende á Túrtura como á tu maestra, y estima como madre más querida que aquella de la que naciste, á la que te ha ido engendrando cada día en los afectos á Cristo y acógete en su seno, huyendo de toda tormenta y de todo mundano torbellino. Séate grato el estrecharte á su pecho: séate dulce su regazo, que ya en verdad te era gratisimo cuando eras niña. 6.

Por último, te ruego, hermana queridísima, que te acuerdes de mí en tus oraciones y no te olvides de



Isidoro, el más joven de nuestros hermanos, á quien una vez que nuestros padres lo confiaron (bajo la suprema protección de Dios) á los tres hermanos mayores, contentos y sin temor ninguno por su infancia se encaminaron: hacia el Señor, y á quien, teniéndole yo como verdadero hijo, y no prefiriendo nada temporal á su cariño, recaigo de nuevo en él llevado de mi predilección; quiérole tú tanto más y ruega por él con tanto más motivo en cuanto sabes cuán tiernamente fué el preferido por nuestros padres. Seguro estoy de que tu virginal oración inclinará en favor nuestro los oídos divinos: y si guardas el pacto que sellaste con Cristo, una corona te será debida por tu buen proceder: y el perdón será otorgado á Leandro, que te exhorta: y si perseveras hasta el fin, serás salva. Así sea». 7.

### Apostillas á la "Régula"

1.<sup>a</sup> Con esta alegoría da á entender San Leandro que, una vez terminada la homilía ascética, va á dirigirse paternalmente á Florentina como su hermano mayor. Esta santa, cuyo glorioso tránsito (ocurrido á principios del siglo VII en el convento de benedictinas de Ecija, de donde era Prelada) conmemora la Iglesia á 14 de marzo, fué distinguida poetisa mística, virtuosísima religiosa, honorable fundadora y hasta se la supone maestra de su hermano menor Isidoro.

2.<sup>a</sup> A vueltas de dos símiles bíblicos, alusivos á la situación de Florentina, comienzan las curiosísimas y auténticas noticias genealógicas que tenemos anunciadas, aludiendo en primer término el autor de la epístola, á la patria común de ambos hermanos, que era la ciudad de Cartagena. Entre otros testimonios coetáneos que así lo acreditan tenemos el siguiente de San Isidoro, en su tratado *De viris illustribus*, cap. XLI: *Leander, genitus patre Severiano, carthaginensis provinciæ*.

3.<sup>a</sup> Es para nosotros evidente, deduciendo consecuencias legítimas de este párrafo, que la madre de los santos, de nombre ignorado, nació y vivió en la secta arriana hasta el misterioso destierro. Ya D. Nicolás Antonio y después el P. Flórez sospecharon que la madre de los Santos no había sido católica hasta la edad



madura, pues al comentar este pasaje prorrumpe aquél en estas frases, un tanto atrevidas á su parecer: «¿Acaso »(dice) la que había estado adherida á la secta arriana »en otro tiempo abjuró su error en la desventura del »destierro? Apenas me atrevería á aseverarlo por este »solo testimonio (de que conoció á Dios, según su »primogénito), cuando tú podrías referirlo sin violencia »alguna á un sentimiento de piedad mayor que el que »antes hubiese tenido» (1). Cómo se ve, el espíritu preocupado del diligentísimo escritor sevillano no le permitía persistir en una reflexión juiciosísimamente enderezada, y cuya más razonable conclusión se refería á la distinta religión que hasta el momento del destierro habría profesado la madre de los Santos; lo cual viene á confirmar el carácter gótico que la asignan los antiguos cronicones, pues de haber sido latina ó griega, como pretenden algunos modernos, hubiera nacido casi con seguridad en el gremio de la Iglesia católica.

La gran crisis y perturbación material sufrida por la familia de Severiano, juntamente con las providenciales bienaventuranzas místicas que recabó del destierro de su patria, se patentizan por las expresivas manifestaciones del Prelado sevillano, cuando amonesta á su hermana á que no piense siquiera en regresar á Cartagena, siguiendo el ejemplo de la madre, que juró lo mismo, y cuando vemos el consuelo experimentado por el Santo al considerar los piadosos frutos recogidos á causa de la peregrinación. Dos son, pues, los polos en que gira el último capítulo de este precioso documento, que, á juzgar por su tono y ciertas expresiones, debió redactarse del 582 al 85, durante la guerra civil entre el monarca de Toledo y el de Sevilla, entre el padre y el hijo. Estos contradictorios sentimientos de Leandro descansan, de un lado, en el violento abandono de su tierra natal y el amargo destierro que sufrió en su mocedad; y de otro, en su deseo de no acordarse de un país en el que estuvo la familia sumida en el error arriano.

Por lo que atañe á Severiano, todos los indicios nos obligan á considerarle también como godo y arriano,

---

(1) Pág. 307, columna primera, t. I. de la *Bibliotheca vetus*.



lo mismo que su esposa. Solo así se explica el misterioso destierro, que, según confesión propia, tanto confundía y enfrascaba á D. Nicolás Antonio (1) y cuyas causas ó motivos, según Lafuente, se *ignoran completamente* (2). El P. Florez, á pesar de transigir en lo del arrianismo de la madre, insiste en *la injusta persecución del marido católico* (3), y en esta muletilla coindiden igualmente casi todos los hagriógrafos, asegurando que la bienaventurada familia de Severiano se vió en el duro trance de perder posición y patria, hostigada y perseguida por el furor arriano desatado contra su fervorosa devoción católica, en tiempos de Leovigildo, según algunos, y no faltando quienes lo retrotraen 20 ó 25 años, ó sea á los tiempos de Agila (4).

4.<sup>a</sup> Interesantes son los datos que de este pasaje se deducen. Según él, Florentina fué separada de Cartagena en tal manera ó de tal edad (*ætate*, dicen algunos mss., en vez de *arte*,) que no podía acordarse de nada. Podía, pues tener de dos á cuatro años, cuando ocurrió el destierro de su padre, al inaugurarse el nuevo reinado hacia el año 554.

En cuanto á Fulgencio, mozo á la sazón de veinte abriles, fué enviado á Cartagena por el Prelado á recabar auxilios de los bizantinos, secundando los movimientos bélicos del clero y de los católicos en favor de Hermenegildo; pero las noticias de Leandro eran malas. El rey Leovigildo ganó astutamente á los imperiales y éstos, que habían prometido auxiliar á los partidarios del rey de Sevilla, lo abandonaron, produciendo, según es sabido, la prisión y muerte del hijo, después de no corta guerra contra el padre.

Muchos, incluso el Breviario, confunden á este Santo con otro Fulgencio Rupense, que fué más escritor que

(1) L. c. p. 307, columna 1.<sup>a</sup>, Vida de San Fulgencio astigitano.

(2) Así lo asegura, después de indicar que por los nombres de toda la familia se infiere que eran romanos (pág. 184 del t. I, *Hist. eclesiástica de España*). Lo mismo Menéndez y Pelayo, *Heterodoxos*, (p. 207, n. del t. I), por lo que hace á la raza de Severiano.

(3) *España sagrada*, tratado XXIX, cap. 6.<sup>o</sup> § 3.<sup>o</sup>

(4) Francisco Vivar (*Maximi continuatio*, Madrid, 1652) y Arévalo (*Colección de obras completas de San Isidoro*, tomo I, Roma, 1797).



nuestro Astigitano, á cuya silla (Ecija) subió en vida de Leandro, á quien sobrevivió. Como nació después del destierro de sus padres, debió de ver la luz en Sevilla hacia el 560 ó 64.

5.<sup>a</sup> ¿Quién no advierte aquí, dados los antecedentes, las amargas quejas de un corazón templado al sacrosanto amor de la patria, que no puede recordar sin que se desgarran sus fibras el inícuo espectáculo de ver entregado al EXTRANJERO su país natal, que no solo mecía su cuna, sino también halagó las dulces ilusiones de su dorada juventud? ¿No se echa de ver la enérgica protesta de quien contempla interesado la repugnante entrega y cruel diseminación de un pueblo entero, vendido cual vil hato de rumiantes á un invasor codicioso? ¿No el profundo dolor de quien, al abandonar sus lares, testigos de una horrenda traición, juzga ya, en elocuente manera, la hermosura de la patria eclipsada, la dignidad de los ciudadanos hollada y arrebatada, y con ella extinguida la rica abundancia y poderosa fecundidad de su hermosa tierra? ¿Quién, en fin, no ve palpable, en las sentidas endechas del metropolitano de Sevilla, la alusión al recuerdo aun candente del infame pacto del traidor Atanagildo (1), quien, á trueque de recibir auxilios que le colocasen por el camino de la violencia bajo el solio de los reyes godos, no vacila en colocar á su vez en las garras de las águilas de Oriente una hermosa porción de la patria hispana? Pero no ha sido esto sin el sabio designio de lo Alto, exclama el Santo: *non sine Dei iudicio*. ¿Quién sabe si esta piadosa consolación era sugerida á Leandro al meditar, de un lado, que eran católicos los invasores, cuando en la Cartaginense, oficialmente al menos, prevalecía el arrianismo; y de otra parte, por lo que á su familia respectaba, que su madre querida se había abrazado á la verdadera religión, á consecuencia de tan desastrosa crisis, imitándole, tal vez, el cariñoso cónyuge Severiano ya en los aledaños de la vejez?

Para nosotros es indudable que la amargura de que

---

(1) San Isidoro dice que Atanagildo tomó las armas por apetito de ser rey (*cupiditate regnandi*), y añade que Agila fué muerto por los mismo suyos, de miedo que los griegos invadiesen toda España (*De reg. got.*, pág. 497 del tomo VI de Flórez). Agila fué un perverso, pero Atanagildo un traidor.



se hallaba poseído Leandro al escribir estas palabras era motivada por la inutilidad de sus esfuerzos en Constantinopla para solicitar á nombre de Hermenegildo la alianza con el Emperador, y la no menos peligrosa estancia de Fulgencio en Cartagena con fines análogos. Atisbando algo de esto, dice el ilustre hagiógrafo D. Vicente Lafuente (o. y. t. c.<sup>s</sup> p. 184).

«La residencia en Cartagena y entre los griegos imperiales debía tener algo de funesto para aquella santa familia, cuando San Leandro exhortó á su hermana Florentina con cariñosas palabras á que no vuelva los ojos hacia el pais natal; poniéndole á la vista el escarmiento de la mujer de Loth.»

Dos son, pues, como antes insinuábamos, los encontrados sentimientos, que luchan en el espíritu del santo doctor; uno excitado por el amor á su patria terrenal, y otro teniendo la vista fija en la Jerusalem celestial; por el uno recuerda, como patriota, su cariño hacia Cartagena; el otro mitiga su dolor, al considerar, no solo que son católicos sus nuevos poseedores en un tiempo en que las iras de Leovigildo descargaban en la España goda contra los católicos sublevados, (1) sino que su familia conoció á Dios con ocasión del destierro.

6.<sup>a</sup> Este pasaje tampoco ha sido generalmente bien interpretado. Primeramente, juega San Leandro con el doble sentido del vocablo latino *turtur* que significa la *tórtola* y el nombre propio Túrtura. Luego solo en sentido figurado pudo decir que ésta fuese madre de Florentina, pues á renglón seguido nos asegura que ésta había muerto, sino que la considere como tal, por las razones que indica.

7.<sup>a</sup> En el último párrafo de su Régula, habla Leandro de Isidoro.

Solo diremos aquí de este gran Doctor de las Españas, uno de los más grandes polígrafos que han existido, que nació en Sevilla, siendo educado por su hermano mayor, sucediéndole en el cargo de Metropolitano el año de 596, y muriendo el 636.

El último escritor que ha tratado, mejor dicho, que

---

(1) Se ha exagerado algo sobre este particular. Tengo probado en mi tomo II que los Obispos Liciniano y Fulgencio no pudieron ser perseguidos por Leovigildo, como se ha supuesto.



está tratando, de la vida y obras de San Isidoro, es nuestro erudito amigo el Doctor mallorquín D. José I. Valentí, en varios artículos que publica en la *Revista Eclesiástica* de Valladolid. Aunque bien empapado en la buena crítica y muy nutrido de abundante lectura, participa del error de hacer á San Isidoro natural de Cartagena é hijo de Túrtura, como sus tres hermanos. (N.º de la *Revista*, correspondiente al 30 de Enero de 1908, p. 86).

Habla finalmente el epistológrafo de sí mismo y aquí podíamos decir algo de él como precursor y como sembrador de la gran cosecha mística que su hermano aumentó y recolectó, y como alma del III Concilio toledano; mas esto no entra en nuestro plan. Murió, como se ha indicado, en 596, atormentado por la gota.

Resumiendo: casi todos los hagiógrafos han tenido á la vista, al tratar de estas materias, este precioso documento y han utilizado algo de él (unos lo referente á Túrtura, otros la salida de Cartagena antes de venir al mundo Fulgencio é Isidoro, etc., etc.); pero nadie ha precisado bien la fecha del destierro de la familia de Severiano como nosotros, ni se ha fijado en que este acontecimiento coincide con la entrada de los bizantinos, con quienes Leandro tuvo verdaderas hostilidades, aunque muchos años después la cuestión religiosa los uniese, bien que con falsía. Los bizantinos, de todas suertes, disgregan la región levantina del resto de España, siendo gobernada por los emperadores de Oriente Justiniano, Justino, Tiberio, Constantino, Mauricio, Heraclio, sin que nada tuviesen que intervenir en ella, mas que para guerrear, casi sin tregua, Atanagildo, los Liuvás, Leovigildo, Recaredo, Witerico, Gundemaro, Sisebuto, ni aun Suintila, en la mayor parte de su reinado. He aquí, pues, nuestras conclusiones. Cuando hacia el año 554 de nuestra Era se incautó Justiniano del territorio cedido por Atanagildo, Severiano se vió compelido á abandonar la ciudad de Cartagena con su esposa y dos hijos (Leandro y Florentina), dirigiéndose á Sevilla, que fué su segunda patria y donde nacieron Fulgencio é Isidoro. En tiempo de Suintila (624) desaparecieron los imperiales de España, después de setenta años de su venida.

En una palabra, las continuas desgracias y vicisitu-



des de Cartagena no han sido bien apreciadas por los historiadores desde el punto de vista del sincronismo histórico, que nosotros hemos intentado restablecer, y cuya importancia va mucho más allá que lo referente á nuestra humilde genealogía, pues arrojaría mucha luz enfocándola hacia muy curiosos asuntos de Historia y Disciplina eclesiástica (1).

Vitoria y Septiembre de 1908.

---

(1) Aludimos, entre otros, al muy obscuro de la Primacía, aunque Lafuente llama á esta cuestión *harto extemporánea* (L. c., p. 218). De todos modos, á pesar de su inmensa autoridad el mismo Lafuente ha incurrido (con todos los que han tratado estas materias) en el siguiente anacronismo: «Huyendo de Leovigildo (Liciniano) marchó á Constantinopla, donde murió envenenado.» (L. c. p. 183). Ya tengo probado que, aparte el anacronismo, no podía perseguir Leovigildo á un Obispo de Cartagena, que no era súbdito suyo.







## Epílogo

---

### Más de los Isunzas

Ya que en las páginas 107 y siguientes de este libro hablo algo de los Isunzas y de su originario solar vizcaíno, pondré aquí unos renglones sobre una vivienda de Isunzas en Vitoria y sobre un insigne sacerdote de este apellido, vitoriano sin duda alguna.

En las páginas 53 y 161 de mis *Isunzas de Vitoria* se habla de un Martín y un Diego, habitantes, respectivamente, en las calles de la Correría y Zapatería; mas, como estas calles son kilométricas, no me entretuve en su día en averiguar cuáles casas serían las suyas, habiendo además, muchísimas reedificadas por completo, como la del canónigo D. Juan, del Campillo, etc., etc.

La casualidad me ha hecho saber recientemente que la casita de la calle de la Zapatería, señalada hoy con el número 54 y que ostenta junto al dintel de la puerta de entrada un escudo de armas con dos lobos atravesados al pie de un árbol y un caldero á la izquierda, fué la habitada por Diego de su Isunza y su esposa Doña María de Alava, emparentada con la ilustre familia de su apellido, cuyo palacio está casi enfrente, y lleva el número 35.

Por último, mi querido amigo y compañero D. Eulogio Serdán me ha facilitado esta nota.

«En la nave lateral izquierda de la Santa Iglesia Catedral Basílica de Cuenca hay, entre otras muchas inscripciones sepulcrales, la siguiente, suprimidas abreviaturas y modernizada la ortografía:

»Aquí yace el licenciado D. Cayetano Martínez de  
»Isunza, Colegial de Cruzada de Valladolid, Peniten-  
»ciario de Calahorra, Canónigo de esta Santa Iglesia:  
»renunció al Obispado de Avila y falleció el 17 de  
»Junio de 1759.»



## Viaje de una fábula

La noticia del reciente estreno, verificado en París, de una comedia dramática de Mr. Capus, intitulada *L'oiseau blessé*, me ha servido como de un eslabón que al chocar y repercutir en mi cerebro, convertido para el caso en pedernal, ha hecho brotar una chispa oculta en mi magín hace treinta ó cuarenta años: la de los viajes de las fábulas.

Sí, mis queridos lectores, las fábulas viajan, peregrinan y emigran poco más ó menos como las mismas golondrinas, cigüeñas, etc., etc., que tanto figuran en ellas. Mas, así como tan interesantes personajes se transforman, durante sus idas y venidas, de niñas en doncellas, en madres y en abuelas, iguales y aun mayores metamorfosis suelen experimentar las poesías fabulísticas.

Dígalo sinó el cuento de *la lechera* que, comenzando por encarnar en un brahman, poseedor de un tarro de manteca y miel, que por un descuido se hizo pedazos hace tres mil años, transmigra este personaje, al cabo de los siglos, al cuerpo de una lechera, *casada*, en la pluma de Lafontaine, accidente matrimonial del que prescinde Samaniego y cuya omisión da lugar en nuestro fabulario euskaro (Iturriaga, Goyetche y Archu) á que la protagonista sea una *nescatilla* de luengas crenchas de oro (*illea esporaño urre colorea*), que Anita ó Margarita se llamaba. Dígalo *el perro nadando* con su trozo de carne en la boca, del mismo origen indiano ó sanscrito, trocado por Esopo y Babrio en *perra* y vuelto á su primitivo sexo masculino en Fedro y en todos los fabulistas modernos, incluso un anónimo catalán (*lo gos y lo tios de carn.*)

Díganlo las rivalidades entre *el caballo y el ciervo*, de Estesicoro y Horacio, convertidas en riña de un caballo y un *jabalí* por el fabulista latino; á quien le cambia á su vez el gran Lessing en una *corneja*, su *grajo soberbio*; como el mismo Esopo alemán le dá el nuevo papel de *homicida en propia defensa* á la *sierpe traidora*, que se revuelve contra el labrador que la recoge en su casa ó



en su regazo, que en esto discrepan los autores..... (1) Pero sin notarlo he ido ensanchando excesivamente el círculo de mi primitiva intención, que se refería exclusivamente á hablar del viaje de una sola fábula y no á otra cosa más ambiciosa.

El pájaro atravesado por una flecha, tal como lo trataron Lafontaine y Samaniego, es en la comedia de Capus una interesante muchacha, herida por las saetas de Cupido; mas este corto viaje no merecía la pena de formar un verdadero capítulo. La curiosidad é interés del asunto está en que el más remoto origen de este argumento se encuentra en un fragmento de una tragedia de Esquilo, hoy perdida é intitulada los *Mirmídones*, el cual pasaje se ha reconstituido así, con ayuda de algunas reminiscencias coetáneas. Supónese á Aquiles en el momento en que es sabedor de la muerte de su amado Patroclo y de la pérdida de sus armas, que quedan en poder del vencedor Héctor, expresándose de este modo:

«Mi situación es como en aquel apólogo de las fábulas líbicas (africanas), en que el águila, herida por una flecha envenenada, exclama viendo la abundancia de su plumaje: hé aquí cómo somos muertas, no precisamente por otros, sino por nuestras propias alas.»

Dónde se vé que un apólogo, ya viejo en tiempo de Esquilo (casi 500 a. d. J.), y que desde entonces llegó á formar un proverbio entre los griegos, viene, después de recorrer oscuros caminos, pasando por Lafontaine, á dar el título y la moraleja á una comedia francesa del siglo XX.

### Arraigo de los errores

En la sesión verificada en el Senado el día 5 de los corrientes, recordaba el Señor Palomo al Ministro de Gracia y Justicia la excitación que le tenía hecha para que informara si era verdad que el acta notarial de la escri-

---

(1) Esta fábula de Lessing está vertida al portugués por el vizconde de Almeida Garret, con el título de *O menino é á cobra*, y al castellano por Hartzenbusch.



tura dotal de la mujer de Cervantes *se había sustraído y que estaba en París, según se aseguraba en el mundo literario que ocurría, creyendo la mayor parte de las personas competentes en estas materias, amantes de las letras españolas, que no estaba en el archivo de Illescas, á que pertenece y perteneció la Notaría de Esquivias, donde se otorgó.* El señor Ministro tuvo á bien contestar lo siguiente: «Me complazco en manifestar al Senado y al señor Palomo principalmente, porque fué él quien me dirigió tan interesantes excitaciones, que en efecto, y según le ofrecí, se practicaron al punto tan necesarias investigaciones por el Ministerio de Gracia y Justicia y puedo hoy así presentar al Senado y á su señoría y entregaré á los señores taquígrafos para que en el extracto del *Diario de las Sesiones* se publique, una comunicación del notario de Illescas, que tiene á su cargo el archivo de protocolos en aquel Juzgado, al cual, como su señoría ha manifestado, pertenece el pueblo de Esquivias, en cuya comunicación se manifiesta que, efectivamente, la carta dotal otorgada por el inmortal Miguel de Cervantes Saavedra se conserva en aquel archivo de protocolos.....»

La comunicación á que el señor Ministro se refería, dice así:

«Al margen hay un sello de la Notaría de Illescas. Contestando al oficio fecha 28 de los corrientes que se ha servido dirigirme referente al ruego que en la sesión del día anterior hizo al Excmo. Sr. Ministro de Gracia y Justicia el Senador del Reino Excmo. Sr. D. Luis Palomo, sobre la carta dotal que otorgó el inmortal Miguel de Cervantes Saavedra, tengo el honor de comunicar á V. I. que entre los protocolos del pueblo de Esquivias, que se custodian en este archivo notarial, se encuentra el libro registro de escrituras otorgadas el año 1586 ante el escribano de S. M. Alonso de Aguilera y á los folios del 52 al 56 aparece el original del citado documento, que con la mayor solicitud se viene conservando.—Por lo que pudiera ilustrar V. I. al Excelentísimo señor Ministro de Gracia y Justicia en el asunto de que se trata, he de informarle que don Mariano Cubilla, último que desempeñó la notaría de Esquivias, hizo un facsímile del citado documento, copiándolo exactamente con los mismos caracteres de le-



tra y firmas, empleando un papel igual al utilizado en el original y rodeándole de todas aquellas circunstancias que en éste se observan, de tal forma y con tal fortuna, que quien no esté en antecedentes pudiera tomar el improbo trabajo de aquel funcionario como una escritura original.—La viuda é hijas del señor Cubilla, que disfrutaban de una posición muy modesta y casi precaria, han tratado en diversas ocasiones de enagenar el trabajo de su causante y alguna proposición tuvieron para su venta en el extranjero.—Por si este hecho se hubiera consumado y resultase ser esta copia la que el señor Palomo manifestó en el Senado estar en París en poder de un particular, me trasladé en este día al citado pueblo de Esquivias, y avistándome con la familia del señor Cubilla, me manifestaron que tienen aún en su poder el mencionado trabajo y no saben que exista otro, como no sea que mientras ha estado en manos de corredores, se haya hecho alguna reproducción del mismo.—Es cuanto puedo comunicar á V. I. en cumplimiento de las noticias que me interesa sobre el particular.—Dios guarde á V. I. muchos años.—Illescas 30 de Noviembre de 1908.—MARIANO ALDANA ELORZA.—*Ilustrísimo señor Director general de los registros y del notariado.*»

Hasta aquí la copia textual del Extracto oficial de la sesión celebrada en el Senado español el 5 de Diciembre de 1908.

Ahora añadiré yo por mi cuenta algunos antecedentes no del todo impertinentes.

El día 5 de Junio de 1891 hice una excursión cervántica desde Madrid á Esquivias, de la que dí cuenta en un discurso, varias veces reproducido desde 1893, intitulado *¿Quién fué don Quijote?*

Inventariando entonces, aunque á la ligera, y gracias á mis amables *cicerones* de Madrid y de Esquivias, cuantas curiosidades encierra la interesante villa toledana, hablaba de sus iglesias, de una carta auténtica de Santa Teresa; de unas momias muy notables; de los archivos notarial y parroquial; de la casa de los Quijadas, donde vivió Cervantes una vez casado, con su bodega, cueva, tobosescas tinajas, etc., etc.

Mas lo que ni entonces ni en otras ocasiones en que he aludido á este viaje he detallado, por no juzgarlo



oportuno, fué que antes de exhibir el señor Cubilla el tomo ó libro registro de Escrituras de 1586, mostróme un pequeño cuaderno de cuatro folios ó fojas, que me dijo era la Escritura original de la carta de dote de doña Catalina, y que en tal concepto examiné detenidamente. Mas después de ufanarse el amable Notario de que ningún paleógrafo había caído en la cuenta de que aquel pliego era un facsímile, me enseñó al fin el instrumento original y en el mismo tomo dos firmas de Alonso de Quijada, en sendos documentos, de que tengo hablado despacio. (1)

La segunda vez que volví á ver la patria de doña Catalina fué en el mes de Abril de 1905, y aquí entra el asunto del supuesto extravío, sustracción ó suplantación del documento notarial, en que nos venimos ocupando.

Hallándome en Madrid en esta época, en que se hacían los preparativos para la celebración del III Centenario del *Quijote*, cundió cierta alarma entre algunos cervantistas acerca de que se estaba pretendiendo vender en la Corte, por algún comisionado al efecto, la susodicha *Carta dotal*, y yo traté de hacerles comprender que indudablemente no podía ser cierta la noticia y que yo tenía antecedentes que la explicaban; contándoles al efecto lo del facsímile, que en vida de Tubilla jamás pensó en enajenarlo; pero que una vez fallecido (hacia 1897) y aprovechando las circunstancias del Centenario quizá la familia deseara venderlo. Para mayor tranquilidad les aseguré que yo pensaba hacer una segunda excursión por Alcalá y Esquivias y primera por Illescas, á donde se había trasladado á la muerte de Cubilla el archivo de protocolos de Esquivias, en virtud de un R. D. de Demarcación notarial de 1889, que suprimía dicha escribanía. (2)

---

(1) En *La firma de D. Quijote*, de este tomo, desde la pág. 75.

(2) También traté de este particular en mis «*Curiosidades cervantinas*» en 1898, que forman parte insignificante del *Homenaje á Menéndez y Pelayo*. A propósito de dichas *Curiosidades*, y á pesar de haber indicado en varias ocasiones que contenía algunos errores ó lijerezas, subsanaré ahora tres muy burdos: en la página 225 se puso «hermana mayor» por *menor*, en la nota de la página 229 dice «mano derecha» por *izquierda*, y en la nota de la página 237 donde dice «el amante liberal debe decir Ricaredo, el de *La Española inglesa*.» (Tomo I).



Efectivamente, realizado mi viaje á Illescas, el notario que había entonces, mi amigo don Miguel Fernández Casado, me explicó la imposibilidad de que tal sustracción se hubiese verificado, ni antes ni después de su toma de posesión, dándome explicaciones análogas á las transcritas en el *Diario de Sesiones del Senado*, hechas por el sucesor del malogrado Fernández, señor Elorza.

No me contenté con esto, sino que alquilando un burro en Illescas, salvé los pocos kilómetros que la separan de Esquivias, á donde llegué tan á tiempo que al visitar al señor Aguado, dueño actual de la famosa casa llamada de los Quijadas, en la que Cervantes pasó lo que hoy llamamos *luna de miel*, me convidó á comer con otros señores llegados de Madrid, entre los que recuerdo al señor Nogales, redactor de *El Liberal*, recientemente fallecido. La comida que nos presentó el señor Aguado fué *limpia y aseada, abundante y sabrosa*, como las que solía dar á sus amigos el Caballero del verde gabán, cuya casa se parecía también mucho á la de nuestro anfitrión.

Los señores Vicenti, Palomares y algún otro redactor de *El Liberal*, que con el señor Nogales hablaron por aquellos días en dicho rotativo, acerca de sus impresiones en Esquivias, habían estado allí unos días antes.

Volviendo á recorrer por la tarde algunos sitios de los que tenía vistos hacía catorce años y principalmente y con más atención el archivo parroquial, acabé por visitar á la señora viuda de Cubilla, recordándole mi antigua relación desde 1891, merced á sus amigos y mis parientes los señores de Melgar.

Hícele ver cariñosamente cuán expuesto á disgustos para ella sería que un comisionado fuera pregonando por Madrid, que lo que trataba de vender era la propia acta dotal, y agradeciéndome dicha señora mis leales consejos, me manifestó amonestaría al Corredor, si había lugar para ello, pues jamás había entrado en su ánimo semejante superchería. Concluí aconsejando á dicha señora que puesta á ello, vendiera sin exigencias el trabajo de su difunto esposo, pues aunque era muy sensible que no se estimase una labor tan improba, inmensa y esmerada, la verdad es que como andan en diversos libros, desde hace más de un siglo, copias im-



presas de la *Carta dotal*, no tenía nada de extraño que no le comprasen caro el documento.

Como tengo la seguridad de que desde entonces acá no habrá vuelto á ocurrir nuevo motivo de alarma en el particular, como lo prueba el haber vuelto el dicho fac-símile á poder de su dueña, y que los rumores de ahora serán mera consecuencia de los de 1905, he aquí por qué he bautizado este artículo con el nombre de *Arraigo de los errores*, quedando por tanto confirmado que lo del viaje de la *Carta dotal* desde Esquivias á París es una verdadera fábula, sin que por eso dejemos de aplaudir el celo del elocuente orador señor Palomo.

NOTA. Estos dos últimos trabajos se han publicado, respectivamente, en el *Heraldo Alavés*, de 19 de Diciembre y *La Libertad* de 19 y 20 del mismo mes.

---



# ÍNDICE

## DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN LOS CUATRO TOMOS DE MISCELÁNEA



Páginas.

### TOMO PRIMERO.—DISCURSOS

Prólogo ó Preliminar . . . . .	5
XV conferencias sobre el Apólogo. . . . .	11
XVI discurso. Apoteosis de Samaniego . . . . .	237
XVII » Algo más sobre Samaniego. . . . .	249
XVII » Una tesis doctoral . . . . .	255
XIX » Una Memoria del Ateneo de Vitoria . . . . .	257
XX » Apadrinamiento del Sr. Arrese en la Uni- versidad de Vitoria . . . . .	277
XXI » Otra oración universitaria . . . . .	281
XXII » Recepción en una Academia. . . . .	289
XXIII » Improvisación sobre Santa Teresa en Avila. . . . .	295
XXIV » Otra Memoria del Ateneo de Vitoria. . . . .	301
XXV » Memoria de la Exposición Alavesa . . . . .	323
XXVI » Memoria del Instituto Vizcaíno. . . . .	337
XXVII » Cervántico. . . . .	361
XXVIII » Aniversario CCLIX de la muerte de Cervantes . . . . .	369
XXIX » Aniversario CCLXXII del mismo suceso. . . . .	377
XXX » Aniversario CCLXXIII de id. . . . .	405

### TOMO SEGUNDO.—ARTÍCULOS

Prólogo . . . . .	5
Crítica de <i>Genio y poder</i> . . . . .	9
Pérez Galdós y Perea . . . . .	14
El Ateneo en 1868 y 69. . . . .	16
Un diálogo . . . . .	36
El sufragio universal . . . . .	42
Prólogo de un libro. . . . .	45



	<u>Páginas.</u>
Óposiciones á cátedras . . . . .	61
Retórica y Poética . . . . .	69
Una polémica . . . . .	120
Algo de San Juan Crisóstomo. . . . .	143
Primer año de Latín. . . . .	149
Biblioteca alavesa . . . . .	166
Una visita arqueológica . . . . .	196
Apertura de estudios . . . . .	199
Revistas bibliográficas y críticas . . . . .	204
Fiestas de San Ignacio en 1881 . . . . .	299
Los provenzales y los vascos en París . . . . .	307
Salones . . . . .	325
Correspondencias de Madrid . . . . .	332
Necrologías . . . . .	341
Reformas en la carrera de Derecho . . . . .	355
Disquisiciones sobre la España bizantina, relacionados con San Isidoro . . . . .	366
Esbozos gramaticales . . . . .	419

### TOMO TERCERO.—DISCURSOS Y ARTÍCULOS

Advertencia. . . . .	5
DISCURSOS.	
Mis conferencias en el Ateneo de Vitoria . . . . .	9
Discurso de presentación al Sr. Becerro . . . . .	11
¿Quién fué D. Quijote? . . . . .	17
Discurso anecdótico. . . . .	41
A la memoria del poeta Zorrilla. . . . .	45
Cervantes y los Vascongados . . . . .	53
ARTÍCULOS.	
Sobre Segunda enseñanza . . . . .	61
Vehículos fúnebres . . . . .	66
Sobre la Virgen Blanca. . . . .	76
Una meaja, mñaja ó miaja de Prosodia . . . . .	80
Crítica de «El Rey y los Fueros» . . . . .	96
Prólogo de un libro. . . . .	100
Algo de refranes . . . . .	101
Dos solemnidades en la Academia Española . . . . .	106
<i>El Regimiento de Lupión</i> , de Parellada. . . . .	110
<i>La Señora Cornelia y Quien da luego</i> . . . . .	111
La Meridiana de Vitoria . . . . .	125
Varias biografías y necrologías . . . . .	128



	<u>Páginas.</u>
Estudios protohistóricos alaveses . . . . .	151
Cánovas y Vitoria . . . . .	184
Otro esbozo gramatical . . . . .	186
Ultílogo . . . . .	190

## TOMO CUARTO.—MISCELÁNEA

Advertencia . . . . .	5
ASUNTOS CERVÁNTICOS.	
¿Dónde fué cautivado Cervantes? . . . . .	10
Carta abierta al Sr. Masriera. . . . .	15
El 23 de Abril de 1616 y el de 1903. . . . .	19
El Tercer Centenario del <i>Quijote</i> . . . . .	27
Las Isabeles en la Vida y Obras de Cervantes. . . . .	33
Sobre varios asuntos cervánticos . . . . .	42
Alejandro Hardy y Miguel de Cervantes . . . . .	49
Mi juicio sobre el <i>Quijote</i> . . . . .	65
De re bibliographica . . . . .	69
La firma de Don Quijote . . . . .	75
Vir óptimus . . . . .	81
ASUNTOS VARIOS.	
Sobre un legado filipino en favor de Vitoria . . . . .	85
Astronomía popular (Júpiter y Venus). . . . .	93
Dos cartas abiertas (al Sr. Dodgson). . . . .	97
Algo de apellidos españoles . . . . .	103
Anécdotas alavesas . . . . .	107
Un refrán curioso. . . . .	115
De re orthologica . . . . .	117
Un capítulo de San Leandro . . . . .	143











E  
56

## Obras de D. Julián Apráiz

---

Historia de los estudios helénicos en España—Madrid, 1876; 190 páginas en 4.º (Agotada).

Cervantes, vascófico (5.ª edición)—Vitoria, 1899; 288 páginas en 4.º

Historia de un legado filipino—Vitoria, 1886; 67 páginas en 8.º

Introducción al estudio de la Literatura elemental é Historia de la Preceptiva literaria—Vitoria, 1886; 8.º de 120 páginas.

Ceremonias fúnebres, con un Apéndice de *Carros mortuorios en Vitoria*—Vitoria, 1888; 82 páginas en 8.º francés.

Colección de discursos y artículos—Tres tomos en 4.º con más de 1.000 páginas—Vitoria, 1889 los dos primeros, y 1898 el tercero.

Los Isunzas de Vitoria—Bilbao, 1897; 220 páginas en 4.º

Samaniego, crítico—Bilbao, 1898; 206 páginas en 4.º

Estudio histórico-crítico sobre las «Novelas ejemplares» de Cervantes—Vitoria, 1901; 174 páginas en 4.º

Curiosidades cervantinas; Madrid, 1899 (folleto agotado). Forma parte del *Homenaje á Menéndez y Pelayo*, Madrid, 1899.

Homenaje vasco tributado á Cervantes en el III Centenario de la aparición del «Quijote»—Vitoria, 1905 (folleto en castellano y vascuence); 220 páginas en 4.º

Los dólmenes alaveses—San Sebastián, 1905. Discurso de 19 páginas en 4.º

Cervantes y América—Vitoria 1905. Discurso de 19 páginas en 4.º

Edición crítica de «La tia fingida» de Cervantes, acompañada de un estudio acerca de la misma novela—Madrid, 1906; 300 páginas en 4.º

Discurso leído en la distribución de premios á los alumnos del Instituto general y técnico de San Isidro el 15 de Diciembre de 1907, Madrid, 1907.

Buscapié de las *Lecciones de Literatura* de D. Francisco Navarro y Ledesma (50 págs.) Vitoria, 1907.

NOTA. La mayor parte de estas obras han sido aprobadas por el Real Consejo de Instrucción Pública, el *Cervantes, vascófico* y *Los Isunzas*, por la Real Academia de la Historia, y las *Novelas ejemplares* y *La tia fingida* premiadas, en público certamen, por el Ateneo de Madrid y por la Real Academia Española, respectivamente.

---